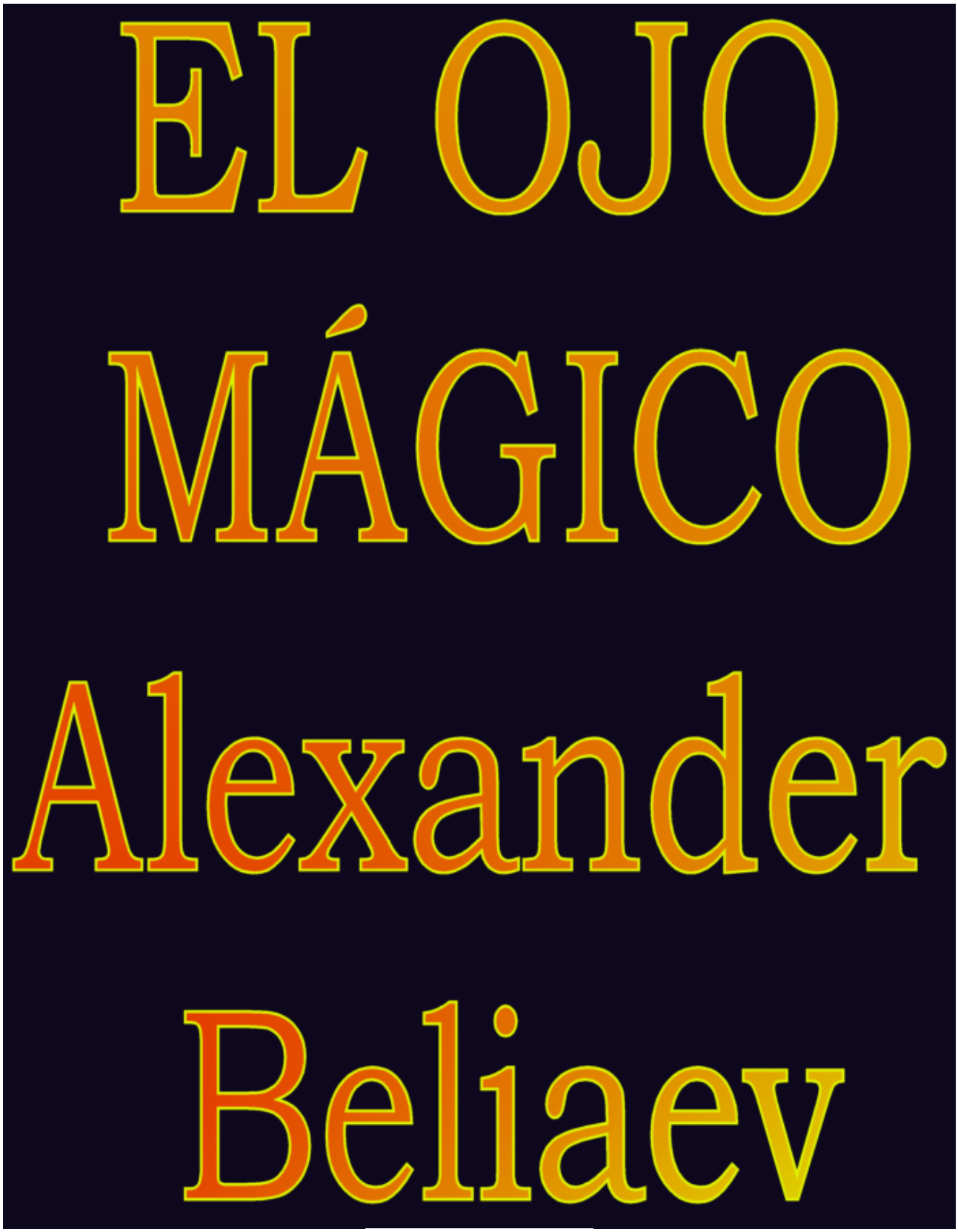
EL OJO MÁGICO

Alexander Beliaev



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

El trasatlántico se llamaba *Leviatán* y, desde luego, tenía derecho a llamarse así. Era una verdadera ciudad flotante con calles, parques, plazas, cines y teatros, salas de conciertos, surtidores y piscinas, campos de deportes y jardines invernaderos con plantas tropicales. Por las mullidas alfombras de los corredores se deslizaban silenciosamente bien adiestrados lacayos de uniforme. En las puertas de los camarotes, paredes y paneles recubiertos de pulida madera roja, relucían los detalles de cobre. Los departamentos ocupados por los viajeros exhalaban un original olor, mezcla de perfumes caros, jabones, cigarros, maletas de cuero y el sutil pero penetrante aliento del océano.

En la cubierta superior descansaban los pasajeros bajo un amplio toldo que los guarecía de los candentes rayos del sol. Cómodos sillones de mimbre estaban dispuestos entre palmas y arbustos de almendros en flor. Se oía el murmullo de los surtidores.

El profundo azul de la corriente del Gulf-Stream parecía inmóvil. Por todas partes se veían rojizas islitas de algas traídas por la corriente desde el mar de los Sargazos. Los peces voladores salían del agua y planeaban al lado de la nave. Brillaban en destellos sus aletas al sol. Se zambullían y de nuevo surgían como si quisieran divertir a los pasajeros.

-¡Oh, qué calor! Si al menos soplara un poco de viento -dijo respirando con dificultad uno de los pasajeros, un cincuentón gordo y rubicundo. Estaba retrepado en un profundo sillón y se abanicaba con un pañuelo blanco de seda. Su traje blanco de excelente confección, el anillo de oro macizo, la cadena de oro del reloj en el chaleco y las gafas también de oro le daban aspecto de un próspero comerciante.

-¡De todos modos es admirable! -continuó, mirando a través de los párpados semicerrados hacia la radiante, lejanía-. El *Leviatán* es un verdadero palacio flotante. Confortable, cómodo y sobre todo, completamente seguro. ¿No es así? ¿Qué puede sucederle a un gigante así?

Y el pasajero elevó la mirada hacia su vecino, un hombre de edad indeterminada vestido con un traje gris claro. Éste era de rostro pálido, pecho hundido, grandes ojos negros soñadores, espesas cejas y nariz encorvada. ¿Era francés? ¿Español? ¿Comisionista? ¿Terrateniente? Difícil de adivinar. En todo caso, no era un millonario...

Mirando atentamente los anillos de humo de su cigarro, el vecino se encogió de hombros y respondió con voz apagada:

-He oído que el *Leviatán* está asegurado con suma tal que sólo con la cuota anual de seguro se podría construir un buen barco de cabotaje.

-¿Qué quiere decir con esto? -preguntó poniéndose en guardia el gordinflón.

-Usted es comerciante y no le será difícil llegar a la conclusión: si no hubiera peligro, la compañía naviera no tiraría este montón de dinero en el seguro. Los suizos no aseguran sus viviendas contra inundaciones, ni los holandeses contra terremotos... -El hombre de rostro pálido se calló y el comerciante resopló con más fuerza.

-Recuerde la trágica suerte del *Titanic* -prosiguió después de una pausa el pasajero delgado-. El *Titanic* poco se diferenciaba del *Leviatán.* ¿Y el *Pacific*? ¿Y el *Lusitania*? ¡No son pocos los ejemplos que se pueden citar! En el mar de ningún modo se puede garantizar nada.

-El *Lusitania* fue hundido por una mina durante la guerra. El *Titanic* se perdió al chocar contra un iceberg -replicó el gordo visiblemente molesto-. En el *Leviatán*

existe un aparato especial, una especie de aparato de radio que señala el acercamiento de submarinos. En caso de incendio también va equipado con una perfecta señalización automática...

-Pero el barco sin embargo está asegurado -no se rendía el delgado-. Un choque durante la niebla, y tantas y tantas causas... Y además... Estas palmas, piscinas, salas de concierto..., todo esto está muy bien, pero falta saber: ¿Tiene la nave suficiente cantidad de chalupas y chalecos salvavidas para el caso de una avería?

-Yo... no lo sé -respondió el gordo.

-Pues yo sí; las he contado.

-Bien, ¿y qué?

-Más de un tercio de pasajeros se quedaría sin lugar en las chalupas -contestó tranquilamente el flaco.

-¡Nada, usted está sencillamente de mal humor hoy, don Jurgés, y quiere estropearme el día a mí! -exclamó el individuo gordo.

-¡Qué va! -respondió don Jurgés y sonrió imperceptiblemente-. Lo que pasa es que yo miro las cosas tal como son. Es necesario estar siempre preparado para todo... Sin embargo, ¿por qué le han agitado mis palabras, mister Williams? ¿Tanto teme por su preciosa vida?

-No sólo por la vida -respondió enigmático Williams, mientras se abanicaba la cara con el pañuelo.

-Razonable. Hay valores más preciados que la propia vida -profirió Jurgés también enigmáticamente.

Desde la cubierta del medio llegaban alegres sonidos de jazz. La música distrajo un poco la atención del gordo de los tristes pensamientos. Incluso empezó a patear el ritmo, pero su rostro continuaba sombrío.

-Usted ha dicho que hay que estar preparados para, todo -se dirigió de nuevo a Jurgés-. ¿Qué clase de preparación quiere usted insinuar? ¿Psicológica?

-Claro, la psicología ante todo -respondió Jurgés-. Aquel que está preparado para cualquier eventualidad no pierde la serenidad en los primeros instantes, no se deja llevar por el pánico, y esto es lo principal. Debemos tener un plan de salvamento preparado para nosotros mismos y para aquellos valores que llevamos.

-¿Usted tiene ya su plan? -preguntó Williams.

-Sí, lo elaboré hasta los más mínimos detalles ya en casa. Creo que lo previne todo: en caso de incendio y también de avería...

-Sería interesante conocer su plan, don Jurgés.

Jurgés se encogió de hombros:

-Difícilmente le serviría a usted. Mi equipaje es poco; el de usted no sé como es. Cada plan debe ser individual.

-¡Mi equipaje! -suspiró penosamente Williams.

El jazz hacía locuras. Las jóvenes parejas bailaban en medio de la cubierta. Se oían risas, alegres exclamaciones... Los mimados por la suerte se divertían con los embriagadores sonidos del jazz, con la alegría del día, con el azul y límpido aire del océano.

Y de pronto se sintió un corto choque. Cayó uno de los jóvenes que bailaban. Se oyeron risas.

-Un terremoto... Un maremoto...

-Dios mío, ¿qué es esto? -pronunció rápido Williams. Instantáneamente palideció-. ¿No habrá sido usted con sus...? -Williams miró con rencor a Jurgés que fumaba su cigarro tranquilamente.

El barco seguía como antes hendiendo las aguas del océano. Empezó de nuevo

el baile; sin embargo, algunos fueron a informarse de lo que había sucedido.

-¡Atención! ¡Atención! -resonó inesperadamente en los altavoces-. Tenemos una pequeña avería. No hay el menor, peligro para el navío. Rogamos tranquilidad. El segundo relevo de la tripulación debe incorporarse inmediatamente al trabajo.

-¿Qué ha sucedido? -se oyó por todos lados.

Nadie pudo responder. El jazz retumbaba como antes pero el baile se deshizo.

El sillón de Williams dio un tirón con tal fuerza que éste temiendo caer se agarró del sillón de Jurgés. Muchos pasajeros cayeron. Las mujeres empezaron a chillar y su grito histérico fue acompañado por el de otras.

-¡Zafarrancho! -resonó de nuevo la misma voz en lo altavoces-. Hay una avería, pero no es nada serio. Se recomienda a los pasajeros serenidad. Disuélvanse por los camarotes.

Williams casi dio un salto en el sillón y, agitado, empezó a correr ante Jurgés.

-¡Diablo, la cosa se pone seria! ¿Cree usted que nos vamos a hundir?

Jurgés de nuevo se encogió de hombros.

-El *Leviatán* tiene tabiques estanques -respondió-. Si hay una brecha, el agua no pasará del primer tabique. Además, estamos en una ruta de «recorrido» habitual, Buenos Aires-Londres. El *Leviatán* pedirá ayuda por radio. Sin embargo, debemos estar preparados para lo peor.

El buque aminoró sensiblemente la marcha. La popa bajó considerablemente. En la nave cundió el pánico.

-¡Don Jurgés, nos estamos hundiendo! ¡Nos hundimos! -casi chillaba Williams-. Hay que estar preparados para todo... ¡Su plan, don Jurgés! ¡Yo no quiero morir! ¡Y yo... Mi equipaje... mi vida... El Ecuador. Veintidós años de penalidades, de trabajo... Los barriles... Las chalupas... Naufragar... y ahora, sin tempestad, a pleno sol... con un mar en calma. Parece un espejismo... Un terrible sueño... Una pesadilla!

-Se recomienda a los pasajeros vestirse los chalecos salvavidas -tronó la voz.

-¡Dios mío! ¡Dios mío, no me abandones! -gritó Williams y, cogiéndose la cabeza, salió corriendo.

Jurgés se fue al camarote sin prisas, sacó de la maleta una lámina de metal oscuro con una cadenita y un candado unidos a ella, una botella con tapón hermético y marchó hacia la proa de la nave.

-¿Don Jurgés, está usted aquí? Le estoy buscando por todo el barco -le llamó Williams. Éste tenía ya el chaleco puesto-. ¿Y por qué no se pone el salvavidas? ¿Es que no entra en su plan?

-No -respondió Jurgés-. Un amigo mío, viejo capitán, me dijo que él estaba en contra de los chalecos salvavidas: solo prolongan los sufrimientos de los que se están ahogando... Sin embargo, esto se refería a los mares fríos. ¿Pero qué es lo que ha sucedido con el *Leviatán?*

-Nadie sabe nada. Ni el mismo capitán, a no ser que lo oculten...

El *Leviatán* estaba condenado, de esto ya no quedaban dudas. La popa estaba cubierta de agua. Sonó la orden de bajar las chalupas. Empezó el pánico. Cerca de las chalupas se entablaron furiosas luchas por la subsistencia. Jurgés tenía razón: no había chalupas suficientes.

-¿Por qué no va a las chalupas? -preguntó Jurgés casi extrañado.

-Pues porque he tenido tiempo de trazar mi plan e incluso realizarlo -respondió Williams. En su rostro apareció por un instante una sonrisa maliciosa-. Mientras no se retrasen... Oh, el oro impera sobre el hombre mientras vive aún. He prometido a los marineros un barril... Pero puede ser que se arregle todo. El radista ya lanzó la señal de socorro, y dicen que ya vienen a ayudarnos dos

barcos... ¡Allí están..., allí!

-¿Los barcos?

-No, qué va...

Jurgés vio a los marineros que arrastraban los barriles a través del gentío hacia la chalupa que colgaba en la nariz del barco.

-¡Suba rápido a la chalupa! -gritó Williams.

-Aún no he cumplido mi plan -respondió Jurgés. Ató la cadenita a uno de los eslabones de la cadena del áncora y cerró el candado. Luego, rápido, escribió una nota, la puso en la botella y la tapó herméticamente. A la mirada de asombro de Williams contestó breve:

-Éste es mi equipaje. El balance de toda mi vida.

Los marineros echaban a los pasajeros y cargaban los barriles en la chalupa.

-Demasiada carga -exclamó Jurgés moviendo la cabeza mientras miraba los pesados barriles.

-¡No los voy a dejar! -dijo Williams.

Bajaron la chalupa al agua. Diez marineros, Jurgés, Williams, los barriles con oro, galletas, un barril de agua... La chalupa iba sobrecargada y el agua llegaba a los bordes. Y de ellos se agarraban los que luchaban para no ahogarse. Los marineros golpeaban sin piedad sus manos con remos, cuchillos y a puñetazos.

-¡Hay que alejarse rápidamente del barco...! -murmuraba Williams con labios temblorosos.

La chalupa no se alejó más de veinte metros cuando el barco puso la proa en alto y se hundió. En el lugar del desastre se elevó una enorme columna de agua, cayó pesadamente y se precipitó en terrible oleada. La ola llegó a la chalupa.

-¡Se acabó! -chilló Williams.

-Cualquier final puede ser también el principio -respondió tranquilo Jurgés, mientras arrojaba su botella al agua. Estas fueron sus últimas palabras.

El agua cubrió la chalupa y ahogó los últimos gritos de sus tripulantes. Dos horas después llegaba al lugar de la catástrofe el primer barco que había acudido a la llamada de socorro.

TRAS LA PERCA MARINA

Sobre la mesa hay un globo negro de un metro y medio de diámetro. Uno de sus lados está cortado. Una ancha ventana tiene vista al golfo de Kola. Por ella se ven los palos y chimeneas de los barcos pesqueros. Sin embargo, nadie mira a la ventana. Todas las miradas están fijas en la esfera de la mesa. Veinte komsomoles del círculo de estudios de radiotécnica rodean la mesa. La mayoría son estudiantes de la escuela técnica naval, otros son radista de los barcos pesqueros.

Mótia Gínsburg, constructor, inventor e instructor del círculo, radista del pesquero *Sergo Ordjoniquidze,* dando palmaditas a la negra superficie metálica del globo, preguntó con una sonrisa en los labios:

-¿Ven este globo ocular?

Los del círculo se rieron:

-¡Vaya globo!

-¡Qué órbita se necesitará para poner este globo!

-La órbita será el mar. ¿De acuerdo? -preguntó Mótia-. Esto es un radioojo, y con la ayuda del mismo veremos todo lo que pasa en el fondo del mar.

-¡Un televisor! -gritó uno de los que estaban alrededor de la mesa.

En realidad Mótia no había inventado nada o casi nada. Él había tenido ocasión de ver fotografías de televisores americanos y alemanes que estaban adaptados para la observación en las profundidades del mar. Es verdad que estos eran solamente fotografías. Pero el principio de trabajo de los televisores es conocido. Quedaba tan sólo resolver algunas particularidades de construcción del televisor submarino. Y parecía que Mótia lo había logrado: el pequeño televisor de prueba trabajaba bien. ¿Por qué no habría de trabajar también éste, el grande? Estaba ya casi terminado.

Poner en el agujero cilíndrico el objetivo, a su lado las lámparas proyectoras, y ya estaba. En una palabra, unas dos horas de trabajo de montaje, y el televisor se podría bajar a las profundidades del mar.

-¿Para mirar lo que pasa en el fondo del mar? -preguntó uno del primer curso de la escuela técnica naval.

-Precisamente. Para observar cómo viven los cangrejos de mar -asintió sonriendo con indulgencia su vecino que se creía ya un lobo de mar.

-¿Y qué? Esto también es interesante -respondió seriamente Gínsburg.

-¿Vamos a pescar percas marinas?

-Sí, sí. Hoy será la primera prueba. El pesquero saldrá a la una en punto. Para esta hora tenemos tiempo de terminarlo -respondió Gínsburg y ordenó-: ¡Venga, muchachos, a trabajar!

La mayoría se marcharon y cinco de ellos se quedaron con Gínsburg y empezaron a trabajar.

-¿Y sabéis quién va a venir con nosotros en la pesca de prueba? -preguntó Mótia a sus camaradas-. Blasco Azores, un corresponsal español. Ha llegado no hace mucho para ver el nuevo Murmansk.

Azores salió del hotel a la medianoche y se dirigió a la base de los pesqueros de arrastre. Blasco se encogía de frío con su abrigo otoñal. El helado viento soplaba de cara. Caía nieve mojada.

«¡Qué región más extraña! -iba pensando Azores-. Aquí todo es al revés: “noches de sol", "días de noche". La gente escoge las habitaciones con ventanas hacia el norte, debido a que el viento norte al pasar sobre las corrientes cálidas del Gulf-Stream se calienta, mientras que el viento del sur se enfría al pasar sobre la helada meseta montañosa de la tundra. Ruda región de severo clima. Pero todo esto no se nota, ni te das cuenta de ello. Tan interesantes son aquí la gente y su trabajo.»

Abajo lucían las luces de la base. Se elevaban los cuerpos de las secciones de elaboración de pescado. Retumbaban en el silencio de la noche las cadenas de los cabrestantes. En el embarcadero se veían los pesqueros de arrastre. Unos descargaban, otros se preparaban para zarpar. Iban y venían los transportadores: hacia los almacenes con pesca, desde los almacenes con sal. Azores se dirigió rápidamente al final del embarcadero, hacia un gran pesquero de arrastre. Había reflujo y la borda de la nave se balanceaba casi al nivel del embarcadero. Azores saltó a bordo y subió a la toldilla del capitán. Éste le dio la bienvenida y le rogó que pasara a su camarote.

El camarote del capitán se componía de dos minúsculas piezas: el gabinete dormitorio y la sala. En el primero había una mesita escritorio, sobre la que se apoyaba una enorme lámpara de petróleo para los casos en que se averiaba la iluminación eléctrica, y dos butacas fijadas al suelo con cadenitas (para el caso de balanceo). Ahora las cadenitas estaban flojas y se podían mover las butacas. En el nicho, tras la cortina, la litera, y al lado, la entrada al baño, en el cual debía

ser difícil desnudarse. En la sala, un diván vulgar y ante él una mesita con servicio de té, galletas...

Madera roja pulida, cobres deslumbrantes, piel estampada, cristal, luz, calor, ventiladores... Había silencio y confort, como en el cupé de un vagón pullman.

El capitán daba órdenes. Desde la orilla soltaron las amarras. El barco empezó a virar despacio y con precaución. Azores miraba hacia la orilla a través de la gran ventana del camarote. Veía las luces en las embarcaciones y las ventanas iluminadas de la sección de salado, la elevada orilla del golfo de Kola con sus pequeños abedules... La velocidad aumentaba. No había balanceo.

El capitán dejó el mando al ayudante y entró al camarote. Los dos, Azores y el capitán Makóvskiy dominaban el inglés. Como amable anfitrión el capitán llenó las tazas de té. Se entabló conversación. Azores de hecho se interesaba por el televisor submarino.

-¿Usted ha visto alguna vez percas marinas? -preguntó el capitán.

-Claro. Un pez grande con ojos rojos que le salen de las órbitas -respondió Azores.

-¿Y por qué son rojos y salen de las órbitas?

Azores se encogió de hombros. El capitán sonrió y continuó:

-Esto es debido a que la perca marina es un pez muy miedoso; al ser atrapado en la bolsa de arrastre, muere del susto, y debido a esto se le salen los ojos de las órbitas... Esta explicación la he oído más de una vez a los viejos pescadores. Se comprende, es un cuento. La perca marina vive a profundidades de muchas decenas de metros. Y sólo hace poco ha empezado a ser atrapada en nuestras redes de arrastre, cuando hemos aprendido a bajarlas a grandes profundidades. Y he aquí que cuando la perca es atrapada por la red y subida rápidamente a la superficie, donde la presión es varias veces menor de la que está habituada, sus ojos se inyectan de sangre y salen de sus órbitas.

-Esto es muy interesante -comentó Azores-, ¿pero qué tiene que ver esto con el televisor?

-Pues verá... La perca es un pescado sabroso, útil, gordo. ¡Pero es difícil encontrarlo a gran profundidad! Nosotros navegamos por la superficie y debajo, en algún lugar no sabemos dónde, pasan inmensos cardúmenes de peces, centenares y miles de toneladas. Pero nosotros no vemos estos peces, y después de muchos días de difícil navegación a menudo regresamos a la base vacíos. Nuestro pueblo espera que le suministremos pescado, y nosotros, fracaso tras fracaso. No se cumple el plan, los jefes se impacientan, los marineros se ponen nerviosos...

-Pero muchas veces encuentran pescado -objetó Azores-. Yo mismo he visto que algunas veces llegan repletos de estas mismas percas. Esto quiere decir que caen en sus redes...

-Pero nadie ve las que no caen en la red -le interrumpió el capitán-. Un pesquero tiene suerte de caer en el banco, otro no. Es un juego de ciega casualidad. Esto no sirve. Hay días en que tiramos decenas de veces las redes de arrastre y subimos sólo algas, cangrejos y piedras. Las redes a menudo se enganchaban en el fondo y se rompen en las afiladas piedras. No vemos la superficie del fondo. Pescamos a ciegas. Es verdad, nuestras investigaciones científicas nos ayudan. El *Persey* exploró el fondo del mar, estudió el paso de la pesca, la temperatura del agua a diferentes profundidades y algunas otras cosas más. Esto nos ayudó, pero no hemos vencido a la ocasión, dependemos de ella. Nosotros vivimos del Gulf-Stream, y éste es caprichoso. Algunas veces cambia un poco la corriente; a veces es más cálida, otras, más fría el agua. Y la pesca viene a

nuestras costas o se va de ella, errando en busca del agua más templada. Allí donde el año pasado se pescaba bien, hoy no hay nada. Y esto sólo porque a miles de kilómetros de nosotros, en el golfo de Méjico el verano fue más fresco que de costumbre, o en Islandia el invierno fue más riguroso. Hemos pedido ayuda al ecómetro y a la radiosonda. ¿Conoce usted el principio de trabajo del ecómetro? Nosotros, mandamos al fondo una onda sonora, bueno, como si dijéramos la explosión de un cartucho o el sonido de una campana. La onda sonora llega al fondo, repercute y vuelve a la superficie del mar. Sabiendo la velocidad del sonido en el agua, se puede calcular la profundidad. Si el sonido regresa pronto significa que la onda sonora no ha repercutido en el fondo sino en una gran acumulación de pescado. Este método es extraordinariamente productivo y útil, pero tiene sus defectos.

»La radiosonda, que indica la profundidad por la velocidad de reflexión de la onda radio, al igual que el ecómetro, es «ciega». A ellos les es igual en qué repercute la onda o el sonido. Por ejemplo, el ecómetro ha indicado menos profundidad en algún lugar. Piensas: el sonido ha repercutido en un banco de pescado. Tiras las redes de arrastre, y ni un sólo pescado. El sonido ha repercutido en una nave hundida o en una peña submarina. Otra cosa será cuando tengamos posibilidad de ver lo que pasa en las profundidades. Entonces doblaremos e incluso sin grandes dificultades triplicaremos la pesca.

-¿Y usted cree que el televisor les ayudará a conseguir esto?

-Tenemos esperanzas en él.

Después del té el capitán se fue a la toldilla. Azores se quedó solo. Empezó a ordenar sus anotaciones.

El barco empezó a balancearse más fuerte.

«Salimos al mar abierto» pensó Azores, se puso el abrigo y salió a cubierta.

Fuerte viento, nieve mojada, humedad... El barco se tambalea de un lado a otro.

«Y así día y noche, en verano y en invierno, en calma y en borrasca, siempre en continua lucha con el mar» pensó Azores. «Parece un trabajo extraordinariamente pesado. ¡Sin embargo, todos están contentos, sonrientes! Bromas, risas, canciones...»

El barco cortaba audaz las blancas olas siguiendo el rumbo hacia la isla de los Osos. Los ayudantes de Gínsburg con las pesadas botas marinas, con sus cazadoras de piel, iban y venían desde el globo a la toldilla del capitán comprobando todos los cables, la pantalla del televisor había sido instalada en la toldilla.

Azores se acercó al globo.

«Parecida a una cabina de un estratostato», pensó.

-¿En este globo se halla la estación de radio? -preguntó dirigiéndose a Gínsburg.

-No -respondió éste-. La imagen se transmite por cables. En el globo hay la batería de elementos secos, los acumuladores y el mecanismo de relojería.

-¿Acumuladores para la lámparas de proyección?

-Sólo para el fotoelemento. Los faros de arco voltaico del proyector reciben la energía del barco.

-¿O sea, que esto no es exactamente una transmisión por radio? -preguntó Azores con cierto desencanto.

-En absoluto, no tiene nada que ver con la transmisión por radio -respondió Gínsburg sonriendo.

-¿Por qué?

-Pues porque el agua absorbe los rayos de la radio. La onda de radio que transmite la imagen se extingue mucho antes de llegar a la superficie del mar. Nosotros pensamos bajar nuestro televisor a profundidades de doscientos a trescientos metros; como máximo a cuatrocientos. A esta distancia no es difícil actuar con cables. Es más seguro y sencillo.

Por fin todos los preparativos habían terminado. El pesado globo fue enganchado cuidadosamente a la grúa de vapor y empezaron a bajarlo al agua.

-Ahora será mejor observar desde la pantalla del televisor -dijo Gínsburg.

Azores se fue aprisa hacia la toldilla del capitán.

Gínsburg había colocado la pantalla en una profunda caja para preservarla de la luz, de modo que pudiera verse sin necesidad de apagar la luz eléctrica. Gracias a esto el capitán podía estar atento al mismo tiempo a la brújula, al mapa y a la pantalla del televisor.

-¿Pero dónde está la pantalla? -preguntó con asombro Azores.

Tuvo una nueva desilusión cuando el capitán le enseñó la caja un poco mayor que una caja de cerillas.

-Qué se le va a hacer -dijo el capitán-, Gínsburg construyó su aparato de artesanía. Es un televisor de prueba. Si da los resultados esperados, entonces nuestro radio-laboratorio central construirá hermosos aparatos. Si al menos pudiéramos ver algo...

Azores miró la caja pero no vio nada.

-Esto significa que no hay peces -le consoló el capitán.

-¿Es posible que vuestro ojo submarino no los vea? -preguntó Azores.

-Es posible -respondió el capitán-. Pero Gínsburg asegura que él ha visto algo en esta primitiva pantalla.

Pasaban minutos angustiosos, largos. Azores no quitaba la vista de la pantalla. De pronto exclamó:

-¡Mire! ¡Empieza a verse algo!

Makóvskiy miró y vio en el fondo rojo amarillo de la pantalla unas manchas borrosas, inexpresivas. Se movían en diferentes direcciones, aparecían y desaparecían del campo de vista. Algunas de ellas se destacaban en la pantalla más oscuras, otras con más luminosos encuadres.

-Son peces -dijo Makóvskiy con tranquilidad, sin darle importancia.

Azores clavó los ojos en la caja maravillosa.

-¿Qué tal? -preguntó Gínsburg entrando en la toldilla.

-Mira tú mismo -respondió el capitán.

Gínsburg miró y dijo alegre:

-Hay.

-Pero, ¿por qué tan confuso? -preguntó Azores.

-Es debido a que los peces están lejos del televisor. Por lo visto estamos en los límites del contorno.

Azores ya había oído el término «contorno del banco». Cuando Gínsburg se volvió para dar órdenes por teléfono a sus ayudantes, Azores miró de nuevo la pantalla y dio un grito de admiración y alegría. Acababa de ver los trazos manifiestos del brillante costado de un pez y que había desaparecido hacia el ángulo izquierdo de la pantalla. Después del primero apareció otro, luego un tercero, y otro y otro...

-¡Lanzar la red de arrastre!

Se oyeron unas voces agitadas en la cubierta, ruido, el retumbar de las grúas. Los marineros desplegaban la enorme red de arrastre que colgaba del mástil y la soltaban al agua. Esto duró algunos minutos. Empezaba la pesca de arrastre con

ayuda de la cámara del televisor.

Cuarenta y cinco minutos después subieron la red. Estaba llena de peces, y por poco se rompe por el peso. Azores y Gínsburg corrieron abajo, a la cubierta. Los marineros gritaban «hurra» al inventor.

-¡Hay que balancearlo! -gritaban. En seguida cogieron a Mótia y lo lanzaron al aire.

-¡Diablos! ¿Es que no se balancea bastante el barco? ¡Cuidado no me tiréis al agua! -gritaba el feliz inventor.

El capitán paró este juego, pero no dijo nada a nadie por la infracción de la disciplina. Comprendía la alegría de la tripulación y él también se sentía alegre.

NOTICIAS DEL DESASTRE

La pesca seguía con excelentes resultados. El ojo submarino cumplía impecable con su trabajo. Algunas veces la pantalla *se* ennegrecía de pronto; el juego de manchas cesaba: significaba que el barco había salido de los límites del banco. Empezaba una nueva búsqueda, luego la pantalla se animaba de nuevo. El experto capitán determinaba rápidamente los «contornos» del banco y ahora podían pescar hasta que las bodegas se llenaran a rebosar.

Los pesqueros de arrastre salían de pesca para mucho tiempo y vagaban por el mar durante meses. Ahora el pesquero «vidente» podría cumplir su tarea en unos días. ¡Qué economía!

La gente, olvidando el cansancio y el viento helado del norte, pescaba y rellenaba las bodegas. La pesca se elaboraba y salaba aquí mismo. El barco pesquero era una verdadera fábrica flotante.

Durante el regreso y a pesar de las prisas, Gínsburg pidió al capitán aminorar la marcha para bajar la cámara en lugares poco profundos y ver el fondo. El capitán permitió realizar la prueba y fue bajado el televisor. Gínsburg que estaba atento a la pantalla lanzó un grito y palideció.

-¿Qué sucede? -preguntó el capitán, alarmado.

-Creo que hemos encontrado uno de nuestros barcos pesqueros hundidos -dijo Mótia.

-¡Marcha atrás!

El capitán miró a la pantalla. Sí, allí se veía claramente la popa del barco que descansaba en el fondo con la quilla hacia arriba.

El hierro estaba cubierto de pequeñas algas. Por todos lados se veían estrellas de mar de cinco puntas, cangrejos, peces que corrían atraídos por la luz del proyector... Apareció por un instante la inscripción *Pik...*

-*Es* el *Piksha* -dijo el capitán-. Era un pesquero de arrastre con motores diesel que naufragó junto con el *Okun* en la borrasca de la vigilia del treinta de diciembre del año 1931. ¡He aquí donde sucumbió el *Piksha*! Sin embargo las últimas señales fueron recibidas casi de la latitud de la isla de los Osos.

-Puede que fuera arrastrado hacia el sur por las corrientes submarinas -conjeturó Gínsburg.

-Triste hallazgo -suspiró el capitán. Él mismo por poco no había naufragado durante aquella tremenda borrasca-. Pero para ti, claro, es un buen hallazgo... Bien, bien, no agites la mano. Ya nos entendemos. Hemos encontrado el pesquero y está a poca profundidad. Los del *Eprón* lo rescatarán. En el fondo del mar de Barentz hay enterrados muchos barcos pesqueros nuestros, alemanes, noruegos e ingleses. Con ayuda de tu ojo los buscaremos y subiremos otra vez a la superficie.

La noticia del hallazgo del *Piksha* se difundió por el barco. Los marineros recordaban a los camaradas muertos, las tempestades y borrascas. ¿Pero acaso no era toda la vida una lucha?

Y después de entonar con las cabezas descubiertas la marcha fúnebre sobre el lugar del desastre, la tripulación reanudó con brío el trabajo interrumpido. Era necesario efectuar el salado y elaboración del pescado antes de llegar a la base. El radista ya había comunicado la noticia del éxito de la prueba del ojo submarino al jefe del trust en Murmansk, y asimismo a Leningrado y Moscú. El capitán y Gínsburg habían recibido felicitaciones.

El tiempo había mejorado. Verdad que por el mar aún se veían grandes olas, pero el viento había calmado, las nubes habían desaparecido y en el cielo brillaba la luna. Los reflejos plateados de su luz danzaban sobre las olas.

Azores se apoyó en la borda y, balanceándose al tacto, con la embarcación miraba fijamente a un punto en el mar.

-¿Qué es lo que estás mirando? -preguntó Gínsburg.

-¿Ves?,brilla como una estrellita -respondió Azores señalando a lo lejos.

-Sí, ya lo veo: es la luna que se refleja en las olas.

-No, no es la luna -respondió Azores-. Lo que brilla es una botella.

-Bien, ¿y qué?

-Pues que si no se ha hundido es porque ha sido cuidadosamente tapada. En estas botellas se encuentran cartas de personas que han naufragado. Hay que recoger esta botella.

Azores fue a ver al capitán. Makóvskiy le escuchó sin gran interés. Pescar una botella en la que puede no haya nada, es perder tiempo. Por otro lado la tradición marina obliga: la botella debe ser recogida. Y dio las órdenes pertinentes. El pesquero aminoró la marcha y paró. El balanceo aumentó. Azores estaba muy contento con la nueva aventura.

Los marinero discutían cómo pescar la botella. Bajar la red de arrastre no daría resultado: sus mallas eran demasiado grandes y la botella pasaría a través de ellas. Hallaron una pequeña red de mallas más tupidas, y con ella consiguieron atraparla.

Azores no se había equivocado: la botella estaba herméticamente tapada con un tapón de goma y en su interior se veía un papel. Fue llevada al camarote del capitán. Makóvskiy la destapó con cuidado y sacó de su interior un papel enrollado. En la nota había escrito en inglés:

> «En caso de naufragio del *Leviatán,* ruego entregar esta nota a la Argentina, Buenos Aires, Litl-strit 344. A Juan Jurgés.
>
> Blasco Jurgés.»

Después venía un texto cifrado, unas líneas de letras compuestas sin espacios libres escritas a máquina. Al final, después del cifrado, se agregaba:

> «En la carta hay información de extraordinario interés. Ruego que sea urgentemente llevada a domicilio. Los gastos que esto suponga serán pagados en el lugar. Si no es posible llevarla a domicilio, ruego sea transmitida por fototelegrafía.»

Makóvskiy dio varias vueltas al papel y sonrió.

-Algún loco -dijo-. Piensa que pueden hallarse personas que dejen todos sus quehaceres y vayan por su cuenta y riesgo a América del Sur para buscar y

entregar al destinatario la carta, confiando en que le serán abonados los gastos.

-Y es posible que haya muerto el destinatario, o se haya trasladado a otro domicilio desconocido -añadió el piloto.

-Se puede fotografiar la carta y enviar la fotografía -recomendó Gínsburg.

Azores, que había escuchado en silencio, dijo de pronto:

-Para mí está claro que Blasco Jurgés, náufrago del célebre *Leviatán,* deseaba que su carta fuera transmitida sin divulgación. La carta está cifrada no en vano, y si este cifraje se transmite a través de muchos países por telégrafo o teletelégrafo, es natural que van a interesarse en ella la policía secreta y los ministerios de asuntos extranjeros de muchos países. Los profesionales en claves van a perder el sueño y el apetito hasta que no logren descifrarla. Jurgés por lo visto, estaba convencido de la comprensión y honradez de aquellos en manos de los cuales iría a parar su botella. Tan sólo en último extremo pidió que se recurriera al teletelégrafo. La última voluntad de una persona desaparecida trágicamente debe ser cumplida.

-¿Y si este documento encierra en sí un arma contra nosotros, contra la URSS? ¿Qué sucederá si Jurgés era un agente de las potencias imperialistas que tramara algún enredo contra nosotros? -preguntó el capitán.

Todos callaron.

-Sensatos temores. Todo es posible -respondió después de pensarlo Azores-. Sin embargo es poco probable, que el correo diplomático o los espías tiren al mar botellas con documentos cifrados. Por ingeniosa que sea la clave, siempre se hallará quien la descifre. Bien fueron descifrados los jeroglíficos de Egipto. Los Gobiernos siempre tienen posibilidad de enviar documentos secretos por el correo diplomático. Si en el barco se hubiera perdido un documento de Estado, se hallaría su copia en el Ministerio. En lugar de Jurgés se hubiera mandado otra persona, en el caso de que éste fuera correo diplomático; con esto hubiera terminado todo. Aquí el caso es distinto. Yo supongo que, Jurgés, fuera quien fuera, trabajaba como se acostumbra a decir, por su cuenta y riesgo. Es posible que sea uno de aquellos aventureros que descubren minas de oro o algo por el estilo. En sus últimos momentos decidió confiar el secreto a un familiar, Juan Jurgés, que por lo visto es su hermano, padre o hijo. -Azores abarcó con la mirada a los marineros. Todos callaban y él continuó-: Mi plan es el siguiente: la redacción del periódico en que trabajo me ha propuesto ir a América del Sur. Allí tienen lugar ahora interesantes acontecimientos. Yo iré allí con la carta. Por si acaso haremos una copia, y yo al llegar a Buenos Aires procuraré ante todo averiguar con precaución quién es Jurgés. Si no es de nuestro campo... guardaré la carta hasta que descifremos y averigüemos si es o no peligrosa para nosotros.

-La última voluntad del muerto debe ser cumplida -dijo Gínsburg remedando las palabras de Azores.

-Sí, si el muerto no es enemigo -replicó Azores tranquilo-. Yo voy a buscar a Jurgés. ¿Están de acuerdo conmigo, camaradas?

-Este asunto no lo podemos decidir nosotros -dijo cauteloso el capitán.

-Se comprende -asintió Azores-. Yo iré a Moscú y hablaré de ello. ¿Pero no somos demasiado mezquinos? Ya que Jurgés al lanzar la botella al mar, sabía que ella podía ser llevada por la corriente del Gulf-Stream a las costas del norte de Francia, también a las costas occidentales de Inglaterra y a las costas de Noruega, incluso a Nueva Zembla y a las Tierras de Francisco José, donde el Gulf-Stream, a propósito, se va a grandes profundidades. Jurgés, si no era tonto (y parece que no lo era) sabía que su botella, podía llegar lo mismo a un país capitalista que a la Unión Soviética. Él sabía, claro, que se interesarían por su

mensaje cifrado. Sin embargo estaba seguro, por lo visto, de que sin clave su mensaje no podría ser descifrado. Por esto pidió en último extremo transmitirlo por teletelégrafo, finalmente su botella podía perderse en el océano. Ha sido una casualidad que la hayamos encontrado nosotros y no los noruegos o alemanes.

-Al fin y al cabo, ¿no le damos demasiada importancia a todo esto? -preguntó Gínsburg-. Lo que se supone de gran trascendencia para Jurgés, es posible que no valga un comino para nosotros ni para nadie.

El corresponsal plegó cuidadosamente la carta y la guardó en su bolsillo.

-De todas maneras al regresar de la Argentina, y puede que antes, les tendré al corriente del asunto. Siempre estamos a tiempo de fotografiar la carta.

La embarcación se mecía fuertemente; soplaba el viento. El capitán se fue al puesto de mando.

LA VIEJA CIEGA

Azores buscaba la calle en que habitaba Jurgés. Gente ceñuda miraba con desconfianza a Azores y en silencio indicaban con la mano la dirección, cada vez más y más adentro del barrio obrero. Azores estaba un poco inquieto. ¿Qué significa esto? Aquel que había tirado la botella viajaba en el Leviatán, un barco para gente rica. ¿Qué ligazón podía haber entre este personaje de posición elevada, muerto trágicamente en el océano, y la gente de este suburbio?

Con gran dificultad, Azores dio por fin con la calle que, buscaba. El lugar no era muy alegre. Cerca del cementerio para los pobres y la nueva prisión.

He aquí la casa n° 344, si a estas ruinas se les puede llamar casa... ¿Llamar? No hay timbre. La puerta está entreabierta. Llamó a la puerta con los nudillos... No responde nadie. Azores llamó más fuerte y, sin esperar respuesta, entró en la habitación. Un perro viejo y peludo lanzó un ronco ladrido y con sus últimas fuerzas se levantó en sus patas delanteras. Las traseras estaban ya paralizadas.

-¿Quién hay? -gritó una voz dura y decrépita. Azores se volvió.

En un oscuro rincón estaba sentada una anciana cubierta de harapos. Miraba al vacío con ojos ciegos.

«¡Vaya ambiente!», pensó Azores.

-Dígame, por favor, ¿vive aquí don Jurgés? -preguntó acercándose a la anciana.

Una sonrisa ensanchó su boca desdentada. Su larga nariz aguileña llegaba casi a su severo mentón retorcido hacia arriba.

-¡Don! -repitió ella con escarnio. ¿Cree usted que los dones viven en estas condiciones?

-Sin embargo, usted no ha respondido a mi pregunta.

-Aquí no hay ningún Jurgés -masculló con irritación la vieja.

Azores se desanimó.

-Pero, ¿es posible que viviera aquí? ¿Hace mucho que vive usted en esta casa?

-Setenta y seis años -respondió la anciana.

-¿Y nunca ha oído de Jurgés?

-Puede... En setenta y seis años se oyen muchas cosas y de mucha gente. ¿Pero quién es usted y qué desea? -preguntó ella con desconfianza, y sus fosas nasales se movieron como si con el olfato quisiera suplir la falta de vista.

-Traigo una carta para Juan Jurgés. Seguramente es de su hermano que pereció en el naufragio del *Leviatán.* Esta carta fue hallada en una botella que la casualidad puso en mis manos.

La anciana escuchaba con interés. Azores estaba atento a la expresión de su

rostro. Por lo visto, a pesar de todo, ella conocía a Jurgés.

-Acérquese, déjeme que le toque -dijo ella de pronto, después de un minuto de silencio.

Azores accedió a esta extraña petición. La vieja palpó cuidadosamente las mangas de su chaqueta, le obligó a agacharse y rápida pasó su mano seca y arrugada por la cara de él desde la frente hasta el mentón.

El examen por lo visto la tranquilizó. Estuvo un momento pensativa y dijo:

-Sí, usted es español. Y ha llegado hace poco…

Azores no pudo comprender cómo ella había llegado a esta conclusión; sin embargo, no se atrevió a preguntárselo.

-Le aseguro a usted que no la engaño y he venido como amigo -dijo Azores con vehemencia. Al ver que la anciana empezaba a ceder, decidió arriesgarse y jugar su última carta, ya que al parecer podía decidir el juego a su favor-. Yo soy corresponsal de un periódico en la URSS.

El efecto superó sus esperanzas. La anciana se enderezó y preguntó con severidad:

-¿Usted dice la verdad?

Azores vio que iba por buen camino; le fue fácil convencer a la vieja de que él era lo que afirmaba.

-Le creo -dijo la anciana.

Azores dio un suspiro de alivio.

-Tenemos que ser muy prudentes, mucho -continuó ella moviendo la cabeza- sobre todo siendo ciega como soy. A nuestro alrededor todos son espías y traidores. Si a su tiempo yo me hubiera cortado la lengua es posible que Juan Jurgés no estuviera allí donde está ahora.

La anciana bajó la cabeza con aflicción. Por lo visto ella alguna vez se había ido de la lengua y con ello había perdido a Jurgés.

-¿Pero dónde está él? -preguntó Azores.

-Allí donde usted difícilmente podrá llegar -respondió la anciana, indicando la ventana a través de la cual se veía el tejado de la nueva prisión-. Una vez vinieron también y me preguntaron: «¿Vive aquí el camarada Jurgés?» Y yo, tonta, caí en la palabra «camarada».

Azores se desconcertó. La cosa se complicaba… Aquel a quien buscaba estaba preso…

-Dígame, ¿no hay manera de poder verle?

-Si usted fuera procurador o jefe de la prisión se podrían ver cada día, pero así… -respondió la anciana moviendo la cabeza.

-¡Pero él debe tener amigos! Ellos me podrían ayudar. ¿Usted no conoce a ninguno de ellos?

La anciana se puso en guardia de nuevo y fijó sus blancos ojos ciegos en él, como si quisiera leer sus intenciones a través de la membrana de sus cataratas.

-Ya comprendo -dijo Azores-. Usted teme revelar algún secreto. Pero puedo verlos aquí. O puede concertar la entrevista en otro lugar. Donde quiera. Dígame la hora y el lugar.

La anciana estuvo callada unos cinco minutos. Azores ya estaba terminando la paciencia.

-El domingo a las diez de la noche en el cementerio, cerca de la capilla -dijo ella inesperadamente.

Azores le dio las gracias, le apretó la mano y salió. Luego regresó y un poco confuso se dirigió a la anciana:

-Perdóneme por mi deseo de ayudarle y no se lo tome a mal -le puso un billete

en sus manos-. Son veinticinco dólares.

-Para que no se enfade, los cogeré, pero no ahora, sino luego, después de la entrevista.

Él la comprendió. Este dinero podía ser el precio de la traición si Azores resultaba ser un espía. La anciana tenía razones para ser desconfiada.

Azores se marchó.

EN EL CEMENTERIO

Azores era joven, fogoso y poseía una gran imaginación. En su mente planeó los proyectos más audaces para ver a Jurgés e incluso para liberarlo. ¿Podría hacerse pasar como sacerdote español y así llegar hasta Jurgés con el falso motivo de confesarle? Pero en la prisión tienen sus sacerdotes... ¿Socavar? Azores recordó algunas historias de célebres evasiones. Su imaginación volaba. Con estos pensamientos se durmió y vio en sueños túneles oscuros, escalas, rejas...

Los días que faltaban hasta la entrevista los empleó Azores en recoger material para la redacción. Pensó en muchas cosas, pero en ningún momento olvidó a Jurgés. «Extraño apellido -pensaba-. Para los extranjeros suena como si fuera español, pero no lo es Jurgés. ¿De dónde será?»

Por fin llegó el día de la entrevista. Había llegado un poco antes y empezó a vagar por el cementerio.

«Los privilegios de clase no terminan con la muerte», pensaba Azores. Ayer tuvo ocasión de estar en el cementerio de los aristócratas y poderosos. Aquello era una ciudad de mármol: mausoleos, panteones familiares, oratorios, flores, las avenidas cubiertas de arena. ¡Una verdadera exposición! Aquí, en el cementerio de los desheredados, sencillas cruces de madera tan estrechamente clavadas unas al lado de las otras que es difícil pasar entre ellas. Igual superpoblación que en los arrabales de las ciudades. El cadáver no llega a pudrirse, y ya hay otro encima...

Azores consultó su reloj. Las diez menos cinco. Con paso rápido se dirigió a la capilla. Anochecía. De una estrecha ventana salía la luz roja, espesa de la candileja.

En el cielo brillaba el creciente de la luna nueva. Olía a tierra removida y a humo de las fábricas cercanas.

Azores se estremeció: se oían pasos cercanos. Dos hombres iban hacia la capilla.

-¿El camarada Azores? -preguntó uno de ellos.

-Sí, soy yo -respondió él.

A juzgar por su indumentaria eran trabajadores. Se estrecharon las manos.

Azores repitió su relato y mostró el carnet de la redacción. Los recién llegados examinaron atentamente el documento. Comprobaron la fotografía con él y se convencieron de su parecido. Terminado con esto pidieron que les enseñara la carta.

Los trabajadores examinaron concienzudamente la misiva, luego se miraron mutuamente y se la devolvieron a Azores. Uno de ellos dijo:

-Camarada Azores, le creemos. Procuraremos comunicar a Jurgés sobre esta carta. Vaya a casa de la anciana exactamente dentro de una semana.

«Pero yo...», estuvo a punto de exclamar Azores. Pero los otros ya se habían ido. Por lo visto tendría que contentarse con actuar pasivamente y esperar noticias.

El día fijado Azores fue a casa de la vieja; pero no había nadie más que ella con su perro ya un poco menos huraño. La anciana le saludó amistosamente con la

cabeza y le dio una nota.

-Es la dirección -dijo ella-. Vaya a ella. La persona que aquí se indica le explicará todo. Lleve consigo la carta. Azores dio las gracias a la anciana y se despidió.

LA MANO DERECHA DE BLASCO JURGÉS

Desde los arrabales tuvo Azores que ir hasta casi el centro.

Después de mucho preguntar encontró por fin el edificio de siete pisos. Entró en el vestíbulo envidriado. El portero lo recibió medio dormido. En el perchero sólo había tres sombreros de paja.

-Dígame, ¿vive aquí mister Kar? -preguntó Azores.

-No vive, sino que trabaja aquí. Séptimo piso, habitación setecientas treinta y dos -respondió secamente el portero.

Azores se dirigió al ascensor.

-No trabaja -advirtió flemáticamente el portero.

Tuvo que subir por la escalera.

En el rellano entre los pisos cuarto y quinto se cruzó con un joven pálido, por lo visto un ordenanza. Miró a Azores y se quedó extrañado, como si dudara de lo que veía, luego se volvió varias veces.

«¡Qué le pasará! -pensó Azores-. ¿Será que no trabajan hoy? Da la impresión de que el edificio ha sido evacuado. ¿Puede que la compañía se haya trasladado?»

Llegó al séptimo piso. Los pasos de Azores retumbaban en el vacío y largo corredor. Al pasar echó un vistazo a algunas habitaciones que tenían las puertas entreabiertas. Largas mesas en las que había bobinas, lámparas, acumuladores, tubos de vidrio, aparatos... Serían laboratorios. Todas las habitaciones estaban vacías. Ni una sola persona. En todas las cosas había una delgada capa de polvo. El corredor giraba a la derecha, otra vez a la derecha. Aquí estaba la habitación. Azores llamó. Tras la puerta se oyeron pasos apresurados, golpes, roces como si alguien pusiera las cosas en orden precipitadamente; luego la puerta se abrió y apareció la figura asustada de un hombre de pequeña estatura con una barbilla de chivo. Llevaba una vieja bata azul.

-¿Podría ver a mister Kar? -preguntó Azores.

-Yo soy Kar. A su disposición -respondió el hombre de la barbilla de chivo y, abriendo ampliamente la puerta dejó pasar al visitante-. ¿En qué le puedo servir?

-Yo vengo por el asunto de don Blasco Jurgés.

-¿Blasco Jurgés? -exclamó Kar dando un bote-. Siéntese, por favor. -Y se apresuró a acercar una silla al visitante-. ¡Blasco! Murió, murió, pobre... ¡Pereció en el preciso momento en que su vida era tan necesaria! Sin embargo, ¿qué asunto le puede traer? -Y miró a Azores con inquietud.

Azores relató a Kar todo, empezando por la botella que había encontrado y terminando con la visita a la anciana.

Kar escuchaba, asentía con la cabeza, se mecía la barbilla de chivo y repetía sin cesar:

-Sí, sí... ¡Pobre Blasco!

Al final dijo:

-Juan está preso. Era de esperar. ¿Puedo ver la carta?

Azores le dio la carta. Kar se apresuró a cogerla, casi la arrancó de las manos del visitante y fijó sus ojos en el papel.

-Sí, sí... es suya, su cifrado...

-¿Y la clave del cifrado? -preguntó Azores.

Kar fijó su mirada escrutadora en los ojos del visitante: ¿Se podía confiar en él? Su examen pareció decidirle porque exclamó a continuación:

-¡Oh, claro, claro! Yo tengo la clave. Está aquí, en este armario donde se guarda el hilo, aisladores y todo los trastos. ¡Es un lugar segurísimo! Mejor que en casa ya que este edificio, como ha podido comprobar, está vacío, no viene nadie. Sí, sí. Crisis. Cuando las cosas iban bien la compañía eléctrica organizó aquí amplios trabajos de investigación: lámparas electrónicas, fotoelementos, televisores... Centenares de científicos, célebres especialistas, inventores... Pero ahora todo el trabajo está parado, los científicos se han dispersado en busca de trabajo.

-¿Y usted? -preguntó Azores.

-Actualmente soy medio asistente de laboratorio, medio guarda -respondió Kar con una sonrisa triste.

-¿Usted conocía bien a Blasco Jurgés?

-¡Que si le conocía! -exclamó Kar y sus cejas rojas se curvaron-. ¡Yo era el primer ayudante de Jurgés! ¡Jurgés! Era un gran inventor. ¡Una gran inteligencia y un gran corazón! Vea, en esta mesa trabajamos durante doce años. Muchos días y... muchas noches.

Azores no hubiera sido un buen reportero si no hubiera intentado sonsacar a Kar todo lo referente a Jurgés. Kar contestaba a todas sus preguntas con sumo placer y Azores se enteró de más cosas de las que esperaba.

El padre de Jurgés, Salomón Jurgés, era un hebreo polaco. En su tiempo había emigrado a los Estados Unidos, pero allí no había tenido suerte y se había trasladado a América del Sur. Precisamente aquí, en Buenos Aires, tenía su taller de reparación de automóviles, bicicletas y motocicletas. Juan Jurgés ayudaba a su padre y, cuando éste murió trabajó en una gran fábrica. Su hermano mayor, Blasco, pudo recibir enseñanza técnica superior y trabajó en el laboratorio de investigación de la compañía eléctrica, que entonces era filial de una compañía de Nueva York. Le tenían en gran estima. Él dio a la casa muchos inventos, muchas innovaciones, y cuando se trabajaba en receptores de radio construyó un modelo muy acertado para aficionados.

-Pero su alma no la vendió a la casa -dijo Kar significativamente.

-¿Qué quiere decir con esto?

-Vivía muy unido con su hermano. En una ocasión, estando yo allí, Blasco dijo a Juan: «Nosotros vamos hacia él mismo objetivo pero por distintos caminos, y será mejor que no nos veamos tan a menudo para que tu «popularidad revolucionaria» no atraiga las sospechas sobre mí, y sobre «nuestro trabajo revolucionario» -y él me señaló a mi. Sí, a mí -repitió Kar con orgullo-. Pues nosotros trabajábamos juntos y no teníamos secretos el uno para el otro.

-¿Y qué era este «trabajo revolucionario»?

-Una revolución en el dominio de la ciencia y la técnica -respondió Kar-. Nosotros somos inventores. Claro, inventaba Blasco y yo le ayudaba. Y cuando... ¡Ah, Blasco, Blasco...! tan precavido en todos sus actos y... ¿Por qué no quisiste escucharme? -Sus rojos párpados con pestañas amarillas de nuevo temblaron, pestañearon como si Kar fuera a llorar.

Azores dedujo que allí se encerraba un gran secreto.

-¿Y qué invento era ése en el cual trabajaban?

-Este invento... -Los ojos de Kar se inflamaron con el fuego de la inspiración, pero ahogó este fuego, se fue rápido hacia la puerta, la abrió, miró hacia el vacío corredor y, dejando la puerta entreabierta para poder oír los pasos si alguien se acercaba, regresó a su sitio, se sentó cerca de Azores y musitó-: La piedra filosofal. -Kar retuvo la respiración y sonrió en silencio.

«¿Se habrá vuelto loco este tipo?», pensó Azores. Pero aquél continuó:

-Sí, la piedra filosofal. El sueño de los alquimistas sobre la transformación de los elementos. En la actualidad, proyectil para la desintegración del núcleo del átomo. No es solamente una revolución. ¡Es una nueva época de la química, de la historia de la Humanidad!

En su apasionamiento aplaudió con sus secas manos y sonrió. Azores se echó atrás en su silla y se quedó unos segundos mirando a Kar.

-Sí, sí, sí -murmuró Kar con ardor, mientras aguantaba la mirada de Azores-. No es una ilusión, no es problema ni hipótesis, sino un hecho. Aquí, en esta misma mesa realizamos los últimos experimentos. Aquí, en este lugar, estaba el aparato, un cañón de novísima construcción para el bombardeo del núcleo del átomo. ¡Y qué hizo! ¡Qué milagros realizó ante nuestros ojos!

-¿Y dónde está este aparato? -preguntó Azores sintiendo frío en la espalda y un hormigueo en todo el cuerpo.

-En ningún sitio. -Kar suspiró con abatimiento-. No podía llevarlo consigo. Era menos peligroso llevarlo en la cabeza. Pero, claro, ¿acaso no puede perderse la cabeza en el caminó? Jurgés disponía de mucho dinero y casi todo lo gastó en experimentos. Con lo que le quedaba compró billete en el mejor barco, al parecer el más seguro, el barco de los millonarios, como le llamaban en las dos Américas, el *Leviatán.* Pero no hay nave que no pueda naufragar... Jurgés tomó todas las precauciones posibles. De todos sus cálculos, fórmulas, en una palabra, de todo el «extracto» de su extraordinario descubrimiento hizo dos copias: una en un papel que llevaba siempre consigo en el cinturón...

-¿Y la segunda? ¿En una cajita metálica? -preguntó impaciente Azores.

-Jurgés era más precavido. ¿Qué es una caja? El barco puede hundirse a enorme profundidad y entonces la presión del agua revienta la caja y los papeles se pierden. No, Jurgés actuó de otro modo. Él grabó todas las cifras, fórmulas, esquemas y notas en unas delgadas láminas metálicas, después las juntó y soldó los bordes. ¡Una solución inteligente! -Kar soltó una seca carcajada-. Si esta «maleta» se hunde aunque sea a diez mil metros de profundidad, nada le sucederá.

»¡Pobre Blasco! Esto significa que has perecido... Hasta hoy yo aún tenía esperanza -continuó Kar después de una pausa y ya en otro tono-. Ahora he perdido todas las esperanzas. ¡Fue una equivocación, un error fatal!

-¿Pero en qué consiste su equivocación? -preguntó Azores.

-Pues en que no me dejó ninguna copia.

-¿Es que usted no está en condiciones de reconstruir el «cañón» sin él?

El rostro de Kar expresaba sufrimiento.

-¿Qué soy yo? -gimió Kar-. Yo fui tan sólo las manos de Blasco, y él, eso sí, me tenía en gran estima. -Kar miró sus manos cubiertas de pelos rojos-. Supongamos qué yo vi cómo se construía el aparato, con mis manos lo hice. Pero... ¡Usted no sabe lo complicado que era! Por las fórmulas y esquemas yo lo podría hacer, pero ahora todo yace en el fondo del océano... No quiso dejar copia y éste fue el error. Claro que era peligroso. Juan, por ejemplo, está preso... Los espías podían también interesarse por su hermano, y a pesar de estar muerto existía la posibilidad de que registraran aquí...

-Sin embargo, ¿qué es lo que ha escrito Jurgés en su carta cifrada?

-Ahora lo leeremos. Aunque ya sé casi seguro lo que pondrá.

Kar se levantó, abrió un gran armario y sacó de entre un montón de materiales electrónicos y piezas diversas una delgada lámina de aluminio del mismo formato que la carta. En la lámina había agujereados en diferente lugares unos

cuadraditos del tamaño de una letra de máquina de escribir. Kar puso la lámina sobre la carta y leyó:

«En caso de mi muerte notifíquese a "URS2"»

-¿Qué significa esto? -preguntó Azores.

-¡Querido Blasco! Te reconozco. Incluso en el cifrado recurriste a una fórmula -murmuró Kar con tristeza como si hablara con su amigo muerto. Dirigiéndose a Azores le preguntó-: ¿Es que no lo adivina? U-erre-ese-dos. Esto es URSS. Notificar al gobierno de la URSS que en las profundidades del océano Atlántico hay un tesoro destinado a él. ¿Pero nos relatará el océano su secreto? -preguntó Kar dirigiéndose a Azores-. Si no me equivoco el *Leviatán* naufragó en algún lugar cerca de las islas Azores. La «cartera» de Blasco Jurgés estará a una profundidad de dos o tres mil metros. ¿Es posible descender a esta profundidad? Claro que para hallar la «cartera» no hace falta entrar en el barco. Blasco fue previsor, ya hablé de esto. Él pensaba atar las láminas a la cadena del ancla. Pero de todos modos no sé si esto facilitará en mucho la tarea. Un buzo creo que no puede descender a más de trescientos metros, y me temo que el secreto de Jurgés se ha perdido para siempre.

-Bueno, esto aún no se puede decir, -respondió Azores-. Yo en todo caso voy a cumplir la última voluntad del gran científico y comunicaré al gobierno Soviético todo lo que sé. Ellos que decidan lo que hay que hacer. Muchas gracias, mister Kar...

-Camarada Kar -rectificó éste con suave reproche.

-Camarada Kar... muchas gracias y permítame despedirme.

-No, espere... -se opuso con viveza Kar-. Usted debe hacerse cargo de lo que significa para mí este asunto. Y además... Yo puedo serle útil. Yo desearía que usted, camarada Azores, me comunicara el resultado de este asunto.

-No será fácil tenerle al corriente -manifestó Azores sonriendo-. Usted comprenderá que sobre estos asuntos no se puede escribir.

-¿Para qué escribir? Puede arreglarse de otro modo. Hablaremos. Y hablaremos de manera que nadie más pueda escucharnos. -Kar sonrió de nuevo-. Esto es también uno de los últimos descubrimientos de Jurgés. No es tan importante como el cañón, pero es interesante. Me lo regaló antes de partir. Una emisora de radio de onda corta. Ella necesita tan poca energía -una décima de vatio- que consume menos que una linterna eléctrica de bolsillo. La antena tiene cinco centímetros y el alcance es ilimitado. Su principal cualidad es su aguda dirección, lo que garantiza el secreto en la transmisión. Este artificio controla la dirección de la radiación, registra el más leve desvío y lo corrige automáticamente. ¿Qué le parece? -Kar se frotó las manos-. Yo le daré un aparato receptor-transmisor. O no... Le daré el esquema y algunas explicaciones en un par de hojas de su libreta de notas. En la URSS, claro, habrá radistas con experiencia.

-Por supuesto.

-Pues bien, así conversaremos. Le entrego mi regalo. -Kar hizo rápido el croquis del esquema, escribió algunas notas y se lo entregó a Azores.

-Pues bien, conversaremos e incluso... nos veremos si queremos. Sí, sí, por televisor. Al mediodía en punto yo cogeré su onda. Adiós.

Se despidieron.

Azores casi corría por la calle. Se encontraba embargado por una gran alegría. ¡Rápido al hotel, y de allí, al puerto!

SE DECIDE LA SUERTE DE LA EXPEDICIÓN

En Moscú, Azores informó de todo a una comisión especial. A la reunión fueron especialistas invitados.

-¿Su opinión? -se dirigió el presidente al académico Tóffel.

La voluminosa figura de Tóffel se levantó y pronunció en voz un poco apagada:

-En todo el mundo se lleva a cabo un ataque tenaz, más exactamente, un verdadero asedio a la fortaleza del núcleo del átomo. La gente trabaja sin ahorrar esfuerzos, medios, energía, y se comprende por qué. Si se logra dominar la energía atómica las consecuencias serán extraordinarias. Nosotros ahora ni podemos imaginarnos lo que será el mundo cuando tengamos en nuestras manos esta auténtica fuerza cósmica. Ningún invento, ningún descubrimiento desde que el hombre empezó a inventar -ni el vapor, ni la electricidad, ni la radio- nada puede compararse con esto. Los motores atómicos realizarán una completa revolución en la técnica y en la vida. Seremos inmensamente más fuertes y ricos. Pongamos por ejemplo nuestra red unida de gran voltaje. Costó miles de millones, y su explotación, millones, decenas de millones. Cables, torres de apoyo, caras y voluminosas dínamos, turbinas... todo esto será inútil o casi inútil. Ahorraremos nuestro combustible: carbón, petróleo, madera. Ya no serán combustible. Serán solamente materia prima para la elaboración química de productos de gran valor. La madera servirá únicamente para la elaboración de papel, piezas de seda, azúcar y otros productos y mercancías. La sola liberación de que el carbón y el petróleo y la madera sean bárbaramente destruidos en los quemadores ya promete miles de millones de ahorro.

»En cuanto a la misma energía atómica no hace falta ni hablar. Lo que puede darnos es imposible de calcular, ¿Por qué extendemos nuestras magistrales eléctricas a miles de kilómetros? Para transmitir la energía allí donde no la hay. El carbón, el petróleo, la madera, el agua -los actuales manantiales de energía- no siempre los hay allí donde se hallan los minerales y otros productos útiles. La energía atómica y los motores atómicos darán ilimitados recursos en energía allí donde sea necesaria, sin ningún cuidado, sin voluminosas construcciones. En la tundra y en la taiga, en las montañas y en los desiertos; en cualquier lugar podremos tener centrales eléctricas de bolsillo.

»El transporte se transformará por completo. Las insaciables locomotoras desaparecerán. Aparecerán nuevos tipos de transporte terrestre, aéreo, fluvial y marítimo. Serán incluso realidad los vuelos a otros planetas. Desaparecerán también los obstáculos para los trabajos de construcción. Podremos cubrir todo el país de canales. Literalmente podremos mover las montañas. La idea, la inspiración creadora del actual constructor estaban hasta hoy ligadas, atadas por el «límite energético». Hoy muchos proyectos ni nos vienen a la cabeza debido a que para su realización son necesarios gastos incalculables de energía. La liberación de los sueños técnicos será una realidad. El hombre será dueño verdadero de la naturaleza.

»¿Se puede calcular el valor en dinero de este descubrimiento? Yo creo imposible poder mencionar cifras. Sería necesario calcular no ya en miles de millones sino en trillones. Y si se presentase la más mínima posibilidad de poseer tal invento, creo que cualquier desembolso por grande que sea sería cubierto en gran escala.

El académico hizo una pausa y continuó:

-Pero todo esto con una condición: caso de que la energía atómica obtenida con el aparato de Jurgés no resulte demasiado cara. Nosotros mismos ya sabemos

cómo desintegrar el núcleo del átomo, y si no hemos construido un motor atómico experimental ha sido sólo porque aún es prematuro. Y es prematuro porque la obtención de la energía atómica cuesta por ahora inmensamente caro, ya que para la desintegración del átomo utilizamos altas y superaltas tensiones de millones de voltios. Y el resultado de este carísimo ataque desgraciadamente es muy pequeño. Nuestros proyectiles no dan en el blanco. De dos mil disparos sólo uno de ellos acierta.

»El camarada Azores nos ha comunicado que hay un testigo, el ayudante de Jurgés que afirma el hecho de que aquél desintegraba con éxito el núcleo del átomo. Pero la descripción del gran descubrimiento descansa por ahora en el fondo del mar. Yo no admito mixtificaciones. Sin embargo, ¿quién nos garantiza que Jurgés y su ayudante Kar no sean unos maniáticos proyectistas? ¿Acaso los alquimistas no tenían la plena convicción de que «casi» habían descubierto el secreto de transformación de metales innobles en oro?

-¿Su conclusión? -preguntó el presidente.

-Mi conclusión es la siguiente: buscar las tablillas de Jurgés si esto es posible técnicamente y los gastos de esta recuperación están dentro de las posibilidades de nuestro Estado.

-Perdone académico -le dirigió esta pregunta un economista ya entrado en años-, y la desintegración del átomo, por así decirlo, en gran escala no conducirá...

-¿A una catástrofe mundial? -preguntó Tóffel-. No, no lo creo. Como ya he dicho, los átomos se desintegran actualmente casi cada día. Y nada, el mundo sigue entero. He oído más de una vez manifestaciones de esta clase, pero creo que estos temores no tienen ninguna base.

-¿Su opinión, profesor Réinberg?

Un aseado viejecito de baja estatura, barbita cónica y largos bigotes canos se levantó con agilidad, dirigió su mirada a Tóffel, luego al presidente y dijo:

-Ante todo yo debo señalar un penoso malentendido. Aquí se habló sobre la obtención de la energía interior durante la desintegración del núcleo del átomo. Cuando son los novelistas de fantasía quienes escriben esto es aún permisible, pero cuando interviene un científico con la idea de la obtención de la inagotable energía interior del átomo, yo como energético, protesto. Esto es una equivocación extraordinariamente profunda, penosa e incluso yo diría que perniciosa. Con la desintegración del núcleo del átomo no obtendremos ninguna energía interior mientras exista y no sea rebatida la segunda ley de la termodinámica.

»Además, no era esto lo que Jurgés pretendía, según yo entiendo. A él le interesaba la misma desintegración del núcleo del átomo, y no la energía. Él abordaba el asunto como físico, o químico, pero no como energético. Y en este aspecto creo que el «cañón» de Jurgés es un grandioso descubrimiento, si no es sólo un mito. Pero esto que lo determinen los químicos.

Réinberg se sentó rápido y tomó un sorbo de té.

-¿Pero usted cree que debe buscarse? -le preguntó el presidente.

-Si se proponen extraer energía del átomo, creo que no hay necesidad de mojarse penetrando bajo el agua. Hay suficientes quimeras en tierra firme -respondió Réinberg sin levantarse, y sin tomar aliento se bebió todo el té que le quedaba.

-Su palabra, profesor Bagórskiy.

Este hombre de complexión atlética con grises bigotes y ojos jóvenes se levantó sin prisa, apoyó las manos en la mesa y empezó:

-Yo, lo mismo que todos nosotros, dispongo en realidad de muy exiguo material

para poder juzgar sobre el descubrimiento de Jurgés. Pero lo poco que sé de ello por lo que se me ha dado a conocer, es suficiente para sacar la conclusión de que el asunto merece una seria atención. Yo estoy de acuerdo con el profesor Réinberg: la energética nada tiene que ver aquí. -Réinberg miró victorioso a Tóffel-. Sin embargo, no por esto pierde importancia el asunto -continuó Bagórskiy-. El camarada Azores me ha contado todo lo que oyó de Kar, y mi impresión es que esta persona puede equivocarse como todo el mundo, pero no es propenso, a sabiendas, a inducir a engaño a otras. Y lo que ha relatado sobre los experimentos efectuados por el perdido inventor es algo extraordinario. Si el «cañón» de Jurgés es capaz de desalojar con tan ínfimo consumo de energía tal cantidad de electrones del núcleo del átomo, esto verdaderamente es un descubrimiento de época. Aquí mismo Piótr Ivánovich recordó a los novelistas fantásticos. Si yo perteneciera a los mismos, podría darles una imagen de maravillosas perspectivas. Pero yo no soy un fantaseador ni un novelista. La importancia del problema de la disgregación del núcleo del átomo ustedes mismos la saben. Y yo puedo decirles sólo una cosa: si nosotros logramos recuperar del fondo del mar las llaves del descubrimiento de Jurgés y éste justifica solamente una décima parte, de nuestras esperanzas, también en este caso el coste de la búsqueda del tesoro se cubrirá en centenares y miles de veces.

El presidente se dirigió al representante del *Eprón,* el ingeniero Kiríllov:

-¿Su opinión, camarada?

Kiríllov, un hombre corpulento de tez bronceada, de mediana edad y vestido con una cazadora marina se levantó y sin prisas empezó:

-Nosotros aún no sabemos el lugar exacto donde se hundió el *Leviatán, y* por lo tanto no tenemos absolutamente idea de la profundidad. Todo depende al fin y al cabo de la profundidad. Hasta ahora hemos trabajado a profundidades aproximadas a las veinte o treinta sajen.

-Camarada Kiríllov -le interrumpió el presidente- la mayoría de los aquí reunidos estamos acostumbrados a calcular en metros.

-El sajen marítimo equivale a seis pies, o a un metro ochenta y seis centímetros -aclaró Kiríllov-. Bueno, lo transferiré a metros. Pues bien, nosotros trabajamos a profundidades de cincuenta a sesenta metros y más arriba, claro.

-¿No más profundo?

-La profundidad de cien metros para el buzo con equipo normal se considera ya un récord. Con los vestidos rígidos americanos se puede descender a doscientos e incluso hasta trescientos metros. Esto por ahora es el límite para los buzos. Descender a la profundidad de setecientos cincuenta a mil metros se puede únicamente en góndolas especiales de acero que pueden resistir enormes presiones. La lástima es que con tales góndolas solamente se puede observar la vida submarina o fotografiar. Nosotros tenemos que actuar bajo el agua, elevar el barco hundido, o en caso de necesidad buscar en él el «tesoro» de Jurgés. Resulta que todo se reduce a saber a qué profundidad yace el *Leviatán.* Ustedes saben que en los océanos hay profundidades de hasta diez mil metros.

-O sea que resulta más fácil de conquistar la estratosfera que la hidrosfera -resumió riéndose el presidente.

-Sí, elevarse sobre la tierra a veinticinco o treinta kilómetros es más fácil que descender en el océano a dos o tres kilómetros. La formidable presión del agua guarda los secretos de las grandes profundidades. Yo incluso dudo de que el hombre pueda en el futuro llegar hasta los profundísimos abismos del océano...

-¿Ni con la góndola?

-Yo creo que ni con ella. Y esto sólo para poder observar. Una góndola con

personas dentro debe estar fijada a un cable o cadena para poder sacarla del agua. Pero ningún cable de diez kilómetros de largo podría aguantar su propio peso. Esto yo... ya no lo sé... pero creo que el cable tendría que tener forma cónica con un enorme diámetro en su base. Sin hablar de que ninguna nave podría elevar este peso, como tampoco creo se puedan construir grúas de tal fuerza.

-¿Y si se bajara un globo de acero sin tripulación, pero con aparatos que transmitieran a la tierra las imágenes del mundo de las profundidades? -se interesó el economista.

Kiríllov sonrió:

-Usted me hace preguntas que se salen de los límites de la práctica de los buzos. Esto entra ya en el dominio de la fantasía. Pero supongo que tampoco se lograría nada con este globo.

-Una esfera con paredes de colosal espesor -no cedía el economista.

-¿Y el cristal? -preguntó Kiríllov a su vez-. De todos modos su esfera deberá tener ventanas a través de las cuales se pueda iluminar con un proyector el fondo del mar para el trabajo del televisor. Me parece que ni el cristal de cuarzo soportaría esta presión. Además, no olvide que esta esfera no tendría cables. Por lo visto ella, misma debería tener central eléctrica o acumuladores de suficiente fuerza, más la estación de radio. Y esto no es todo. ¿Cómo transmitir la imagen sin conductores? Las ondas de radio serán absorbidas por el espesor de diez kilómetros de agua. No, aquello que yace a la profundidad de diez kilómetros es para nosotros completamente inabordable.

-Por suerte el *Leviatán* se fue a pique en el océano Atlántico y no en el Pacífico. Verdad es que también en el Atlántico hay «hendiduras» de varios kilómetros de profundidad, pero hay muchas profundidades que son accesibles para nosotros. Hay también cordilleras submarinas cuyas cimas emergen de la superficie del agua creando islas de todos conocidas, por ejemplo el grupo de las Azores y Canarias.

»En relación con esto el plan general de la expedición yo me lo figuro así. En las señales de socorro lanzadas por el *Leviatán* la víspera del naufragio se mencionan la longitud y la latitud. Este lugar, según mis cálculos, forma una meseta submarina bastante elevada con relieve extraordinariamente cortado. Hay profundos abismos y elevados montes. En los mapas generales todo esto está señalado, como es natural, tan sólo aproximadamente. Nosotros no disponemos aún de mapas con suficiente fidelidad, en los cuales el relieve de cada kilómetro cuadrado del Atlántico esté representado con exactitud. Iremos al lugar de la catástrofe del *Leviatán y* mediremos cuidadosamente las profundidades. Si llegan a pasar de varios kilómetros, entonces, por triste que esto sea nosotros tendremos que desistir. Tales profundidades sobrepasan las actuales posibilidades técnicas del *Eprón.* Otra cosa sería si las instituciones científicas e investigadoras nos ayudasen y nos facilitaran equipo técnico para la conquista de tales profundidades. En cualquier caso la expedición de reconocimiento no costará muy cara.

-¿Y si la profundidad fuese menor? -preguntó el presidente.

-Entonces procederíamos a la realización de la segunda etapa de los trabajos, o sea la búsqueda del barco hundido. Aquí entrarían ya los buzos en escena. Si el *Leviatán* fuese hallado, trabajaríamos a continuación ya según las tareas que ustedes nos diesen: buscaríamos el «tesoro» en el barco debajo del agua, o lo subiríamos a la superficie, lo que naturalmente sería ya más caro.

Azores pidió la palabra.

-Yo creo que no será necesario subir el barco -dijo-. Jurgés fue tan previsor que ató, así lo creemos y caso de que tuviese tiempo de hacerlo, sus láminas en la cadena del áncora en la proa del buque. De modo que lo único que tenemos que hacer es buscar la nave y hallar las láminas en la cadena del áncora.

-Sin embargo, para hallarlo hay que descender al fondo. ¿Y si éste se halla a mucha profundidad? -dijo Kirillov.

-No hay necesidad de que baje ninguna persona -respondió tranquilo Azores.

-Pero, ¿cómo hallarlo? -no se tranquilizaba el del *Eprón.*

-Muy sencillo. Yo he trabado conocimiento con los pescadores de Murmansk. He navegado en sus barcos de pesca de arrastre. Y allí tuve la suerte de ver un televisor submarino construido por un joven de allí, y valiéndose del mismo los pescadores encuentran muy fácilmente la pesca. Y no solamente peces. Por casualidad encontramos en el fondo del mar de Barentz uno de los barcos de pesca que había naufragado. Seguramente usted ya sabe algo de esto. Pues bien. No creo que sea técnicamente muy difícil construir un televisor de mayor tamaño y que se pueda bajar aunque sea a una profundidad de mil metros. Con ayuda del televisor sabremos hallar la proa del barco, la cadena del ancla y las láminas allí sujetas. Queda sólo subirlas. Supongo que los técnicos soviéticos podrán construir unas manos mecánicas capaces de coger con sus dedos de acero las placas y subirlas a la superficie.

-En verdad que no es mala idea -pronunció Kirillov.

-El radioojo es lo que nos ayudará a encontrar el «tesoro» de Jurgés -terminó Azores.

-¿Qué piensa usted de todo eso? -preguntó el presidente al ingeniero Bórin, un gran inventor en materia de radiotécnica.

-En lo referente al televisor -respondió Bórin-, esta idea a mi modo de ver es totalmente real. El televisor muy pronto será introducido prácticamente en el trabajo del buzo. A decir verdad, esto no será exactamente el radioojo. El estudio de las señales de radio de los submarinos desde las profundidades ha revelado que las ondas de radio son fuertemente absorbidas por el elemento líquido. Por esto las transmisiones desde las profundidades del mar deben dirigirse, no por el camino de las ondas de radio, sino por cables desde el televisor. Pero esto ya es cuestión técnica. Yo conozco al inventor. No hace mucho vino a verme y me mostró un pequeño televisor. Gustosamente y con su ayuda estudiaremos la construcción de un televisor para grandes profundidades. De esto puedo encargarme yo. En cuanto a las «manos mecánicas»... Creo que no habrá problemas para construirlas.

-Sin embargo, camaradas, parece que nos hemos olvidado del momento inicial -de nuevo tomó la palabra Tóffel-. Todavía no sabemos si efectivamente el «cañón» de Jurgés representa un «tesoro». Bien que no lo sea para los energéticos, pero por lo menos para la física, la química y la industria...

-Es posible que usted sacara conclusiones más concretas si pudiera hablar con Kar -le interrumpió Azores levantándose.

-Pero si se encuentra al otro lado del océano -objetó Tóffel.

-Sí, ¿pero es que no podemos hablar con personas que se encuentran al otro lado del océano? -preguntó sonriendo Azores.

-Convenga sin embargo que el asunto no es de la índole que se pueda hablar abiertamente de él por teléfono o por radio -objetó nuevamente Tóffel, esta vez en tono aleccionador.

-Nadie escuchará su conversación -respondió Azores-. Aún no les he contado todo, camaradas. -Y sacando una pequeña cajita Azores contó lo que sabía del

transmisor de radio de onda corta de Jurgés, al tiempo que lo ofrecía como regalo de parte de Kar.

Bórin se acercó corriendo al aparato y empezó a examinarlo con interés mientras susurraba algo para sí. Luego levantó la cabeza y dijo:

-Una solución diabólicamente inteligente, y perdonen la expresión. Este Jurgés tenía verdaderamente gran ingenio.

-De modo que hoy podré conversar con Kar. Espero que el camarada Bórin nos ayudará a utilizarlo. -Dijo Tóffel.

Este mismo día, cerca de las seis de la tarde, cuando en Buenos Aires era mediodía, dos personas separadas por miles de kilómetros pudieron conversar.

Kar contó a Tóffel todo lo que sabía sobre el método de Jurgés de desintegración del átomo. Tóffel comprendió más de lo que contenían la cabeza y las palabras de Kar. Comprendió la idea y quedó maravillado de su originalidad. Verdad es que sin las fórmulas y esquemas de Jurgés se necesitaría posiblemente varios años para realizar este invento. Pero también aquello que había adivinado Tóffel era un verdadero tesoro.

Jurgés proponía un nuevo método, un enfoque del problema por un camino completamente nuevo. Sí, el mismo Tóffel ya no tenía dudas de que lo que Jurgés llevaba a la URSS era un verdadero tesoro.

Y en la siguiente reunión de la comisión, Tóffel intervino ya de otro modo, sin vacilaciones, con convencimiento:

-Hay fundamento para creer en que el descubrimiento de Jurgés será una valerosa aportación a la ciencia. Él ayudará a resolver el problema de la desintegración del núcleo del átomo. ¡Estamos obligados a enviar inmediatamente la expedición al lugar del naufragio del *Leviatán* cueste lo que cueste!

El asunto estaba resuelto y los fondos librados. En los laboratorios de los institutos científicos hervía ya el trabajo.

Gínsburg había dejado por algún tiempo su pesquero y se había trasladado al laboratorio de Bórin. Trabajaban día y noche olvidándose del sueño y de la comida. Y muy pronto se podía ver en el laboratorio un enorme globo parecido a la góndola de una estrastostato. Aunque éste no iba a servir para dar un salto a las alturas, sino al abismo del océano.

Por cuanto la profundidad no era aún conocida, Bórin calculó a la máxima profundidad del océano en la región del naufragio. La envoltura podría soportar presiones colosales. En la parte superior del globo había un balón de acero con aire comprimido. Estaba calculado de manera que al ir descendiendo el globo y aumentar la presión exterior, el aire del balón se trasladaría automáticamente al globo televisor. Esta presión interior suplementaria serviría como apoyo neumático contra la presión exterior. Al subir debería igualmente trasladarse automáticamente el aire del globo al balón.

Fue necesario hacer cálculos exactos de la sección necesaria del cable en el cual sería descendido el globo, del espesor que debería tener el cristal de cuarzo a través del cual sería iluminado el mundo submarino con los rayos de los proyectores. Por toda la envoltura del globo se hicieron agujeros redondos pequeños y grandes. A través de los pequeños pasarían los rayos de luz, y a través de los grandes las imágenes que recibidas por el fotoelemento llegarían al objetivo. El disco de Nipkow fue remplazado por un cinescopio. La energía para los proyectores se transmitiría por las dinamos del barco y la luz se encendería automáticamente sólo a la presión dada, al ser obtenida la profundidad necesaria.

Al mismo tiempo fueron construidas las «manos mecánicas». Parecían una

araña atada. Las garras articuladas de esta «araña» estaban hechas de tal manera que agarraban automáticamente y retenían tenazmente la presa. Un impulso de corriente eléctrica obligaba a la «araña» a abrir sus garras en caso de que por casualidad cogieran lo que no era necesario.

El asalto a la hidrosfera se preparaba con la misma energía que en su tiempo se preparó el asalto a la estratosfera.

LA PERSONA MÁS DESGRACIADA DE LA URSS

El hijo del ingeniero, Mischka Bórin, pelirrubio y de ojos azules, estudiaba en la universidad y este año había pasado al segundo curso. Cuando terminó los estudios medios ya había discutido mucho con sus camaradas sobre la profesión que iban a elegir.

«¿Qué vas a ser tú?», se preguntaban uno a otro. Casi todos soñaban con ser ingenieros o pilotos, algunos, geólogos, médicos, pedagogos. A Mischka Bórin ya no le preguntaban: su destino parecía claro para todos. Hijo de un célebre ingeniero en radio, inventor; claro que no podía ser otra cosa que ingeniero en radio. Y Mischka dejó admirados no solamente a sus camaradas, sino también a su propio padre, cuando inesperadamente manifestó que sería geógrafo. La epopeya de Cheliuskin había producido en él una gran impresión. No, Mischka no era presuntuoso. A él no le atraían las condecoraciones en sí, los honores, el honroso título de Héroe. Él quería ser digno de este título y dar a su Patria un provecho real. En una ocasión, poco después de la epopeya de Cheliuskin, él iba al campo de excursión y en el tren oyó como un joven marino contaba a su novia que pronto partiría a una «navegación por los hielos». ¡Cómo le envidió Mischka!

Hacía muchos proyectos. Y sus planes eran muy amplios. Ante todo, saber. Esto nos evita muchas equivocaciones. Por ejemplo Vitia. Estudiaba química y ahora es geofísico polar. ¡Cuánto tiempo perdido! Mischka iría directamente al grano. Para empezar leer todas las historias de marchas por los hielos polares y viajes marítimos. Mischka aprendió en el idioma alemán y muy pronto leyó en el idioma original, el alemán antiguo, el Diario de Shteller. Las campañas de los rompehielos soviéticos las conocía de memoria. Luego se puso a estudiar navegación pilotaje, oceanografía e incluso astronomía.

Por extraño que parezca lo que menos le interesaba era la radio.

Sacaba apuntes. En su cuaderno había un capítulo: «Cómo algunos lograron salir de situaciones apuradísimas.» Allí apuntaba hechos reales y también de novelas. Era necesario aprender a ser audaz, resuelto.

Pero esto no era todo: también es necesario ser fuerte, animoso, resistente. Tener la inteligencia de un científico y el cuerpo entrenado como un lobo de mar. El deporte y la cultura física componían gran parte del plan de Mischka para su preparación de «héroe».

Y aquí precisamente fue donde no tuvo suerte. Pero esto más adelante.

Cuando Mischka empezó a estudiar, él miraba críticamente muchos de los «sueños de la niñez». Así, en la escuela le preocupaban en gran manera las reflexiones sobre lo que pasaría cuando él fuera héroe. Ahora le interesaba más el «hecho en sí». Sin embargo la «línea general» de su plan seguía lo mismo, y él estudiaba como antes con redoblados esfuerzos las ciencias «necesarias» y se entrenaba físicamente: se levantaba temprano, templaba su cuerpo, efectuaba excursiones largas a pie, se dedicaba al deporte, pero ya no hacía las tonterías de la edad escolar: ya no se bañaba en invierno haciendo un agujero en el hielo y no asustaba a su madre con su «completa falta de apetito» ella no sabía que así él se

entrenaba a «soportar el sufrimiento del hambre».

Cuando su padre le comunicó que se preparaba una expedición al océano Atlántico para la búsqueda de un barco hundido, todos sus deseos de viajar, sus aspiraciones a pasar aventuras y realizar hazañas se inflamaron con renovada fuerza. Claro que el océano Atlántico no es lo que los mares polares. ¿Qué aventuras pueden acontecer allí? Casi un paseo ordinario. Y no son rompehielos los barcos que allí van a ir. Sin embargo en la expedición podría estudiar prácticamente la construcción de una nave y la navegación... Y empezó a pedir a su padre que hiciera los posibles para incluirlo entre los componentes de la expedición. Sería en verano, las vacaciones le permitirían hacerlo sin perder los estudios. Regresaría al empezar el nuevo año escolar. Su padre no pudo concretarle nada. Había que recibir permiso del jefe de la expedición. Mischka empezó a presionar también a Gínsburg, con el cual ya había trabado amistad. Gínsburg le prometió que hablaría con Kiríllov. En estos días de espera Mischka incluso adelgazó un poco. Y he aquí que una tarde su padre llegó con la buena noticia: había recibido el permiso.

-¡Vamos juntos, Gínsburg...! -Mischka cogió a Gínsburg y le dio varias vueltas por la habitación. Luego corrió a su habitación para hacer los preparativos. Libros, un montón de libretas para notas, bolígrafos, los prismáticos, la carabina.

Mischka abarcó con la mirada la habitación: ¿qué más coger? La habitación reflejaba el «plan general» de su vida: de las paredes colgaban mapas geográficos, sobre todo mapas del Ártico; en la mesa escritorio un globo, un barógrafo, instrumentos de navegación... ¡Cuántas veces esta habitación se convertía en camarote y la mesa escritorio en puente de mando! ¡Qué dramáticas escenas habían tenido lugar aquí en la lucha con los hielos del Ártico! ¡Cuántas averías había sufrido aquí! Y en el ángulo, en buena armonía con los libros, se encontraba todo el inventario deportivo...

¡Fútbol! Mañana tendría lugar el partido entre el equipo de su universidad y el del instituto tecnológico. Con todas estas inquietudes casi se había olvidado del encuentro. Mischka es el defensa titular. Claro, tiene el deber de jugar... Hay que ganar a los del tecnológico por última vez y luego se marchará.

Esta noche Mischka soñó con peces voladores mezclados con balones de fútbol. Tenía que «pasar» al pez volador como si fuera una pelota, pero no lo lograba de ningún modo. Los peces pasaban por su lado agitando las aletas.

«¡Si es el despertador que está llamando!»

¡Qué partido! Todo iba estupendamente, pero cuando el juego entró en la fase decisiva sucedió una desgracia.

Después Mischka no pudo recordar cómo aconteció. Los jugadores se lanzaron como locos tras la pelota... Cayeron formando un montón... Sintió un fuerte dolor en la pierna y cayó... El silbato del arbitro... El juego se paró... Mischka no pudo levantarse. Trajeron la camilla y se lo llevaron a la enfermería. El médico del estadio examinó la pierna y movió la cabeza.

-Sí, esto parece una fractura. Será necesario guardar cama.

-¿Para mucho tiempo? -preguntó Mischka.

-Unos dos o tres meses, posiblemente menos. Veremos qué nos dicen los rayos X.

Fue un golpe inesperado. ¡Dos o tres meses! Esto supone que Mischka no podrá tomar parte en la expedición... Cuando lo llevaron a casa y lo tendieron en la cama, Mischka dijo a Gínsburg:

-Soy la persona más desventurada de la URSS.

-¿El más desventurado? El hueso se soldará y volverás a dar saltos lo mismo

que antes -respondió Gínsburg-. ¿Te duele mucho?

-El dolor es lo de menos -respondió el futuro héroe-. Lo peor es que no podré ir con vosotros.

Llegó el padre y también empezó a tranquilizar a Mischka:

-No te aflijas. Los jóvenes huesos se soldarán rápidamente. Además que la búsqueda del *Leviatán* puede durar varios meses.

-¡Pero los barcos se marcharán!

-Las comunicaciones con la expedición serán mantenidas por nuestros barcos que navegan hacia América y por aviones. Te prometo que en cuanto te pongas bueno de un modo u otro serás llevado al *Sergo.*

El padre era requerido al teléfono y salió. Mischka suspiró.

-¿Te has tranquilizado? -preguntó Gínsburg.

-No -respondió Mischka con tristeza-. A pesar de todo seguramente no podré ver lo más interesante.

-Creo que lo verás todo, absolutamente todo.

-¿Pero cómo?

-Tú no conoces aún las últimas novedades -respondió Gínsburg-. Tu padre y yo estamos construyendo unos nuevos aparatos de teletransmisión...

-Lo sé. Televisión para ayuda de los buzos.

-Esto no es todo -Gínsburg se sentó-. Estamos construyendo también un aparato para la televisión directa -dicho de otro modo, la transmisión del movimiento de las cosas con luz diurna, y la nochevisión- o sea visión, por la noche, televisión en la niebla y bajo el agua. Tu padre ha resuelto el problema -esto aún nadie lo sabe- de la estereovisión en colores. Y tiene en preparación el telecine... No te muevas y escucha. Tu padre tiene planes grandiosos. Él tenía intención de utilizar la expedición para poner a prueba todos sus novísimos descubrimientos en televisión. La ayuda a los buzos en la búsqueda del barco hundido es sólo un detalle. Con tu padre -él aquí y yo en el océano- realizaremos un interesantísimo experimento de teletransmisión hasta aquí, a Moscú, hasta el gabinete de tu padre, de todo, absolutamente todo lo que sucederá en la expedición. Nuestros aparatos trabajarán sin interrupción día y noche a bordo del buque de arrastre y en las profundidades del océano. Si todas estas pruebas son satisfactorias -y yo no tengo ninguna duda de que lo serán-, significará una revolución. Nikolay Petróvich quiere organizar la teletransmisión. La demostración de los trabajos de la expedición será sólo la primera prueba.

»Cuando todo esté en marcha, millones de espectadores podrán ver cómo se construye la presa en el Angara, lo que ve desde las alturas un astronauta, cómo van los trabajos en el canal del Volga-Don. ¡Figúrate lo que habría sucedido si en el campamento de Schmit hubiera existido un teletransmisor de éstos! ¡Qué grandioso espectáculo! Seguramente muchos habrían comprendido mejor el por qué se condecora con el título de Héroe.

Mischka enrojeció. ¿Acaso Gínsburg se ha dado cuenta de sus sueños y le lanza esta indirecta? Pero Gínsburg continuó tranquilamente.

-Habría cambiado el mismo carácter de la expedición. Otto lulévich Shmit habría podido dirigir perfectamente la expedición por los hielos desde su casa. O toma por ejemplo nuestras expediciones de reconocimiento geológico. Los jóvenes andarán por los arenales de Karakúm, en la espesura de la taiga, subirán al Pamir mientras nuestros eminentes geólogos verán cada paso de los expedicionarios sin dejar su trabajo en la capital, verán desde aquí las muestras de minerales y podrán al mismo tiempo darles consejos.

»Recuerda la historia de Jibin. Durante muchos años el académico Fersman

tuvo que efectuar cansadísimos viajes y ascensiones por las montañas. ¡Cuánto tiempo perdió realmente en excursiones improductivas! Viajes en tren, marchas a pie por la tundra, muchas veces largos días de vagar sin resultados... Algunas veces sólo para recorrer un desfiladero en las montañas, aquel hombre cuyo tiempo era de enorme importancia para la ciencia perdía varios días, muchos días, y sólo para en algunos minutos, incluso segundos determinar la clase de mineral encontrado.

-¡Ya sé, lo leí! -se animó Mischka-. Ahora las exploraciones primarias las efectúa un avión, luego en los lugares «interesantes» el avión lanza a los geólogos, les provee de tiendas de campaña y productos, y cuando el trabajo termina los recoge y se los lleva otra vez a casa. En lugar de dos o tres meses las expediciones se prolongan ahora dos o tres semanas y cuestan diez veces más baratas.

-Pueden resultar aún más baratas -continuó Gínsburg-. Figúrate: las expediciones tienen pequeñas estaciones de radio y aparatos de televisión. Actualmente el académico Fersman está tranquilamente sentado en su gabinete y escribe sus libros. Tiene ante sí un aparato de televisión. Que los geólogos han encontrado algo interesante, le llaman por radioteléfono. Conecta el televisor, mira a la pantalla, da sus instrucciones y vuelve de nuevo a su trabajo. Únicamente cuando todo ha sido explorado y delimitado el académico sube al avión para resumir en el lugar y dar las últimas instrucciones. Y aún esto no será siempre necesario.

»Y precisamente es así, amigo mío, como estamos organizando la expedición para la búsqueda del *Leviatán.* La administración y el estado mayor científico de la expedición estará aquí, en Moscú, en esta casa, en el gabinete de tu padre. Así ha sido acordado en la última reunión del consejo.

El rostro de Mischka se iluminó.

-Yo y Nikolai Petróvich llevaremos ahora tu cama al gabinete y la pondremos frente a la pantalla. Verás todo o casi todo lo que suceda en la expedición. Hablaremos contigo lo mismo que hemos hablado hasta ahora. En el gabinete se efectuarán las reuniones del estado mayor. El jefe de la expedición Barkóvskiy, Kiríllov y tu padre discutirán cada día sobre la marcha de la misma.

Regresó el padre de Mischka y al oír las últimas palabras de Gínsburg añadió:

-Y esto no es todo. Tú también tendrás obligaciones. Organizaremos turnos de guardia cerca de la radio y la televisión. En estas guardias tú también tomarás parte. Desde la cama, claro.

»Como ves tú tomarás parte activa en la expedición. Aquí acostado, a miles de kilómetros del *Sergo,* verás mucho más de lo que verías en la misma nave si estuvieras acostado en tu camarote sin el «ojo prodigioso» del televisor. Claro está que... -el ingeniero abrió los brazos-. No podrás aspirar el perfume del océano. Pero esto podrás sustituirlo con tu imaginación.

VIAJE POR EL MUNDO DEL ÁTOMO

Mischka Bórin «montó la guardia». Ahora ya sólo deseaba que la expedición se pusiera en camino lo más pronto posible y se animara la pantalla. Sin embargo, la partida se demoraba. Se efectuaban las últimas pruebas de las «arañas de acero». Gínsburg pasaba todo el tiempo en el laboratorio y sólo por la noche visitaba a Mischka.

-¿Qué haces? ¿Te aburres? -preguntó en una ocasión a Mischka.

No, Mischka no estaba acostumbrado a perder el tiempo. Ahora sentía un nuevo interés hacia la radio y la televisión. Le esperaba un interesante «viaje». Y

empezó a estudiar radiotécnica, la construcción de su elementos, los aparatos de televisión. Y en esta ocasión respondió como desconcertado a la pregunta de Gínsburg:

-Yo, sabes, he escrito una... fantasía; lo he hecho para aclararme en algunos principios de televisión. ¿Quieres que te lo lea?

-Lee si no es muy extenso.

Y Mischka empezó a leer:

«El profesor Filínov es tan viejo que hace mucho ha olvidado ya el año de su nacimiento. Y tan sabio que con unas gafas tiene poco: lleva dos, y por las noches incluso tres. Tiene en la cabeza tanto cerebro que los más grandes sombreros no le caben; tiene que hacérselos a medida. Su mollera está completamente calva y la barba verde-dorada le llega hasta la cintura.

Tiene Filínov dos jóvenes discípulos: los profesores Járichkin y Lárichkin; el primero tiene cincuenta años y el segundo sesenta. Filínov les llama «jóvenes», pues en sus cabezas sólo hay una pequeña calva, sus barbas sólo les llegan al pecho y sus narices sólo sostienen unas gafas.

Filínov es un gran inventor.

Un día Járichkin y Lárichkin entran al gabinete de Filínov y ven en la mesa un gran cajón negro pulido con un objetivo.

-He aquí -dice Filínov-, que he inventado un aparato que puede reducir a las personas y hacerlas menores que una molécula. ¿Quieren que lo pruebe con ustedes?

Lárichkin y Járichkin se acariciaron sus barbas y se miraron uno a otro, mientras Filínov ya había enfocado el objetivo y sonriendo conectaba el aparato.

Y empezaron a disminuir Lárichkin y Járichkin.

No, a ellos no les parecía que disminuían. Creían que ellos eran iguales y que Filínov empezaba a crecer y todos los objetos también crecían, la habitación se ensanchaba y el techo subía a una altura estratosférica. Se abrió la enorme puerta y por ella entró un gigantesco tigre. Asustados, Járichkin y Lárichkin se acurrucaron debajo de una silla. El tigre, de dimensiones parecidas a las de un buey saltó al enorme diván, y resultó que este tigre era el gato de Filínov. Un horrendo trueno retumbó en la habitación; era Filínov que se reía. Encontró a Lárichkin y Járichkin debajo de la silla y con cuidado los puso en la mesa escritorio.

Y eran ya del tamaño de un alfiler. El profesor los puso encima de una placa de cesio. Járichkin y Lárichkin recordaban que esta placa era lisa, pulida. Pero ahora aparecía accidentada como un campo arado. Era difícil andar por ella, caían al menor descuido. Encima de sus cabezas se mecían las espigas doradas de los pelos de la barba de Filínov y retumbaba el trueno cada vez más apagado: los oídos de Járichkin y Lárichkin ya casi no podían percibir tales vibraciones sonoras. El miedo y el terror habían hecho presa en ellos: con la expiración de Filínov podían caer al tintero y ahogarse en él como si fuera el Mar Negro. Los jóvenes científicos se sentaron en la plaquita y se agarraron de sus protuberancias. Mientras los objetos continuaban aumentando de tamaño. El techo y el suelo se fueron hasta el infinito. El tintero también se alejaba y crecía como si fuera el Elbrus. Pronto la luz natural se perdió del campo de vista de los improvisados viajeros, y ellos veían tan sólo ante sí los ribetes montañosos de la placa de cesio. Las montañas crecían ante sus ojos. Se elevaban más y más arriba. En la atmósfera aparecieron cuerpos celestes voladores. Algunos de ellos pasaban rápidamente, como una exhalación, otros caían pausadamente a la

superficie.

-Esto serán partículas de polvo. Sí, por lo visto esto es el polvo que llena el aire de la habitación -supuso Járichkin.

Una de las partículas cayó sobre Lárichkin y éste tuvo que esforzarse para salir de debajo de aquella avalancha. En el «cielo» volaban enormes globos, las moléculas de agua.

Por suerte muy pronto todos los cuerpos «celestes» volaron de pronto hacia una dirección, por lo visto alguien había abierto la puerta y por la habitación pasó una ola de aire.

Las rocas crecían. Y ante el asombro de los científicos, se volvían más y más porosas. Descubrían en ellas enormes grutas, túneles, desfiladeros, barrancos y cañones. Se ensanchaban y se hacían enormes.

Muy pronto Járichkin y Lárichkin pudieron ya pasar por todos los túneles en cualquier dirección; pasar a través de la materia del cesio.

Parecía como si la sólida plaquita de cesio se hubiera desintegrado en sus partes integrantes dejando espacios libres entre ellas.

Pero no terminó en esto la transformación de aquel mundo. Járichkin y Lárichkin subieron para poder ver mejor la cúspide de un enorme «continente» con una estructura singularmente porosa. Pasaron unos momentos y sucedió un nuevo milagro.

Los científicos notaron que algunos trozos no tenían contacto entre sí. El mundo en que ahora se encontraban parecía como los restos de un planeta roto en pedazos. Y todos estos trozos se movían. Pero entre ellos había espacio vacío. El pedazo en el que se hallaban Járichkin y Lárichkin crecía con rapidez espantosa. Él mismo se estaba convirtiendo en un verdadero «planeta». Sus dimensiones se perdían en el horizonte. Algunas veces este planeta se acercaba tanto a otro que se hubiera podido saltar del uno al otro, a veces se alejaba mucho de los restantes. Los planetas descendían, subían, erraban por el cielo en todas direcciones. La distancia entre ellos aumentaba constantemente. El planeta en el que se encontraban Járichkin y Lárichkin aumentaba de volumen, mientras que los otros parecía que disminuían alejándose en el espacio interplanetario. Muy pronto llegaron a distinguirse sólo como masas oscuras en la lejanía.

-Ahora nos encontramos en una molécula de cesio -dijo Lárichkin-. Menos mal que esto no es una molécula de gas. En ella percibiríamos verdaderamente el movimiento browniano de las partículas -el baile de las moléculas-, y seguramente nos mearíamos.

-Hasta cierto punto -objetó Járichkin-. Cuando llegáramos a ser infinitamente menores que las moléculas, entonces no nos daríamos cuenta de este baile al igual que no notamos el movimiento de la Tierra.

-¡Vaya broma nos ha gastado Filínov!

-¿Y hasta qué medida vamos a seguir disminuyendo? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que dejamos el mundo normal?

-Ahora tenemos nuestra medida del tiempo. En el reloj de Filínov puede que hayan pasado sólo unos segundos, pero en este mundo son iguales a millones de años. ¡Date cuenta cuántos «cataclismos geológicos» han sucedido ante nuestros ojos! Sin embargo, voy a intentar calcularlo.

Lárichkin sacó del bolsillo su libreta de notas, que por cierto a él no le pareció más pequeña de lo normal, y sentándose en un saliente empezó a calcular. La voz despavorida de Járichkin interrumpió su tarea.

-¡Me estoy alejando de usted! -chillaba Járichkin, sentado en su asteroide.

Dejando caer su libreta de notas, Lárichkin dio un salto gigantesco y a duras

penas pudo agarrarse de las faldas de la chaqueta de su amigo.

-Tenemos que procurar estar juntos. No faltaría más que saliéramos disparados y nos separáramos -dijo él.

Mientras, ante sus ojos atónitos tenían lugar cambios con rapidez catastrófica. Las distancias continuaban aumentando, el volumen de los cuerpos que les rodeaban crecía vertiginosamente; el de todos los cuerpos menos los de Járichkin y Lárichkin. Cambios extraordinarios sucedían en el «planeta» en que ellos habían «aterrizado». Éste también empezó a desintegrarse en gran número de cuerpos y corpúsculos aislados, y todos ellos se encontraban en movimiento. Járichkin y Lárichkin se hallaban en un pequeño globo que volaba con extraordinaria rapidez. En el centro de este globo, a enorme distancia se vislumbraba un gran planeta o «sol», alrededor del cual volaban sin descanso nuestros viajeros. Además de su planeta, volaban alrededor del «astro» central infinidad de planetas iguales. Por todas partes se veían sistemas solares con sus astros centrales y «satélites». Todo el espacio se convirtió en un caprichoso dibujo de planetas volando en círculo. Era un espectáculo maravilloso. Todo eran círculos entrelazándose unos con otros... La rapidez de los satélites era tal que sus órbitas parecían oscuros círculos cerrados; algo parecido al anillo de Saturno.

El diámetro de estos círculos crecía constantemente, la distancia entre los «sistemas solares» aumentaba. El planeta en el que volaban Járichkin y Lárichkin también crecía. Tenía ya el volumen de un globo en el que los dos «expedicionarios» podían viajar por su superficie. El «sol» central y otros sistemas solares estaban lejos. En «su» planeta, al igual que en la Tierra, actuaba ya la fuerza centrípeta. A Járichkin y Lárichkin ya no les amenazaba el peligro de caer del planeta y separarse uno del otro. Y se decidieron a separarse. Uno de ellos se puso en el «polo» norte, otro en el sur. Podían llamarse, pero no se veían debido a la curvatura de la superficie. Pero muy pronto ya no se oían uno al otro pues el planeta había aumentado mucho de volumen y por lo tanto la distancia que los separaba también. Se reunieron de nuevo en el «ecuador».

-¿Bien, qué dice usted de esto? -preguntó Járichkin.

-Pues digo que hemos caído en el mundo de los átomos. Nuestra molécula se ha desmigajado en átomos y nosotros habitamos en el electrón, «satélite» de nuestro «sol» central, el protón. Nos rodea un «mundo de estrellas» de otros sistemas solares, de otros átomos. Y todos juntos componen nuestro «sistema galáctico». Más allá sigue el espacio infinito de los «desiertos interplanetarios», y más lejos se vislumbra una nueva aglomeración de «estrellas», otra «galaxia» que supone una acumulación de átomos de distinta molécula. El conjunto de ellas compone una «metagalaxia», o sea los átomos de toda nuestra plaquita. Por la cantidad de electrones-satélites se puede deducir que esto son átomos de cesio.

-¿Y qué hay más allá? -preguntó Járichkin-. ¿Tras la «metagalaxia»?

-Más allá hay seguramente el fin del «mundo del cesio» y empiezan otros mundos infinitos...

Járichkin se sentó en el suelo y golpeó con la mano el electrón.

-Preste atención -dijo-, mi mano pasa a través de la superficie como a través del gas. Y si nosotros no nos hemos hundido hacia el centro será seguramente porque a nosotros nos sostiene alguna tensión superficial. A mí esto no me gusta. Y sostengo la hipótesis científica de que los electrones no son partículas sino tan sólo ondas de procedencia eléctrica.

-Bien y qué, probablemente hemos tenido la suerte de ver en proyección, por decirlo así, el «espesor» de esta onda -respondió Lárichkin tranquilizador, ya que no quería de ningún modo empezar una discusión científica en situación tan

extraordinaria.

Sin embargo Járichkin no cedía:

-¿Cómo ha dicho usted, la proyección del espesor de la onda? Esto es muy vago y poco científico.

Maduraba la querella, sin embargo la atención de los viajeros fue distraída por nuevos acontecimientos. Inesperadamente pasó a través de su «atmósfera» un cuerpo de casi igual tamaño que su planeta.

-¿Y esto qué es? -preguntó Járichkin asustado.

-Por lo visto un electrón libre -respondió Lárichkin.

Había muchos electrones libres parecidos a aquél. Traspasaban los espacios entre los «sistemas solares» en todas direcciones, algunas veces cruzando las órbitas de los «satélites», y a veces chocando con ellos. En tales casos el «satélite» salía de su órbita y volaba hacia un lado convirtiéndose él mismo en el electrón libre.

Járichkin realizó otra interesante observación. Los electrones liberados no eran completamente libres en su vuelo: no salían de los límites de este mundo extraordinario.

-En su vuelo libre ellos se mueven dentro de los limites de la plaquita de cesio.

-Y además otra cosa -añadió Lárichkin-. Observe atentamente el vuelo de nuestros «planetas» y «cometas», los electrones libres. Nosotros estamos en la cima de nuestra «supergalaxia» y vemos como los cuerpos celestes suben hacia arriba y en vuelo arqueado regresan al centró del sistema. No vuelan más arriba de unos límites determinados. ¿Qué significa esto? Que los electrones libres y no libres vuelan sobre la superficie de la plaquita de cesio.

-Sin embargo la teoría de la ondulación... -no se tranquilizaba Járichkin.

El mundo de los átomos parecía que había llegado a sus límites y ya no crecía. Pero de pronto un nuevo acontecimiento espantoso tuvo lugar. Los viajeros vieron como desde «el cielo» volaban hacia su mundo masas luminosas. Ellas en un instante superaron el espacio «celeste» y cayeron sobre el «sistema solar» como una verdadera lluvia de fuego. Y cada «gotita» parecía un sol abrasador. Los viajeros se asustaron. ¿Qué pasará si uno de estos «soles» les cae encima y los deja hechos cenizas?

-¡Ya comprendo qué es esto! -gritó Járichkin.

-¡Yo también! -dijo al instante Lárichkin-. Esto es sencillamente un rayo de luz. Sí, Filínov alumbró la plaquita de cesio con un fuerte rayo de luz y nosotros vemos los cuantos luminosos, los torrentes de luz que caen ininterrumpidamente en nuestro mundo.

-No es completamente exacto que sean continuos -corrigió Járichkin-. Nosotros vemos algunos núcleos caldeados aislados que penetran en nuestro mundo en una misma dirección. Parece un torrente ininterrumpido sólo a causa del rápido movimiento de los cuantos luminosos.

-¡Mire! Unos de los «soles» chocó con un «planeta» y éste ha salido despedido al espacio.

-Estamos viendo -dijo Járichkin levantando el dedo-, el así llamado efecto fotoeléctrico. Bajo la acción de la luz los electrones adquieren una reserva suplementaria de energía y vuelan a tales velocidades que escapan de nuestro mundo de cesio.

-Igualmente arrancarían los electrones de cualquier materia.

-Claro. Pues los electrones pertenecen a cualquier materia, son parte componente de ella.

-De modo que nosotros somos testigos de aquello que fue descubierto por los

científicos aún a finales del pasado siglo: al iluminar la superficie de algunos metales con ondas luminosas de determinada longitud, estos metales desprenden electrones.

El torrente de luz cesó tan inesperadamente como había empezado. E inmediatamente después de esto los acontecimientos siguieron en orden inverso. Todo empezó a disminuir. El «planeta» de Járichkin y Lárichkin se contraía a ojos vistas reduciéndose más y más. Ya no volaba en órbita alrededor del enorme protón, sino que se aproximaba a él en espiral. El mismo protón también disminuía. Los «sistemas solares» se fueron aproximando hasta que se fundieron en una molécula. Crecían y se acercaban una a otra también las agitadas moléculas. Se unieron todas formando una especie de enorme valle con pliegues montañosos. Los montes pronto redujeron su tamaño como si se derritieran, y muy pronto Járichkin y Lárichkin vieron que se encontraban de nuevo en la plaquita de cesio cerca del gran tintero que parecía una cisterna.

No terminaron en esto sus aventuras. Se acercó a ellos, reluciente, una superficie cóncava. Era la lupa del profesor Filínov. Pero ni a través de ella el viejo científico pudo ver a sus discípulos. Fue necesario «hacerlos crecer» un poco más. Luego Filínov tomó unas delgadas pinzas, agarró con ellas a Járichkin y a Lárichkin y los soltó en el vacío. Por lo visto, de nuevo les había reducido de tamaño, ya que Járichkin y Lárichkin volaron largo tiempo por el espacio antes de caer en la cima de una montaña. No, no se estrellaron. Eran más ligeros que una pluma. Se levantaron y miraron a su alrededor. Esta vez se encontraban en otro mundo.

«La «tierra» a la cual habían llegado no estaba limitada por el horizonte. Los bordes de esta «tierra» se elevaban en suave pendiente hacia arriba y formaban una «esfera celeste» del mismo color que la «tierra».

-¿No será que nos encontramos en el mundo de la cuarta dimensión? -preguntó Járichkin.

-¡Qué cuarta dimensión ni otros cuentos! -replicó Lárichkin-. Nos encontramos sencillamente en la superficie interior de un cuerpo de forma esférica. Mire, en el centro de este globo hay un enorme anillo sujeto de un eje fijado en la «tierra», y en el «cielo», enfrente de nosotros centellea nebuloso una especie de astro. Ocupa casi un cuarto de todo el firmamento.

-¡Oiga! -exclamó después de un instante de duda Lárichkin-. ¡Pero si esto es el centro del balón de cristal del fotoelemento! He rascado un poco en la «tierra» y algo brilla. Esto será seguramente una capa de plata. En ella hay también una película de cesio. Por consiguiente estamos en el cátodo del fotoelemento, y el aro del centro de nuestro «universo» es el ánodo. El orificio redondo en la lámpara, al igual que un iluminador gigante en otro mundo ilumina nebulosamente: el fotoelemento, por lo visto ya está conectado a la batería, sin embargo, el fluido de corriente y luz son aún débiles y el fotoelemento no trabaja.

-Parece que de nuevo hemos disminuido -dijo Járichkin.

-Vea cómo han crecido las «montañas» en nuestra «tierra», y en el «cielo» vemos de nuevo lo que antes no habíamos percibido: infinidad de «cuerpos celestes» que se mueven en todas direcciones. Esto ya no son partículas de polvo sino moléculas de gas.

-Sería interesante viajar por este planeta -dice Lárichkin-. El pequeño planeta, la molécula gaseosa, se acerca a la superficie de la «tierra». Ella vuela a inmensa velocidad, pero a los viajeros les parece que se mueve dulcemente debido a que ellos mismos son seres microscópicos.

-¡Saltamos! ¡Ya está...! -Járichkin y Lárichkin vuelan al espacio.

-Ha empezado el viaje interplanetario -dice Lárichkin-. ¡Vaya baile a nuestro alrededor! ¡Y pensar que todo el mundo está continuamente en un movimiento así! Nada está parado, ni aquello que está «quieto». En el interior de la piedra sepulcral y en la lúgubre peña, en el cortaplumas y en el ancla sumergida van y vienen turbulentamente, se agitan y saltan las moléculas. En los cuerpos sólidos, más levemente, en los gaseosos, más rápidas, y cuanto más se eleva la temperatura más loca es la danza.

Lárichkin y Járichkin cruzan el «espacio interplanetario» aquí y allá. Su molécula tan pronto cae con rapidez vertiginosa hacia abajo, como se eleva, se golpea en el «cielo», luego de nuevo hacia abajo, hacia un lado, choca con otro «planeta», sale despedida violentamente.

-¡Cuidado, no te caigas!

Durante este rodar los viajeros pudieron estudiar los «cuerpos celestes» desde el interior. Unas moléculas llevaban cargas eléctricas positivas, otras, negativas, y muchas de ellas, ambas. Estas eran las moléculas de gas «neutrales».

Inesperadamente el gigantesco iluminador que ocupaba casi un cuarto de la esfera se encendió deslumbrante. Ahora parecía un verdadero sol. Filínov había dirigido un rayo de luz al orificio del fotoelemento. Masas de luz escaparon por el orificio, pasaron a través del «espacio interplanetario» y empezaron a caer como meteoritos en la pared de enfrente. Aquí empezó lo más divertido.

Las bombas de fuego cayeron en los valles y montañas, y los electrones se agitaron alarmados en ellos como si presintieran un peligro. Los proyectiles de luz empezaron a desalojar estos electrones, a arrancarlos de la superficie, y los electrones volaron al espacio interplanetario, hacia el arco central, el ánodo. Por el camino chocaban con las moléculas «neutrales» de gas y arrancaban de ellas los electrones.

El torrente de estos electrones se dirigía hacia el centro del «universo», hacia el anillo. Esto era la corriente. El fotoelemento empezaba a actuar. El colosal espacio interplanetario que separaba el ánodo del cátodo habría sido vencido. Bajo la influencia de la luz, «el abismo» parecía haber desaparecido. Los electrones -partículas eléctricas cargadas con corriente negativa- volaban hacia el polo positivo.

Pero no todo había terminado aún. Los planetas «neutrales» -moléculas gaseosas-, al perder el electrón se convirtieron en «iones positivos». Tal molécula tiene ya sólo un satélite, la carga positiva. Ellos empezaron a ser atraídos irresistiblemente por la «tierra» de cesio cargada con electricidad negativa. Y los iones positivos empezaron a caer a la «tierra». Se pudo creer que tenía lugar una catástrofe cósmica. La lluvia de electrones positivos caía en la «tierra» y arrancaba cada vez nuevos y nuevos electrones. Ellos despegaban de la superficie, volaban hacia el espacio interplanetario en el anillo central y caían. Algunos de ellos chocaban por el camino con moléculas neutrales y arrancaban de ellas neutrones que en seguida caían a la «tierra». Y el torrente de «meteoritos» que arrancaba de la tierra y volaba hacia el «centro del universo» crecía como una avalancha; sucedía lo que se llama aumento de la fuerza de la corriente.

Por lo visto Filínov aumentó aún más la tensión en el circuito de la corriente al que estaba unido el fotoelemento y las moléculas de gas de pronto se iluminaron. Ahora cada una de ellas parecía una luna, y todas en conjunto componían un espectáculo de extraordinaria belleza: miles, millones de lunas que se movían sin descanso.

-¿Iluminación del gas? -se preguntó Lárichkin que no olvidaba los nombres «terrestres» de los fenómenos que tenían lugar en este mundo. El sol iluminador

tan pronto aumentaba su brillo como se apagaba. Filínov regulaba la fuerza de la luz. Y cuando el «iluminador» alumbraba con más fuerza, el torrente de electrones desde la superficie hasta el centro del globo aumentaba, y si el «iluminador» palidecía disminuía también la corriente de electrones; dicho de otro modo, bajaba la fuerza de la corriente. Lo que el científico determina con la imaginación, con cálculos y datos de los aparatos de observación, Járichkin y Lárichkin lo veían con sus propios ojos. Ellos pudieron observar cómo a la más mínima disminución o aumento de la luz disminuía o aumentaba la cantidad de electrones que caían en el anillo central, o sea la fuerza de la corriente.

Járichkin y Lárichkin estaban encantados viendo este espectáculo. Incluso se olvidaron del peligro, pero de pronto vieron con terror que caía hacia su planeta-molécula un cuerpo celeste. Asustados, no tuvieron ni tiempo de gritar cuando el choque tuvo lugar y perdieron el conocimiento. Y cuando volvieron en sí, advirtieron que estaban tendidos en el diván, junto al gato del profesor Filínov, que, al igual que todo lo que les rodeaba, había recuperado ya el tamaño normal.

-Y bien -dijo Filínov-, ustedes se han paseado por el mundo del microuniverso y ahora seguramente han asimilado mucho mejor todos los procesos que tienen lugar en el fotoelemento. La luz puede crear corriente eléctrica, esto ya lo sabían ustedes antes. Ahora han podido verlo con sus propios ojos.

¡El fotoelemento! Esto es una nueva y potente arma del hombre. La corriente creada o intensificada por la luz puede poner en movimiento mecanismos. La luz puede abrir y cerrar puertas, prevenir contra incendios, parar trenes, automóviles y poner en movimiento grandes máquinas. La luz de estrellas situadas a distancias de centenares de millones de kilómetros de la Tierra puede conectar la iluminación eléctrica y realizar cualquier tarea; el fotoelemento puede seleccionar cigarros y calcular el trabajo efectuado en cadena; el fotoelemento que ya ha penetrado en la industria, pronto entrará en las viviendas. Él abre ilimitadas posibilidades a los inventores en todas las ramas del saber humano. Nuestros fotoelementos son aún débiles como fuentes independientes de energía, pero pronto llegará el día en que aprenderemos a extraer directamente del sol energía eléctrica de «importancia industrial». La superficie superior de las carrocerías de los automóviles será un fotoelemento y el coche podrá moverse con la energía solar convertida en corriente eléctrica. Los tejados de las casas recogerán la luz del día para gastarla por la noche. El verano polar dará tanta fotoenergía eléctrica que será suficiente para toda la noche polar. Y así la noche cesará de ser noche.

-Usted se olvidó sobre la importante utilización de los fotoelementos en la televisión -dijo Járichkin.

Lárichkin le golpeó con el codo pero ya era tarde. Filínov se animó de nuevo y dijo:

-Sí, en la televisión. Ahora les explicaré el papel que desempeña el fotoelemento en la televisión.

-Ya lo sabemos -objetó Lárichkin.

-¿Lo saben? -se abalanzó hacia él Filínov-. Y yo, pecador, no lo sé muy bien. Quiero tratar de comprender al mismo tiempo que intento explicarles a ustedes.

Éste era su método: «estudiar enseñando». Se decía de Filínov que en una ocasión se quejaba: «¡Qué torpes son mis discípulos! Les explicas una vez, no comprenden; les explicas dos veces, no comprenden. Finalmente hasta yo mismo empiezo a comprender y ellos aún no comprenden.» Y él amaba explicar lo «conocido» asegurando que en estas explicaciones él siempre aclaraba algo que parecía no había del todo comprendido y que inesperadamente comprendía más profundamente y mejor.

-«Ya lo sé» -se enfadaba Filínov-, sólo pueden decirlo unos jovencitos tontos como ustedes. Sabemos algo, claro, sin embargo en cuestión de radio y en otras ramas de la ciencia desconocemos aún mucho. ¿Es que sabemos plenamente las particularidades de la capa de Heaviside? ¿Es que estamos en condiciones de explicar por qué un mal transmisor casero de poca potencia tiene algunas veces tan largo alcance de recepción y transmisión, cual no tienen siempre las estaciones de radio de gran potencia? A menudo vagamos en la oscuridad. Si lo supiéramos todo sería horrible. La juventud sólo tendría que empollar. Por fortuna queda mucho trabajo para los que tienen espíritu investigador. ¡Y para ustedes también, mis canosos discípulos y ayudantes! -añadió provocador-. El que sabe más que todos es el más modesto.

Y a propósito sobre los fotoelementos y la televisión. Sin fotoelementos, claro, no sería posible la televisión. Ella es aún imperfecta. Y por esto antes de ir más adelante «repasaremos lo estudiado». Hablaré sólo de los principios.

Lárichkin dio un suspiro de alivio.

-De vuestro «viaje» hemos sabido que la luz puede convertirse en corriente eléctrica. Y al revés: el hombre aprendió a convertir la corriente eléctrica en luz. En estos dos hechos se basa la televisión. Tomo un rayo de luz de determinada luminosidad y lo paso al fotoelemento. La luz excita una corriente de fuerza correspondiente. Yo transmito esta corriente por cables o sin ellos. En el lugar de recepción convierto de nuevo esta corriente en luz. Y en la pantalla del aparato receptor aparece una mancha de luz exactamente igual que si el rayo de luz cayera desde su fuente directamente a nuestra pantalla sin ser expuesto a la transformación y transmisión...

-No exactamente igual -rectificó Lárichkin. Estaba irritado por esta conferencia sobre cosas ya conocidas-. El rayo de luz pierde algo de fuerza. Además...

-Sí, claro -convino Filínov-, en cualquier transmisión de energía hay que contar con las pérdidas. Y nuestro objetivo es reducirlas al mínimo. Pero no me interrumpa. Ya que mi tarea es explicarme... o sea, explicarles lo principal. -Y continuó-: De esta manera el rayo de luz puede ser transmitido a otro lugar con ayuda de la electricidad. Al parecer, también la transmisión de imágenes por radio debería ser fácil. Se pone una persona de cara al fotoelemento, se ilumina con potente luz su rostro, y la luz reflejada por su fisonomía caerá sobre el fotoelemento y excitará la corriente, esta corriente llegará a otro lugar y allí se transformará en luz, tendrán ante ustedes en la pantalla la imagen de la persona. ¿Pero verdaderamente, qué recibimos? No la imagen del rostro sino una mancha de luz, no más. ¿Por qué? Ya en esta pregunta que parece sencilla la respuesta se hace difícil. Aquí tendremos que pensar en cómo nosotros vemos, cómo está construida nuestra vista.

¿Por qué vemos? ¿Y en qué condiciones? Nosotros vemos los objetos sólo porque en ellos hay claroscuros. En la oscuridad todo está cubierto por una «sombra» absoluta, todo es negro y nosotros no vemos. Sin embargo, en una luz brillante tampoco veríamos nada si desaparecieran las sombras. Todo brillaría cegadoramente. Algunas veces fotógrafos sin experiencia sientan a los fotografiados ante una viva fuente de luz. Las sombras casi desaparecen y en la fotografía en lugar de un rostro resulta «una torta». Los rasgos de la cara se hacen imposibles de reconocer.

¡Y luz había más de la necesaria! Si en la Tierra al igual que en la Luna no hubiera atmósfera, todos los objetos que estuvieran iluminados sólo la mitad nos parecerían cortados en una fotografía. Nuestra vista está adaptada a las condiciones terrestres, donde gracias a la atmósfera disponemos de inmensa

cantidad de sombras y penumbras. Si miramos la cara de una persona iluminada por un lado, percibimos esta cara, pero lo que vemos en realidad, es una enorme cantidad de puntos diversamente iluminados, y no sólo porque estos puntos estén desigualmente iluminados, sino porque además el rostro absorbe y refleja de manera desigual los rayos de luz.

El rayo de luz que incide en una ceja negra es absorbido casi por entero, mientras que una mejilla pálida lo refleja casi enteramente. Pero también en esta mejilla habrá no pocos puntos aislados que reflejarán la luz de manera desigual. Cada punto de la cara transmite a nuestro ojo un rayo de luz de intensidad diversa. Algunos incluso no transmiten ningún rayo. Todos los rayos coinciden en nuestro «objetivo» visual, la pupila, y luego, refractándose, divergen de nuevo, exactamente igual que en el objetivo del aparato fotográfico. Pero la imagen no surge en la «placa opaca» sino en la retina del ojo. Ésta se compone de innumerables palitos cónicos y cada uno de éstos tiene su «conductor», el nervio que transmite la imagen al cerebro. Observen a través del microscopio el ojo de una mosca. En él esto se ve claramente. El ojo de la mosca es parecido a un panal. No es uno sólo sino centenares de ojitos hexaédricos. Y en cada uno de ellos incide un solo rayo, fuerte o débil. Nuestra retina se parece a una especie de tablero para mosaico con los encajes preparados y en los que se pueden encajar piedrecitas del color que sea. El conjunto de estas piedrecitas policromas crea el cuadro de conjunto, sea esto un rostro o cualquier otro objeto.

Pero el fotoelemento no tiene «retina». Es solamente un palito de nuestra retina, un solo exaedro del ojo de la mosca. Si la mosca pudiera cerrar todas las celdillas de su ojo menos una, entonces en esta celdilla recaería un solo punto luminoso o la media aritmética de todos los rayos. Y la mosca vería solamente una mancha. La misma media aritmética de todos los rayos luminosos recibe el fotoelemento del rostro iluminado de una persona. Y refleja sólo y únicamente una mancha.

Pero, ¿cómo en tal caso transmitir la imagen del rostro? No es posible transformar el ojo humano, y el fotoelemento, en el caso de que caigan en él todos los rayos reflejados por el rostro humano, sólo puede transmitir una.. mancha de luz. ¡Imposible! Pero algunos puntos del rostro vivamente iluminados se pueden transmitir. Si cubrimos el rostro iluminado con una pantalla y en ella verificamos un pequeño agujero que permita pasar, digamos, el rayo de luz de sólo un punto del rostro, entonces este rayo sin mezclarse con los otros caerá sobre el fotoelemento y provocará la correspondiente corriente eléctrica que podrá transmitirse y convertir de nuevo en un punto de luz. Si este agujero en la pantalla lo situamos contra un punto vivamente iluminado de la nariz, entonces el vivo rayo de luz provocará la corriente eléctrica de fuerza correspondiente, o sea que en la pantalla receptora el punto de luz será más vivo. Si el agujero cae sobre un punto del rostro más oscuro, en la pantalla se reflejará una mancha también más oscura.

De esta manera se pueden transmitir solamente aisladas «piedrecitas» del mosaico retrato de diferentes tonos. Y en nuestro mosaico estas «piedrecitas» se situarán en la misma correlación de espacio en que se encontraban en el rostro. Sin embargo, ¿cómo hacer que el mosaico resulte un retrato acabado? Pues nosotros sólo tenemos posibilidad de «retransmitir» de una vez una sola «piedrecita». Supongamos que hemos transmitido la negra -la de las cejas- y hace falta transmitir la «piedrecita» blanca de la frente. En cuanto desplazamos la pantalla de las cejas a la frente, la «piedrecita» negra desaparece y no recibimos el retrato mosaico. Así sería si en nuestra ayuda no viniera una particularidad de nuestra vista. La «piedrecita» negra desaparece de la pantalla, pero en nuestro ojo

ella vive aún durante algún tiempo. Nuestra vista tiene la facultad de guardar lo visto durante aproximadamente una séptima parte del segundo después de que el objeto desaparece de nuestro campo visual. De esta manera nosotros veremos aún la «piedrecita» negra en la pantalla cuando en ella aparezca en otro sitio la blanca. Y no sólo estas dos. Si en una séptima parte de segundo pudiéramos enviar a la pantalla una tras otra cientos e incluso miles de «piedrecitas», entonces podríamos ver en la pantalla todo al mismo tiempo Se comprende que cuanto menor sea la cantidad de «piedrecitas» que pongamos en nuestro mosaico, más «imperfecto» será el retrato. La tarea consiste en resolver la manera de transmitir en este espacio mínimo de tiempo la mayor cantidad de «piedrecitas» o puntos de luz. Esta cuestión fue resuelta con el disco de Nipkow. En este disco los agujeros están situados en espiral. Cada punto del rostro emite un rayo de luz a través de un agujero determinado del disco. Y todos los puntos al mismo tiempo crean el «retrato» completo, la imagen del rostro que, durante la transmisión puede incluso moverse, reír, y todos estos movimientos serán repetidos en la pantalla.

Así fue resuelto el problema en la televisión.

Sin embargo, esta solución era incompleta. Ya les he dicho que a mayor cantidad de «piedrecitas» en el mosaico, más completa y expresiva sería la imagen. Pero estamos limitados por el tiempo. Y si nosotros transmitimos en corto tiempo demasiada cantidad de «piedrecitas», cada una de ellas existirá muy corto espacio de tiempo. Cuantas más «piedrecitas», menos tiempo «arderá» en la pantalla el punto de luz, más débilmente trabaja el fotoelemento, menor cantidad de luz se transmite a la pantalla y la imagen resulta deslucida. Hacía falta buscar la salida con otra construcción del fotoelemento, y el camino verdadero para la búsqueda podía ser sólo uno: probar de crear un fotoelemento lo más aproximado posible en su construcción al ojo humano con su «mosaico», la retina sensible a la luz.

Fue creado este fotoelemento. En él hay el tubo transmisor y el mosaico sensible a la luz por el cual resbala el rayo del cátodo. Cada elemento, cada celdilla de este mosaico es como un fotoelemento especial de tamaño microscópico parecido a los palitos de nuestro ojo. Cada elemento recibe su carga del rayo de luz. Esta carga es transmitida por la lámpara amplificadora. Cada celdilla del nuevo fotoelemento está compuesta de una pequeña bolita de plata cubierta de una capa de cesio para la fotosensibilidad. ¿Qué se consiguió? Las imágenes son más expresivas, más claras e iluminadas. Apareció la posibilidad de hacer las pantallas más grandes.

¿Está con esto solucionado el problema de la ideal transmisión de la visión a distancia? Se comprende que no. El ojo mágico del televisor es aún inferior al maravilloso ojo humano. La tarea consiste en lograr que en la pantalla del televisor podamos ver no peor que en la pantalla del cine. Y pensemos que el cine aún no ha dicho su última palabra. ¿Por qué no lograr imágenes en colores que transmitan de modo ideal la naturaleza? ¿Por qué no hallar la solución al problema de la transmisión de la imagen estereoscópica? Y para terminar, creo que la pantalla del televisor está llamada a dar una copia ideal de la realidad y la da. Las imágenes en la pantalla alcanzan a darnos una completa ilusión. La persona se olvida de que ve la imagen en la pantalla plana y no es una «ventana abierta al mundo». La televisión se une al sonido radiotransmitido. La persona ve y oye lo que sucede en otro lugar apartado. El hombre crea para sí el teleojo y el teleoído. Ante él se abre todo un mundo y liega a ser verdaderamente dueño de él. Sus horizontes se abren hasta el infinito. Sus conocimientos del mundo

aumentan. Él mismo es ya otro hombre en comparación con sus antepasados, es el hombre-gigante. Pues los antepasados solamente oían a la distancia que les permitía su oído y veían sólo a simple vista.

Sí, el hombre se está transformando maravillosamente, se eleva al grado superior, adquiere cualidades «divinas» de poder ver y oír todo.

¡Gloria eterna para aquellos que trabajaron en la creación de estos nuevos medios del saber humano!»

-Y bien, ¿qué te parece? -preguntó Mischka al terminar la lectura.

Gínsburg movió los labios, como saboreándolo y dijo:

-No está mal, es interesante. Hay algo que no has comprendido, otras cosas no son muy exactas. Pero en resumen es interesante. Lo del gato-tigre te ha salido bien.

Mischka se sintió un poco decepcionado. Lo del gato, y una sutileza para dar un poco de humor al relato.

-¿Pero cuáles son las inexactitudes científicas?

Pero Gínsburg tenía prisa.

-¡Búscalas tú mismo! Estúdialo más profundamente y tú mismo las corregirás. Después me lo leerás otra vez.

-¡Pero si tú pronto te irás!

Gínsburg señaló con un amplio gesto la pantalla, el altavoz, y poniendo un poco de teatro a la cosa declaró:

-No habrá más separaciones. Nos veremos y hablaremos igual que ahora.

Por fin llegó el día de la partida de la expedición. Gínsburg se despidió calurosamente de Mischka.

-Hasta la vista y espero que hasta muy pronto -dijo él-. Me verás en la pantalla en cuanto llegue a Murmansk y entre en la estación. Instalaré en el barco los televisores de manera que puedas ver todo en la nave y fuera de ella a su alrededor. ¡No en vano hemos trabajado con tu padre!

Mischka apretó la mano de Gínsburg y se separaron.

El ingeniero Bórin acompañó a su huésped.

Cuando Mischka se quedó solo miró la blanca pantalla de un metro cuadrado, como a la página de un libro en el que pronto aparecerá el texto de una apasionante novela.

MISCHKA BÓRIN TOMA PARTE EN UNA EXPEDICIÓN TELEVISADA

Al atardecer del mismo día Mischka oyó a través del altavoz a Gínsburg:

-¡Alló Mischka! Vuelo por encima de Petrozavosk. El faro de este aeródromo tiene dos millones de bujías. Una nadería. Vuelo nocturno sobre Carelia. Los faros aéreos indican la dirección de vuelo... Acabo de regresar del salón restaurante. He comido buen pescado, salmón. Mientras cenaba he escuchado un concierto desde Madrid. Me iré a dormir temprano. ¡Buenas noches! Espero verte por la mañana.

La voz calló. Entró el padre.

-¿Quién hablaba contigo? -preguntó.

-Mótia -respondió Mischka con un suspiro.

Esta noche durmió intranquilo. Soñó que volaba sobré Carelia. El avión cayó en un bosque virgen. Acudieron los osos y empezaron a dar saltos alrededor del avión destrozado. Mischka los ahuyentaba con un tizón ardiendo. Luego volaba de nuevo y otra vez el avión caía. Mischka saltó en paracaídas y se rompió la

pierna. Le dolía la pierna. Lanzó un quejido y despertó. Las ventanas del gabinete estaban cerradas, la lámpara encendida y no se podía precisar si era de noche o de día. Vino la enfermera, lavó a Mischka y le dio té caliente. Eran las nueve de la mañana. De pronto Mischka oyó de nuevo la voz de Gínsburg:

-¡Alló Mischka! Apaga la luz.

Mischka dejo el té y conectó. La pantalla se iluminó. Gínsburg estaba en la cubierta del barco y sonreía mientras movía la cabeza saludándole. Detrás de Gínsburg se veía una chalupa, y cerca del puerto la aguja y la grúa para elevar la red de arrastre. Mischka ya sabía que con esta grúa subirían el televisor submarino. Tras la cubierta se vislumbraban las aguas del golfo de Kola.

Gínsburg hizo una señal con la mano y la pantalla oscureció. Después de unos minutos oyó Mischka de nuevo, la voz de Gínsburg:

-Los micrófonos aún no están instalados en cubierta. Pronto podrás verme y oírme simultáneamente. Dentro de una hora nos hacemos a la mar.

Así fue como la pantalla del televisor se convirtió para Mischka en una verdadera y apasionante novela. El único inconveniente de este «libro» era que Mischka no podía volver a releer las páginas ya leídas. Sin embargo, Gínsburg le consolaba asegurándole que en cuanto el barco llegara a sitio empezaría la transmisión ininterrumpida de todo lo que allí sucedería.

Las páginas iban girando una tras otra. Mischka vio cómo el *Sergo* salió al mar abierto y empezó a balancearse en las blancas olas, cómo el rápido *Persey* alcanzó al *Sergo y* siguió adelante... Pasaron los escollos de Finlandia, el cabo Norte, las islas Lofoden, las costas de Noruega, Suecia...

Unos días después apareció en la pantalla el puerto de Leningrado. Un gran barco levaba anclas y salía a navegar. Los tres barcos debían reunirse en el océano Atlántico.

Nikolay Petróvich Bórin se puso en comunicación por radio con los tres barcos. Mischka podía hablar ahora con su amigo varias veces al día. Trabó conocimiento con el capitán Makóvskiy, con el moreno Azores que también iba en la expedición, y con el buzo Prótchev. Éste había interesado a Mischka. Si el capitán Makóvskiy tenía el tipo de un inglés vulgar, en cambio el afeitado rostro de Prótchev tenía rasgos verdaderamente mongoles. Se le podía tomar por mongol o chino. En una ocasión Mischka preguntó a éste por qué se parecía a un chino y Prótchev respondió que había nacido en Vladivostok. Su madre era mongol.

Prótchev creció a orillas del océano y desde pequeño amaba la vida submarina. Ahora tendría unos cuarenta años y era muy fuerte. La cabeza redonda, ancho pecho, los pies muy separados uno de otro como buen marino, pesados puños. Él decía que era submarinista por naturaleza. Ya en su niñez había «batido records» de larga estancia bajo el agua sin ninguna clase de aparato, a pulmón libre. Prótchev había estado en el fondo de cinco mares soviéticos y ahora esperaba impaciente la hora de ver cómo era el fondo del océano Atlántico.

Durante la navegación la pantalla se iluminaba muy de tarde en tarde. Mischka veía algunas veces la cubierta del *Persey,* el puente de mando del *Sergo,* o los camarotes de la gran nave.

Los barcos seguían el curso veinte grados de longitud oeste y treinta y siete grados latitud norte; precisamente aquí, en el gran camino oceánico desde Buenos Aires a Londres y Hamburgo había perecido el *Leviatán.* Moscú ya se iluminaba con luz eléctrica mientras en la pantalla del televisor el rostro de perfil inglés de Makóvskiy estaba aún iluminado por el sol del atardecer. ¡Y qué tonos! La luz dorada del sol, el azul del océano, las blancas camisolas de los marineros. ¡Qué nitidez! Sí, esto era mejor que en la pantalla del cine.

Los capitanes de los tres navíos se reportaban a Makóvskiy. El tiempo era favorable. El océano estaba tranquilo. El mismo Mischka podía observar el rítmico balanceo de la superficie acuosa y algunas veces le parecía que podía «aspirar» las aromas del océano.

A veces en los bordes de la pantalla se veían barcos con banderas extranjeras. Eran pocos los que navegaban por la gran ruta de Europa a América. La flotilla soviética compuesta de tres naves no podía por menos de llamar la atención. Pero como los barcos soviéticos en este tiempo cruzaban frecuentemente el océano, las conversaciones sobre la flotilla eran de momento sólo entre las tripulaciones de los barcos extranjeros. Dentro de unos días la flotilla llegaría a su destino.

EN EL ATLÁNTICO

Makóvskiy estaba en su camarote inclinado sobre el mapa.

-Bien -dijo poniendo un punto en el cruce de los veintinueve grados de longitud oeste y treinta y siete grados de latitud norte.

-¿Hemos llegado? -preguntó Azores, soltando una bocanada de espeso humo de su cigarro.

-Así parece -respondió el capitán-. El lugar del naufragio del *Leviatán* está señalado bastante exactamente. Bastará con sondear el fondo en una área de cerca de un cuarto de milla cuadrada, no más. Es necesario comunicar al estado mayor que hemos llegado al lugar. -Makóvskiy extendió la mano hacia el teléfono.

-Espere -dijo Azores-, yo mismo lo comunicaré por radio.

Mischka Bórin estaba releyendo la historia de las marchas por los hielos eternos.

-¡Alló! -oyó la voz de Azores-. ¿Quién está de guardia en el estado mayor?

Mischka dio un salto en la cama. Ya podía sentarse, pero aún no le permitían andar.

-Yo. Mischka. ¿Es usted Azores? ¿Qué hay de nuevo? ¿Han llegado al lugar?

-Sí. Transmite esto por teléfono a tu padre y al camarada Barkóvskiy. El capitán espera órdenes.

-¡Ahora mismo! -oyó Azores la voz emocionada de Mischka y sonrió. Sabía con qué impaciencia esperaba el curioso joven la llegada de la flotilla a su destino. Mientras Mischka llamaba por teléfono al estado mayor Azores regresó al camarote del capitán y dijo:

-Una cosa no está muy clara para mí: dices que el lugar de la catástrofe del *Leviatán* es conocido con bastante exactitud, las profundidades del océano Atlántico son también conocidas exactamente. ¿Por qué nuestros científicos y técnicos al proyectar el televisor submarino calcularon una profundidad de cerca de mil metros? Es posible que no sea necesaria esta profundidad.

-Sí, las profundidades del océano Atlántico son bastante conocidas -respondió Makóvskiy-. Con el sondeo de las profundidades oceánicas se ha establecido la existencia de una grandiosa meseta submarina que empieza más al sur de las islas Británicas, sigue al oeste a lo largo de las costas africanas y llega en ángulo hasta América del Sur. Sin embargo, esta meseta no es completamente llana. En 1898 colocaron la línea telegráfica desde Europa a América del Norte. A más de novecientos kilómetros al norte de las islas Azores se rompió el cable y cayó al fondo. Para levantar el cabo fue necesario buscar por el fondo varios días con gatos de acero. Y fue entonces cuando se aclaró que el fondo en este lugar parece una cordillera: se encontraron altas cimas rocosas, abruptas vertientes, desfiladeros y profundos valles. Las islas Azores y Canarias son tan sólo altas

cumbres de estas montañas submarinas. El hundido *Leviatán* puede estar en la cima de alguna de estas montañas sumergidas y entonces es posible que lleguemos a él con un buzo. Pero pudo sumergirse en un profundo cañón o en un valle submarino. Entonces, ¿quién sabe si podremos llegar a él incluso con el televisor submarino? Si no será necesario reconstruirlo calculando el trabajo a mayores profundidades y por consiguiente para mayores presiones. Nos encontramos encima de un relieve submarino muy quebrado, desigual. Los cálculos se hicieron tomando la profundidad media de estos lugares.

-¿Y en qué empezaremos? -preguntó Azores.

-Lo que ordene el estado mayor -respondió el capitán-. Yo creo que en el sondeo de las profundidades.

Makóvskiy no se equivocó. El estado mayor ordenó empezar con un meticuloso sondeo de las profundidades en un radio de quinientos metros desde el punto donde, como se suponía, se había hundido el *Leviatán.*

«El círculo de exploración», como se llamaba en el mapa fue dividido en tres sectores. En cada uno de ellos debía efectuar sus trabajos uno de los barcos de la expedición. Todos los datos se anotaban en un mapa de gran escala y se transmitían por radio al estado mayor.

Llegaron días y horas interesantes para Mischka: él también se procuró un mapa y señaló en él las profundidades, el carácter del fondo y demás. Muy pronto este pedazo del fondo del océano Atlántico fue conocido por él mejor que la topografía de las calles de Moscú. ¡Que maravilloso país submarino era éste! En la región de la catástrofe del *Leviatán* se levantaba del fondo del mar un pico cuyas laderas descendían gradualmente hacia el sudoeste. Al noroeste había un profundo cañón de mil cuatrocientos metros de profundidad. Ahora hacía falta saber dónde había descendido al sumergirse el *Leviatán.*

Pero lo más interesante venía después. Bajarán a las profundidades del océano el «ojo submarino» y Mischka podrá ver todos los secretos que guarda el mundo de las honduras. ¡Qué despacio pasaba el tiempo!

El *Sergo,* el *Persey* y el *Marti* trabajaron varios días antes de terminar el sondeo.

La comunicación por radio era casi constante. Se meditaba sobre una cuestión complicada: cómo dar a los barcos la mayor estabilidad posible en mar abierto. Las cadenas alargadas de las anclas casi no llegaban a las cimas, de las montañas submarinas. Una nave aún podía anclar, pero para las tres no había sitio en el pico. Las olas y el viento podían llevar las naves a la catástrofe al chocar unas con otras. Además, el *Leviatán* podía estar a gran distancia del pico sumergido. Las anclas flotantes sólo podían frenar la deriva de los barcos llevados por las corrientes marinas y el viento. Y para el trabajo con el «teleojo» era absolutamente necesario lograr la casi completa inmovilidad de las naves, ya que había que bajar el teleojo hasta el mismo fondo y éste era muy irregular. El aparato sería arrastrado por el fondo y podía romperse en los salientes de las afiladas rocas. No había más remedio que aguantar con los motores en marcha y maniobrar con la hélice.

-¿Pero acaso no se pueden alargar las cadenas de las anclas? -preguntó Azores.

-Claro, se puede -respondió Makóvskiy-. ¿Pero te figuras el peso que tendrá una cadena de kilómetro y medio de longitud?

-¿O sea, que no se puede?

-Hasta cierta profundidad es posible, pero para las grandes profundidades sería necesario construir barcos especiales, grúas, cubiertas especiales o puentes de pontón para poner las cadenas. La profundidad es una fortaleza no tan fácil de

tomar.

Y durante este tiempo en que los barcos se preparaban para el descenso del «teleojo», en Moscú, en el instituto de telemecánica se preparaban tres nuevos aparatos de televisión submarina. Esto se hacía no sólo en previsión por si se averiaba el primero, sino además porque se consideró que la búsqueda sería más efectiva y rápida si cada nave tenía un aparato. Éstos serían enviados a los barcos mediante un nuevo hidroestatoplano terminado de construir en la fábrica de transportes reactivos a superalturas.

VIAJE SUBMARINO

Mischka había terminado su desayuno y tomó «la guardia». Gínsburg le había prometido para hoy una sesión interesante.

El radioteléfono y la instalación de televisión trabajaban perfectamente.

Por fin surgió en la pantalla el alegre rostro de Mótia. ¡Cómo se ha curtido!

-¡Empieza la sesión! -se oyó una voz y Mischka vio en la pantalla las estrechas tablas de cubierta iluminadas; por el reluciente sol. Se vieron unos pies desnudos que corrían por la cubierta, apareció por un instante un cubo blanco con la inscripción en azul *Sergo,* se oyeron voces agitadas, sonó la sirena de uno de los barcos, a ella se unió otra.

En la cubierta del pesquero de arrastre dos marineros atan a la aguja de la grúa una especie de cuna sujeta por cuatro cabos. Seguramente será para pintar el casco del barco. En las rutas marítimas, cuando se tocan puertos extranjeros los marineros siempre desean jactarse de la limpieza y belleza de su nave. Cerca de la grúa hay un compresor, a su lado un vestido de buzo, la escafandra y un tubo de goma enrollado. Todo el equipo de un buzo.

Sale Prótchev fumando su pipa al tiempo que se está arreglando su jersey de lana. Lleva embozado en su cabeza el casquete de lana.

-Prótchev, ¿vas a bucear? -pregunta Mischka. Y sus palabras, el sonido de su voz, después de complicadas transformaciones ya se oyen en la cubierta del barco. Prótchev se dirige involuntariamente al altavoz y dice:

-Sí, quiero descender para ver lo que hay aquí debajo.

Entra Kiríllov en el gabinete de Bórin. Saluda a Mischka, y empieza a dar órdenes a través del micrófono:

-¡Preparados para el descenso! ¡Uno en el compresor, uno en las señales, uno en el tubo, uno en el manómetro, uno en el reloj!

Prótchev limpia ya su pipa de cenizas y restos de tabaco y se la guarda -bajo el agua no va a poder fumar-, luego empieza a dar órdenes también:

-¡El traje de goma! ¡Las botas! ¡La pechera! ¡El casco! ¡Los cables!

Empiezan a vestir al buzo. Prótchev entra en el traje; le ayudan a ponerse las botas de pesada suela de plomo, le ajustan las correas, le cuelgan la pechera en el cuello, atornillan a la escafandra el tubo de aire. Todo es actividad en el barco en estos momentos.

Mientras Prótchev se prepara para el descenso, Mischka pregunta en voz baja a Kiríllov: ¿por qué dio la orden «uno en las señales», o sea, estar atento a la cuerda de señales, cuando en la escafandra hay teléfono?

-Aunque viajes en tren no te olvides de la carreta -responde Kiríllov.

Los marineros colgaron al pecho y a la espalda de Prótchev las pesas de cuarenta kilos, le ajustaron los tirantes y los fijaron delante.

Finalmente le pusieron en la cabeza la pesada escafandra y empezaron a atornillarla a la pechera. Al mismo tiempo comenzó a trabajar el compresor de

aire. A los rayos del sol brillaban deslumbrantes el cobre del casco y los cristales de las ventanillas. Prótchev aún estaba en la cubierta de barco pesquero pero era ya un «ser submarino».

El viejo camarada de Prótchev, Siziy le dio con la palma de la mano en la espalda: «puedes descender». La especie de góndola estaba atada cerca de la cubierta. Prótchev dio unos pasos con sus botas de suela de plomo que resonaron por toda la cubierta.

-¡Qué grande! ¡Qué fuerte! -exclamó con asombro Mischka.

Prótchev se sentó en la góndola como en un columpio, agarrándose de la cuerda.

-¡Bajen! -resonó la orden de Kiríllov en Moscú y en el océano Atlántico.

La grúa empezó a trabajar. Prótchev penetró en el agua. El teleojo recorrió la cubierta y Mischka pudo ver la segunda grúa y cerca de ella a Gínsburg. Éste andaba atareado entre los marineros que ayudaban a bajar el teleojo al fondo. Un gran globo negro con una especie de conos salientes descendía despacio al agua.

Kiríllov encendió un cigarrillo. Azores estaba también a bordo del pesquero. Gínsburg se inclinó sobre la borda y miró al agua. Sonó un timbre en la embarcación. Kiríllov se acercó a la mesa de Bórin y empezó a escribir. Entró la tía de Mischka y le entregó un sobre. La carta era de un camarada suyo que había partido hacia el Pamir.

Seguramente que la carta era interesante pero ahora no tenía tiempo de leerla. Los sonidos del océano Atlántico parecía que se hubieran hundido en el abismo del silencio. Y al instante se oyó el incesante ruido de la ciudad. En la pantalla titiló el fuego del cigarro de Azores. Se apagó la pantalla...

-¿Qué ha sucedido?

Y de pronto Mischka vio a Prótchev. Estaba en su góndola que pendía en las penumbras verdosas del océano. Se veía la cuerda de la cual pendía.

Ahora Prótchev seguramente que no siente el peso de su indumentaria. ¡Excelente! Vuela entre «el cielo y la tierra» mientras admira el mundo submarino. Con los rayos del proyector se ve claramente cómo del tubo de aire de la cabeza de cobre salen y se elevan las burbujas de aire parecidas a gotas de mercurio.

-Prótchev, ¿me oyes? -pregunta Mischka con emoción.

-Te oigo -suena la voz de bajo de Prótchev.

-¿Por qué descendiste bajo el agua?

-Se ha perdido un alfiler y lo estoy buscando.

-¿Y el teleojo para qué?

-Un ojo ve bien, dos mejor, y tres mucho mejor. ¿No es así? -responde Prótchev-. Mi campo de vista es más amplio, pero tengo la vista acostumbrada. El teleojo aún tiene que aprender a ver como los buzos -contesta Prótchev bromeando.

En esta broma Mischka siente una cierta desconfianza hacia todo lo nuevo.

-¿Qué ves?

-Por ahora sólo carasios, no sé cómo les llamáis vosotros. Ahora vas a verlos tú también. Bueno, ¿dónde está tu burbuja? -La pregunta va dirigida a Gínsburg.

-Ahora llega. ¡Mira más a la izquierda! -responde Mótia.

La escafandra de cobre brilla deslumbrante. Mischka ve a través del cristal el ancho rostro mongol del buzo. Seguramente que el proyector está muy cerca. Prótchev extiende el brazo izquierdo intentando coger algo. Su mano se acerca a la pantalla, crece, cierra todo el campo de vista... Sólo se ve un enturbiamento verdoso... Un vivo haz de luz y en él una manada de peces. Despacio se acerca un hermoso pulpo... El haz dorado penetra hacia el fondo del océano debilitándose

gradualmente, difuminándose. Y allí, en el fondo se ven turbiamente los contornos de montañas. Sí, son montañas incluso cubiertas de vegetación.

La cima montañosa parece que crezca y venga a nuestro encuentro... Ya no hay Moscú, ni gabinete, ni lecho. ¿Acaso no es el mismo Mischka que está allí pendiente de aquella especie de canasta y admira el mundo submarino? No, está en la góndola de un «aeróstato» submarino encima de las crestas de las montañas. Un cáucaso submarino sin glaciares, sin ríos que se precipitan por las montañas con sus cascadas. No hay ríos en la región donde el espacio «aéreo» es el agua.

De nuevo se ve la cubierta iluminada por la deslumbrante luz del sol. Se oye el ruido de la grúa y el de las olas golpeando el casco del barco. Gínsburg se vuelve. Brillan sus blancos dientes...

-Bien, ¿qué pasa? -se oye una voz-. ¿De quién?

Mischka, de pronto, no lo adivina. ¡Ah! Está hablando Moscú.

Kiríllov se aparta de la mesa y observa la pantalla.

La cubierta ha desaparecido. Se ve confuso... Mischka vive en «tres planos»: bajo el agua, en la cubierta del pesquero y en Moscú.

No se ve nada, todo está turbio... Unas sombras se arrastran por la pantalla...

-Algas -oye Mischka que comenta la voz del capitán, Makóvskiy.

Pasó una nube negra. Es posible que sea un tiburón o cachalote. Brilló una enorme aleta, el blanco vientre... Y de nuevo todo confuso...

Y de pronto desde el fondo empezó a verse en la pantalla una línea brillante. Gradualmente iba engrosando tomando forma redonda.

-¡Un mástil! ¡El mástil de una nave hundida! -exclamó Mischka.

-Sí, por lo visto es un mástil -respondió Gínsburg-. ¿Lo ves bien, Mischka? -preguntó.

-Ahora se aclarará -dijo Nikolay Petróvich.

Mischka no se había dado cuenta de que había llegado su padre. ¿No era esto un sueño? Mischka, su padre, Gínsburg, Barkóvskiy, Moscú, el océano Atlántico, todo reunido en una habitación. Sí, ahora Mischka se sentía parte integrante de la expedición.

El mástil se fue de la pantalla, el aparato por lo visto había girado hacia otro lado. Una manada de grandes peces pasó a lo lejos moviendo pausadamente sus aletas y brillando con sus plateados cuerpos. Pasó rápido un largo pez retorciéndose como una culebra. A la lejanía se encendió una llama fosforescente.

«¡Maravilloso, encantador es el mundo de las profundidades submarinas! -pensaba Mischka-. Allí no hay tempestades, no hay cambios de temperatura, no hay variaciones de tiempo. Siempre oscuridad, frío, silencio... Y allí hay vida, lucha, sus alegrías y sus penas...»

-¡Miren! -exclamó de pronto Mischka.

A lo lejos se veía una nueva elevación montañosa. En un saliente descansaba una nave de cuatro mástiles inclinada hacia la pendiente en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados. No había velas ni aparejos en ella. Se habían podrido hacía tiempo. Más abajo y al lado se veía una extraña nave de cuerpo corto y alto, con aún más alta proa y una figura tallada en madera en ella.

-Una carabela española -dijo Azores-. Llevará ya algunos siglos en el fondo. Me gustaría descender a examinarla.

-Pero tú no eres buzo -objetó Makóvskiy.

-Ya me he fijado en el trabajo de los buzos, he hablado también con Prótchev. No es tan difícil la cosa, me las arreglaré...

Intentaron disuadirle pero Azores era obstinado. ¡Y además, cómo podía un

corresponsal perder una oportunidad así! Un viaje submarino... La carabela... De esto puede salir un buen relato, un estupendo artículo.

Makóvskiy sonrió:

-Bueno, que lo pruebe. Irá Prótchev con él, y además... -Makóvskiy dio a Gínsburg algunas órdenes en voz baja.

Vistieron rápidamente a Azores, dieron una palmada a su escafandra y... ¡listo! -con precaución lo descendieron al océano.

En la pantalla en seguida apareció la imagen de Azores que bajaba hacia la profundidad. Parece ser que Makóvskiy no confiaba mucho en sus señales a través de la cuerda. Incluso los que han pasado ya la escuela de buzos, en las primeras prácticas equivocan las señales debido a la emoción: por ejemplo, en lugar de tirar tres veces («súbanme»), tiran de la cuerda cuatro veces («mucho aire»), y la bomba de aire empieza a trabajar más despacio. El teléfono es más seguro, pero también éste se puede estropear. Prótchev sigue los movimientos de Azores y además, gracias al televisor en cubierta todos podrán verle. El «buzo aficionado» estará bajo continua observación. Pero parece que Makóvskiy más bien ha decidido dar una pequeña lección al presuntuoso periodista.

El descenso se hacía muy despacio. Mischka vigilaba atentamente la figura del buzo.

¡Es extraño! Las piernas de Azores parece como si se hincharan. El vientre, la espalda, engordan, crecen... Y de pronto Azores dio una voltereta con las piernas hacia arriba y salió disparado hacia lo alto...

Él sol deslumbrante... La azul superficie del océano surcada por las olas... De ella surgen inesperadamente los pies del «intrépido» buzo... Rápidamente es izado a bordo, le sacan la escafandra. Su rostro está pálido, asustado. Le dan vahídos, le sale sangre por la nariz, reventaron los vasos sanguíneos de la nariz debido al súbito cambio de presionar; sin embargo nada hay que temer. Azores subió a la superficie como un tronco desde poca profundidad.

-¿Qué es esto? ¿Por qué? -preguntó Azores desconcertado.

-Adivínalo tú mismo. ¿No te ha enseñado Prótchev a bucear? -responde Makóvskiy.

-Esto es que el agua no lo admite -sonríe Gínsburg.

Los marineros examinan a Azores, tendrá que descansar. Se le ve tendido en cubierta. El sol se refleja en los charcos formados por el agua caída de la escafandra. Silencio. Azores se da una palmada en la frente y ríe.

-¡Lo comprendí! -grita-. Me olvidé de presionar con la cabeza la válvula, no dejé salir el aire sobrante, como me indicó Prótchev. Me he hinchado y esto me llevó a la superficie.

-¿No ha resultado el artículo? -dice sonriendo Kiríllov.

-Lástima, pero habrá que aplazarlo -responde Azores-. Pero a pesar de esto pienso bajar al fondo.

-¡A marcha lenta hacia el navío hundido! -ordenó Barkóvskiy.

-¿Cuándo se han reunido todos? -exclamó Mischka con asombro. Se había entusiasmado tanto mirando la pantalla que no se daba cuenta de lo que sucedía en su rededor.

Las imágenes de la pantalla se movían haciéndose imprecisas; el teleojo avanzaba chocando con la masa de agua y balanceándose.

A medida que se acercaba el pesquero al peñasco, más naves y barcos hundidos se divisaban en los salientes y cavidades del peón submarino. Estaba como sembrado de ellos. Habían antiguas carabelas, veleros del siglo pasado, barcos de ruedas de los tiempos de Fulton y contemporáneos movidos por hélice.

-Un cementerio de naves -musitó en voz baja Makóvskiy-. ¡Cuántos han perecido en el camino de Europa a América!

-Sí, por lo visto toda la ruta está sembrada -respondió Bórin.

-¡Y cuántos tesoros habrá en sus bodegas, cuántos barriles de oro y plata! Desde el descubrimiento de América, la gente naufragaba y perdía en el océano el oro hallado en el Nuevo Mundo. Solamente los españoles sembraron en el fondo del océano más de una decena de toneladas de oro -dijo Azores.

-¡Y cuántas vidas se perdieron a causa de la codicia humana! -oyó Mischka la voz de Gínsburg.

-¡Y también por audacia, por curiosidad de saber! -repuso Barkóvskiy.

-Sin embargo no será fácil encontrar nuestro cadáver -añadió mirando el cementerio de barcos que se extendía hasta donde llegaba la vista.

-¡Vegetales! No, son corales... -exclamó Mischka con asombro-. ¿Es que crecen los corales a estas profundidades?

-Por lo visto vivían cuando estas montañas estaban más cerca de la superficie del mar -dijo Tóffel-. Tenemos ante nosotros, evidentemente, un continente hundido.

Makóvskiy llevaba el pesquero con precaución pasando el teleojo cerca de un gran barco hundido. El teleojo pasó a lo largo de su casco. Pasaron por la pantalla brillando con sus cristales los tragaluces. He aquí la proa. La inscripción... En el corroído hierro cubierto de crustáceos no se podía leer el nombre del barco.

-De todos modos éste no es el *Leviatán* -aseguró Makóvskiy-. El *Leviatán* es más grande. Continuaremos buscando.

-Sin embargo, ¿podríamos ver lo que encierran estos restos? -propuso Prótchev. Se animó en él el instinto de «cazador de las profundidades»-. Si descubrimos algo de valor pondremos una boya y así lo tendremos señalado. La profundidad es buena para intentarlo.

-Busca, pero no te demores mucho. Pronto tendrás ya que salir -dijo Barkóvskiy.

-¡Llévate el teleojo! -dijo el ingeniero.

Prótchev tiró alegremente dos veces de la cuerda de señales, a pesar de que con el teléfono no había necesidad de esto. Era la costumbre. La góndola empezó a descender hacia la profundidad.

Prótchev pasa por encima de la cubierta superior, sale de la góndola y sigue a pie cortando el agua con su hombro derecho. Delante hay una escotilla. Cesa de salir el aire de su escafandra, se hincha un poco y salta fácilmente a través de la misma. Todas las piezas de cobre, barras y tubos de los manguerotes de ventilación están cubiertos de pequeñas algas verdes. Bajo sus pies crujen las conchas de los crustáceos. De los manguerotes salen manadas de peces que giran alrededor de la cabeza del buzo. Hay tantos que privan la vista.

-¡Fuera de aquí! -grita Prótchev agitando el brazo.

Otra escotilla. Prótchev desciende con cuidado por las barras de hierro de la escalera. Tras él se arrastran «la señal», el tubo de goma y los cables del teléfono y el fanal eléctrico. Hay que tener precaución de no rozar con nada afilado. Y además este trasto, el teleojo con sus cables...

Ha llegado ya al corredor. Los camarotes... Mira en uno de ellos, corre por la mesa un cangrejo asustado. En el techo se ve una silla de madera, una caja. Como en el mundo de la ingravidez.

Prótchev desciende a la bodega. Aquí encuentra montañas de cajones de cinc. La cosa parece clara. Seguramente que en tiempos de la última guerra mundial

este barco de pasajeros transportaba proyectiles. Y he aquí un enorme boquete en el fondo. El barco fue echado a pique por un torpedo desde un submarino. ¿Y en estas grandes cajas qué puede haber?

-¡No te entusiasmes, Prótchev! ¡Es tiempo ya de subir! -le avisa el de guardia.

-¡Bah, qué queréis ahora! -refunfuña Prótchev mientras vuelve atrás. Pero en la pantalla Mischka ve sólo el ángulo de una caja cubierta de algas y crustáceos. ¿Qué sucede? Prótchev se paró...

-¿Qué ha sucedido allí? -pregunta Barkóvskiy.

Se oye un incomprensible farfullar. Unas imprecaciones.

-¡Ah, qué mala pata! Se me ha enredado un pie en un montón de hierros.

Mischka quería gritar para que Prótchev girara el teleojo hacia sí... Sin embargo nadie puede ayudarle... No, parece que se puede...

-¡Que baje un buzo para ayudarle!

-¡Bah! Con los tubos, cuerdas y cables armaremos un embrollo. ¡Yo mismo me apañaré! -responde Prótchev.

A Mischka le parece que el corazón se le escapa. ¡Qué trabajo más peligroso! Y Azores quería bajar a la carabela... Pasan largos minutos. Se oyen golpes sordos. ¿Qué es lo que hace?

-¡Maldito alambre, por lo menos que no me desgarre el vestido!

-¡Qué peligro! Si se rompe el vestido se ahogará.

-¡Uf! -se oye un suspiro de alivio de Prótchev.

El teleojo desciende de la caja musgosa y deja ver la escalera. Prótchev ha logrado liberarse. Junto con él todos suspiran aliviados.

Empiezan a subirlo despacio, parándose. Seis «sazhen» hacia arriba; parada de cinco minutos. Cuatro «sazhen» más, diez minutos; dos «sazhen» más; quince minutos de descanso.

Por fin Prótchev está en cubierta. Los marineros le sacan la escafandra. Fugazmente se ha visto el rostro del buzo. Está tranquilo, como siempre. El riesgo es para él cosa habitual, su profesión.

Sigue la búsqueda con ayuda del teleojo. El pesquero rodea la cima submarina. El teleojo examina cada uno de los barcos de gran tamaño que encuentra. *Mtarbruk, Cruz del Sur, Mery, El Paso* hallaron aquí su último refugio.

Azores, que ya se ha tranquilizado, dice:

-Los antiguos romanos enterraban a sus difuntos con las palabras: «Que la tierra te sea ligera como una pluma». A los ahogados se les podría decir: «Que el agua os sea ligera como una pluma». La tierra, el peso de la tierra en las tumbas es casi en todos los sitios igual, cerca de dos metros de espesor. Pero en cambio si te ahogas en una profundidad de diez mil metros o un centenar de metros, hay una gran diferencia. Diez mil metros significa una presión de cien atmósferas. Bajo esta presión la madera se hace más fuerte que una piedra. ¿Y qué sucede con el cuerpo humano? Sí, Jurgés fue muy previsor al hacer sus anotaciones en placas metálicas.

El pesquero recorrió el pico montañoso submarino y se dirigió hacia su ladera sur. Aquí, según había indicado el sondeo hecho anteriormente, había una meseta que descendía levemente. En algunos lugares la meseta se elevaba tan alto que llegaban hasta ella los reflejos de la luz del sol. La profundidad en aquellos parajes era de menos de cien metros.

Se vieron incluso obligados a elevar el teleojo para examinar esta altiplanicie. Aquí la flora y la fauna eran más ricas. Las naves que habían naufragado aquí se encontraban rodeadas de un espeso bosque de algas. Elevaban sus rojas ramas los corales. Entre las algas pululaban infinidad de peces. Tras ellos corrían

enormes ejemplares rapaces. De entre las grietas de una fragata destrozada acechaba con sus largos tentáculos un gigantesco pulpo. La meseta se elevaba gradualmente. Y de pronto en la pantalla del televisor apareció una estatua de piedra que representaba un hombre con las manos en las rodillas. El cuerpo erecto y las rodillas juntas con las piernas igualadas recordaban el arte egipcio, pero sólo muy ligeramente. Era el arte de una cultura desconocida.

-¡Esto sí que es un hallazgo! -exclamó Prótchev-. No seré yo si no logro descender a esta meseta.

En seguida el «ojo submarino» descubrió otras estatuas tumbadas, columnas rotas, pedestales de mármol y, finalmente llegó a las ruinas de las paredes de una ciudad con inscripciones desconocidas. El «ojo» saltó la pared y se encontró en la mitad de una calle de la ciudad sumergida. Los techos no se habían conservado, pero las paredes de muchos edificios estaban intactas. La calle, pavimentada con losas de piedra estaba cubierta de musgo y crustáceos. Únicamente por las losas levantadas en algunos lugares se podía adivinar que en algún tiempo remoto estaban pavimentando la calle. Se veían de paso patios con piscinas y restos de surtidores, las ruinas de un gran templo en el centro de una plaza, la cual debía estar adornada con estatuas. Ahora éstas se veían rotas cerca de sus pedestales. Por lo visto antes de sumergirse la ciudad la había precedido un terremoto. Todos estaban tan entusiasmados con el hallazgo que durante algún tiempo se olvidaron de las tablas de Jurgés.

-¡Excelente! -exclamó con alegría Barkóvskiy-. Nuestros arqueólogos quedarán sorprendidos de nuestro hallazgo.

Siguió una pausa. Bórin estaba pensativo. Por su rostro pasó una sombra de inquietud y apresuradamente preguntó a Barkóvskiy:

-¿Y no cree usted que es de suponer que esto nos traiga muchos visitantes y se arme aquí una verdadera torre de Babel?

-Bueno y qué, es posible, pero esto nada significa. Buscaremos en silencio. Naturalmente que pondrán atención en nosotros. No estoy muy seguro de que ya ahora no estén sobre nuestros pasos. Indudablemente la expedición de la flotilla soviética, no habrá pasado desapercibida. Mientras nuestras naves iban por el océano abierto los barcos extranjeros podían pensar que nuestra ruta era hacia América. Ahora, en cuanto se den cuenta de que nos hemos parado empezarán inmediatamente las conjeturas, si no han empezado ya: ¿para qué y por qué? Pero es igual. Que piensen lo que quieran. Presten atención o no, nosotros continuaremos tenazmente la búsqueda de las tablas.

Bórin movió pensativo la cabeza en señal de asentimiento. Luego aspiró con deleite el aire del océano, miró el nítido y transparente azul del cielo y dijo:

-Si por lo menos durara este tiempo, pues en el mar ya se sabe... el tiempo cambia. Se desencadena la tormenta, empiezan las olas y aguanta, espera...

-Espera que el mar te traiga buen tiempo, como dice el refrán -añadió riéndose Barkóvskiy y también miró a la lejanía. Puso su mano en el hombro de Bórin y dijo con camaradería-: Las olas son lo de menos. Pero si viniese alguien más a buscar el hundido *Leviatán.* Esto sí que sería un serio estorbo. Sin embargo no es ahora tiempo de hacer conjeturas. Puede ser que haga buen tiempo y nadie se nos interponga en nuestro camino. Y ahora hay que descender al valle y continuar la búsqueda.

Y de nuevo en la pantalla del televisor cambian los cuadros del mundo submarino. Allí en las acuosas profundidades, en la oscuridad, hay vida. Los habitantes de las profundidades van en manadas quién sabe dónde, otros van en solitario de un lado a otro. Allí un enorme pez de rapiña ya tras su presa.

Empieza la lucha tenaz por la subsistencia. Mischka miraba la pantalla y le parecía que descendía más y más abajo. Podía fácilmente imaginarse que era él mismo y no la pantalla el que descendía a la profundidad del océano. Maravilloso mundo...

Mischka recordó su viaje al Cáucaso. Allí la vegetación más impetuosa se encontraba en la base de las montañas. A medida que iba subiendo se hacía más pobre. Los altos árboles eran reemplazados por otros de baja altura, los árboles, por arbustos, y más arriba, el reino de los muertos glaciares. En el mundo submarino al revés: las cimas de las montañas sumergidas cercanas a la superficie estaban cubiertas de infinidad de algas, bosques enteros de laminarias. Manadas de peces de colores diversos como abigarrados papagayos llenaban este bosque submarino de movimiento, de alboroto. Cuanto más abajo más pobre la vegetación, menor la cantidad de habitantes del mundo submarino, menos rápidos sus movimientos, más deslucidos sus colores. Y finalmente el teleojo y Mischka descendieron al reino de la eterna oscuridad y silencio submarino. Extraños y desconocidos seres flotaban en la verde oscuridad. En ciertos lugares iluminaban los fanales de los peces de grandes profundidades. Tenían cierto parecido con los renacuajos; una enorme cabeza-cuerpo, la horrenda ancha boca abierta y la cola muy corta. Daba la impresión de que todo el pez era un apéndice de la abierta bocaza. Encima de su cabeza, un fino «cable» elástico curvado, y en su extremo la «lámpara». Los peces pequeños eran atraídos por la luz de esta lámpara y caían en las anchas tragaderas...

Y del fondo, como antes, se elevaban mástiles y chimeneas de naves hundidas. Esto no era solamente un cementerio, era un museo de historia de la navegación y de construcción de navíos. En una hendidura se vislumbraba la larga y estrecha proa de una pequeña embarcación de remos. Posiblemente los antiguos vikingos realizaron con esta nave atrevidos cruceros marítimos... ¿Es posible que se atrevieran a alejarse tan al sur...? O es que fueron arrastrados por alguna tempestad... Allí se ve una embarcación de remos fenicia... Una trirreme romana... ¿Será posible que con estas embarcaciones navegaran los romanos desde Italia a las islas Británicas? Seguramente la tempestad los alejó al sudoeste de las costas europeas.

Sonó el timbre: Nikoláy Petróvich llamaba a los empleados del estado mayor al comedor. Mischka se quedó solo. Desde el comedor llegaban las voces. Barkóvskiy discutía sobre algo con Kiríllov.

UNA VISITA INESPERADA

-¡Un gran barco se divisa en el horizonte! ¡Se dirige hacia nosotros! -oyó Mischka la voz de Makóvskiy.

Son muchos los barcos que pasan por esta ruta marítima. Mischka siguió observando el mundo sumergido. La meseta que hasta ahora descendía suavemente, se eleva de nuevo. En una plazoleta rocosa había un enorme trasatlántico. ¿Será acaso el *Leviatán?* El teleojo empezó a acercarse despacio hacia él. El navío tenía cuatro chimeneas que miraban hacia arriba en posición normal. Parecía que se movía arrastrándose por la planicie submarina, pero era una ilusión óptica, no se movía el barco sino el teleojo. Pronto en la pantalla aparecieron claramente unas letras... *George Washington.* Cerca de él se encontraba un submarino y un pequeño crucero. En este lugar había ocurrido uno de los dramas de la última guerra mundial. El crucero había hundido al barco de pasajeros. El submarino a su vez había hundido al crucero y luego

sucumbido también al chocar con una mina.

Y en la superficie del océano el navío desconocido seguía acercándose. Muy pronto Makóvskiy pudo leer a través de los prismáticos su nombre, *Urania.*

-El barco ha llegado a la altura de nuestra flotilla y ha parado, comunicó Makóvskiy al estado mayor.

Mischka llamó en seguida a su padre y todos volvieron al gabinete. La aparición del barco extranjero hizo que toda la expedición se agitara. ¿Con qué objetivo había llegado el *Urania?* Nadie sabe aún de la existencia de la ciudad sumergida. Todas las radiotransmisiones entre la expedición y el estado mayor se llevan a cabo con ondas cortas de la estación receptora-transmisora de Jurgés. Es poco probable que alguien pudiera interceptar estas transmisiones. Y aún en el caso de que así fuera, no se puede en algunas horas organizar una expedición y llegar aquí. El puerto más cercano a este punto se encuentra a algunos días de navegación.

-¿Será posible que el secreto del descubrimiento de Blasco Jurgés sea conocido? -dijo Barkóvskiy frunciendo el ceño-. Es necesario hablar con Kar.

Un hilo invisible se tendió desde Moscú a Buenos Aires. La diminuta estación de radio empezó a funcionar. Kar se extrañó mucho de la aparición del *Urania.* Juró que el secreto de Jurgés no podía conocerlo nadie más que él y Juan Jurgés. Aseguró que éste no les habría traicionado. Kar había sido siempre muy precavido. Blasco Jurgés había atado bien todos los cabos. Por lo visto debería ser otra la causa de la aparición de este barco. Al *Urania,* lo conocía, era un gran barco argentino. Kar procurará averiguar quién y para qué lo ha fletado.

-Bien -dijo Barkóvskiy y empezó a pasear por el gabinete-. Pero yo a pesar de todo creo que nos han escuchado. ¿Qué cree usted, camarada Bórin?

El ingeniero se encogió de hombros.

-En el frente de las comunicaciones por radio se lucha al igual que en todas las otras ramas de la ciencia. Lo que hoy es secreto de una sola nación, mañana resulta ser de todos conocido.

Barkóvskiy se acercó al mapa mundi y unió con una regla Moscú y Buenos Aires.

-Nuestros rayos -dijo- cruzan Rumania, Yugoeslavia, Italia, Argelia, el Sahara, Senegambia, Bolivia, Paraguay y finalmente Argentina, el mismo borde de Argentina, ya que Buenos Aires está situado en la frontera cerca del golfo de La Plata. El barco es Argentino según asegura Kar. Y si han escuchado nuestras transmisiones, seguramente que ha sido en el mismo Buenos Aires. Es posible que en las mismas narices de Kar.

-Puede ser incluso desde la habitación contigua -añadió Bórin.

-Supongo que Kar tiene razón: el secreto de Jurgés no es conocido por nadie excepto nosotros -se oyó la voz de Azores-. Muy pronto sabremos a qué ha venido el *Urania ¿*No debemos inquietarnos antes de tiempo.

-¿Y qué hace el *Urania?* -preguntó Barkóvskiy.

-Está anclado en el áncora flotante y empiezan a soltar las cadenas de la gran áncora -respondió Makóvskiy-. Están bajando una chalupa -continuó-. Por lo visto vendrán a visitarnos. Mucho mejor. Podremos saber sus intenciones. La chalupa ha soltado amarras. En ella hay cuatro marineros en los remos, el quinto en el timón y un pasajero vestido de blanco.

-Recíbanlo a bordo -ordenó Barkóvskiy-. Pongan el televisor y el micrófono. Nuestro estado mayor asistirá invisible a esta entrevista con los visitantes.

-¡A la orden! -respondió el capitán y ordenó traer a cubierta algunas sillas. Makóvskiy puso un sillón de mimbre de manera que se encontrara contra la

cámara. El micrófono fue escondido por Gínsburg en la red de arrastre.

-Todo en orden -informó el capitán.

Y al instante surgió en la pantalla un trozo de la cubierta de la nave y un pedazo de cielo. Bajaron el portalón. Después de un minuto de espera apareció una cabeza cubierta con salacot y luego toda la figura. Subió a cubierta un hombre aún no viejo, delgado y de pelo rubio con el rostro bien afeitado extraordinariamente amarillento y ojos hundidos. Tales rostros los tienen los europeos que han caído en las garras de las fiebres tropicales.

-Jaime Scott -se presentó brevemente el visitante sin nombrar su profesión.

El capitán le estrechó la mano y le invitó a sentarse. Scott sacó la pitillera en silencio y alargó la mano invitando a Makóvskiy mientras le miraba fijamente. Por lo visto Scott intentaba utilizar esta pausa para estudiar a su contrincante. Makóvskiy sopesaba: esperar las preguntas de Scott o empezar él mismo el ataque. El que pregunta ataca. Y el ataque es la mejor posición, Makóvskiy decidió coger la iniciativa de la conversación en sus manos.

-¡Inesperado encuentro en el océano! Posiblemente tienen alguna pequeña avería y esta es la causa: ¿la hélice u algo por el estilo? Estamos a su disposición, con mucho gusto les ayudaremos, mister Scott.

-No, en mi nave todo está en orden -respondió Scott dejando salir de su boca un anillo de humo.

-¿Qué es entonces lo que les ha obligado a parar?

-¡He llegado al sitio, eso es todo! -respondió Scott sin inmutarse-. Pero he visto que el lugar está ocupado y por esto me interesaría saber con quién tengo el gusto de encontrarme y qué le ha llevado precisamente a este punto del océano Atlántico -preguntó a su vez Scott.

-¿Es que este punto del océano ha sido arrendado por usted, mister Scott? -preguntó riendo Makóvskiy-. El derecho internacional reconoce la libertad de los mares. Y por cuanto nosotros hemos llegado primero...

-Sin embargo, esto no es una isla deshabitada y que usted puede monopolizar según el derecho del primer ocupante -replicó Scott.

-Nosotros no tenemos intención de ocupar nada -respondió Makóvskiy-. Pero tenemos derecho a detenernos donde queramos.

-¿Para qué, con qué propósito?

Esto ya era demasiado. Makóvskiy decidió oponer resistencia.

-No tenemos obligación de dar a nadie cuenta de nuestros actos. De la misma manera podríamos preguntar a usted: ¿Qué objeto le ha traído aquí?

En el rostro de Scott no se reflejó la más mínima señal de agitación. Dejó salir otro anillo de humo que fue arrastrado por el viento y dijo ya en tono más pacífico, viendo que el ataque de frente no había dado resultado:

-Yo no he llegado hasta aquí para discutir con usted, capitán. Si le he preguntado con qué objetivo han venido ustedes aquí, es porque tengo mis motivos. Necesito explorar el fondo precisamente en este lugar. Y estando aquí vuestra escuadra...

-Tres naves de la flota civil no es una escuadra -objetó el capitán.

-Su flotilla, si así le gusta más, representa para mí un obstáculo hacia el logro de mi objetivo -terminó-. No tenemos necesidad ni obligación de poner en conocimiento el uno al otro de los fines de nuestras expediciones, pero ustedes me estorbarán...

-Y ustedes a nosotros... -cortó el capitán.

-De esta manera surge la necesidad de establecer algún «modus vivendi». ¿Usted es el jefe de la expedición?

-Soy el capitán de la nave almirante, el jefe técnico de nuestra pequeña flotilla -respondió Makóvskiy-. La expedición la dirige el estado mayor.

Scott hizo una mueca con la boca. ¡Cuántas palabras en vano! Y levantándose preguntó secamente:

-¿Podría presentarme al jefe de vuestro estado mayor?

-Creo que esto será un poco difícil -respondió el capitán-. El estado mayor se encuentra en Moscú.

-¿En Moscú? -preguntó Scott asombrado-. ¿Cómo puede un estado mayor dirigir la flotilla desde Moscú?

-Vivimos en la época de la radio -respondió Makóvskiy-. A las seis de la tarde hora local informamos al estado mayor sobre nuestro trabajo. Si viene a esta hora le podré ofrecer la posibilidad de hablar con el jefe del estado mayor.

Scott se quedó pensativo, tiró por la borda el cigarrillo y respondió altanero:

-A las seis yo almuerzo y no estoy acostumbrado a cambiar mis costumbres.

El capitán se encogió de hombros.

-Nosotros tampoco estamos acostumbrados a cambiar nuestro orden.

-En tal caso, perdone que le haya molestado.

Scott se inclinó en señal de despedida y se dirigió al portalón. Los marineros le acompañaron con miradas poco amigables, sin embargo, le ayudaron a bajar a la chalupa.

PESCADOR DE TIBURONES

Cuando la chalupa se balanceó en las olas Scott dio rienda suelta a su ira. Su rostro amarillento se tornó azul. La chalupa se golpeó contra el pesquero y Scott insultó a sus marineros por su lentitud. Tenía necesidad de descargar su cólera en alguien. Estaba descontento de sí mismo. Se sentía humillado e insultado. Y sobre todo, no había logrado nada. Todo el tiempo que duró el regreso al *Urania* Scott estuvo refunfuñando y blasfemando. Pero poco antes de subir a bordo de su barco, inesperadamente se puso a reír ruidosamente. Asombrado por el cambio, uno de los marineros, el más joven, también se puso a reír. Scott le cubrió de injurias. Se notaba que estaba acostumbrado a tratar con la gente como si fueran sus esclavos en las colonias.

Subió el portalón con más rapidez de lo que podía esperarse de una persona agotada por las fiebres tropicales. Por lo visto tenía una gran experiencia acumulada en la escuela de la vida. Scott bajó a su camarote. Estaba amueblado con gran confort. Cómodos sillones tapizados de terciopelo, la mesa de madera roja, en ella, un ventilador, una lámpara eléctrica con el pie de bronce y muchas botellas de whisky. Scott estaba seguro de que el whisky era un excelente remedio contra los ataques de las fiebres tropicales, de las que había enfermado en los pantanos del Amazonas muchos años atrás.

-¡Qué tono! ¡Qué tipo tan inaccesible! -recordaba indignado su conversación con Makóvskiy. Esperaba que «ellos» irían los primeros hacia él, a saludar al «rey de los mares». El deseo de saber lo que había atraído a los barcos soviéticos a este lugar del océano le obligó a ir él primero. Y había regresado sin nada.

Scott llenó de whisky una copita de plata y se la bebió de un trago, luego tomó agua con hielo, se sentó en la butaca y encendiendo un cigarrillo empezó a meditar en voz alta:

-¡Mil demonios! Cuando en las nieves de Alaska, en las montañas de Sierra Nevada o en los despoblados desiertos yo me encontraba con una persona, yo sabía que ésta había venido a por lo mismo que yo. Y ahora este encuentro... El

océano Atlántico es grandioso. Y si de dos puntos diferentes del mundo se han reunido en un punto del vasto océano tantos barcos, está bien claro que el objetivo de todos es el mismo. ¿Pero cómo lo han sabido? ¿Cómo pudieron averiguarlo? Es posible que el secreto no haya sido guardado...

Scott, para «lavarse el cerebro» se bebió otra copita de whisky y otra vez como en la chalupa soltó una ruidosa carcajada.

-Y a pesar de todo son idiotas, unos simplones estos bolcheviques. El capitán Makóvskiy me ha dicho que a las seis de la tarde se comunican con su estado mayor. ¡Poca falta me hace volver a inclinarme ante ellos! ¿Y qué podría contestarme el jefe de su estado mayor? Claro está que ellos no van a revelarme sus secretos, pero yo tengo mi estación de radio. ¿Y acaso no tengo a mi disposición el mejor radista de Argentina? Interceptaremos su onda y muy pronto sabré lo que deseo.

A través de la portilla abierta llegó el ruido de un golpe, como si algo hubiera caído al agua. Scott miró y vio la aleta de un tiburón. Los residuos de las cuatro naves reunieron una gran manada de ellos. Scott, mareado por el balanceo del barco y el whisky bebido farfulló mientras se balanceaba:

-¡Hay que despistarles! -Llamó al capitán y ordenó la caza de tiburones.

Tiraron las redes y empezó la pesca. Muy pronto en cubierta había la primera pieza. Scott salió de su camarote a cubierta, pues en él se ahogaba a pesar del ventilador y refrigeradores. El enorme tiburón ya no se movía. Únicamente se abría rítmicamente su enorme bocaza. Su cuerpo gris brillaba al sol.

-¡No se acerque mucho a la cola! -se apresuró a advertirle el capitán.

Pero ya era tarde. El tiburón inesperadamente se agitó, golpeó con la cola a Scott en el pecho y éste describió un arco en el aire, traspasó la borda y cayó al agua. Scott luchaba contra las olas. No tenía miedo de ahogarse. El peligro era otro. Los tiburones asustados por la caída inesperada se alejaron del lugar, pero en seguida empezaron a volver. La vida de Scott estaba en peligro. Olvidando su orgullo empezó a chillar y antes de que en el *Urania* volvieran en sí, empezaron a disparar desde el pesquero soviético. Las balas caían en el agua alrededor de Scott. Éste al principio no comprendió lo que sucedía. ¿Acaso los bolcheviques querían matarle? La manada de tiburones había sido ahuyentada. En el mismo instante cayó cerca de Scott un salvavidas atado a una cuerda. Había sido lanzado desde el *Urania.* Scott se agarró a él y fue izado a bordo. Cuando los pies de Scott se encontraban a medio metro de la superficie del agua, uno de los tiburones intentó atraparle, pero él dobló las piernas y pudo salir ileso del accidente. ¡Un nuevo golpe que en poco tiempo recibió su amor propio!

-¡Transmítales mi agradecimiento! -ordenó el capitán-. Dígales: «Mister Scott les agradece su ayuda a tiempo». Esto es suficiente.

El capitán gritó esta frase a través de la bocina.

Scott se cambió de ropa y de nuevo salió a cubierta como si nada hubiera sucedido. La pesca continuaba. El buque pesquero se acercó más al *Urania.* Se podía conversar sin necesidad de bocina.

-¿Han venido a pescar pececitos? -preguntaban los marineros del *Sergo*-. ¡Buena cena van a tener hoy! ¿Es que se les han acabado las provisiones?

-En cambio los tiburones se han quedado sin cena -respondió uno de los marineros del *Urania, y* añadió en voz baja-: ¡Lástima! El tiburón hubiera tenido su merecido.

Los marineros empezaron a intercambiarse regalos, cigarrillos, cigarros. A Scott esto no le gustó. Ordenó que el *Urania* se alejara del *Sergo.*

-Quiere hacernos creer que ha venido aquí para pescar tiburones -sonrió

Makóvskiy-. ¡Infantil!

-¡Vea aquella figura en el barco, mire! -exclamó Prótchev-. Un japonés. Y el otro. Apostaría que son buzos japoneses. Yo tengo buen olfato para eso. Es el fondo del mar lo que busca Scott, y no tiburones. Ya verán como por la noche los echarán por la borda.

A las seis de la tarde Scott desapareció rápidamente de la cubierta. Gínsburg empujó con el codo a Makóvskiy:

-¿Ves? Ha ido a escuchar nuestra radio. Bueno, bueno que escuche. Esto no será tan fácil como pescar tiburones.

-Pero de todos modos, ¿qué le ha traído aquí? ¿Es posible que conozca el secreto de Jurgés? -por enésima vez se hacía esta pregunta Makóvskiy, sin dirigirse a nadie particularmente.

Scott entró en la cabina del radista.

-¡Pouers! -llamó a éste-. Debe coger inmediatamente Moscú.

-¿Coger Moscú?

-No sea estúpido. Debe interceptar la emisión de la estación de radio de Moscú.

-¿Qué longitud de onda?

-Éste es el asunto, puesto que no lo sé.

-Pero en Moscú hay decenas de estaciones de radio...

-A esta distancia emiten generalmente en ondas cortas. Empiece con las más cortas de las que su estación esté en condiciones de coger.

-Decenas de metros de cualquier forma...

-¡Empiece ya, diablos!

Espadista empezó a buscar la onda. En el altavoz se oyeron conversaciones en ruso, canciones, música...

-¡No es esto, no! -gritó Scott irritado-. ¡Katayama! ¡Fudsiyama! Como le llaman al diablo amarillo... Llamen al intérprete japonés. -Scott desesperado golpeaba la mesa con el puño-. ¿Cuándo aprenderá Pouers, el idioma ruso?

-Es tan difícil el idioma ruso -respondió el radista mientras continuaba sintonizando el aparato.

-¡Alto... espere! ¡Una conversación!

Entró el japonés y se quedó quieto, impasible, cerca de la puerta.

-¡Acérquese y traduzca! -ordenó Scott.

Tartajeando y ceceando el japonés empezó a traducir:

-En nuestra brigada, el noventa y cinco por ciento de sus componente estudian materiales técnicos...

-¡No es esto... al diablo! Busque más allá.

-...El trigo ha empezado a llegar a los puntos de almacenaje...

-¡Al diablo con el trigo! ¡Gire!

-...Se ha puesto en marcha una nueva fábrica gigante...

-¡Que se hundan con sus fábricas! Deben emitir una conversación, un diálogo. ¡Busque, busque!

Pouers ya no sabía lo que se hacía, las estaciones de radio de Moscú parecía que se burlaban de Scott. Música, canciones, informaciones, conferencias, llamadas... Algunas veces se oía el chirrido del radiotelégrafo... y de nuevo música... Y el tiempo pasaba... Y durante este tiempo Makóvskiy conversaba seguramente con el jefe del estado mayor sobre la presencia de Scott, y debía recibir instrucciones.

-¡Maldición! ¡Pero busque, Pouers!

De pronto Pouers separó su silla del aparato.

-Se acabó. No se puede girar más -dijo con irritación-. He recorrido todo el

diapasón. Y si usted, mister, no ha encontrado lo que necesita es que no se efectúa la emisión que usted espera, o...

-Debe haberla...

-O será...

-¿O qué?

-O será que esta emisión no puede interceptarse con nuestra estación de radio.

-¿Cómo que no se puede coger? ¿Acaso no he adquirido la mejor estación de radio que haya nunca sido montada en un barco? ¿Acaso no pagué por ella tres mil dólares?

Pouers se encogió de hombros.

-Nuestra estación es de onda corta, de tipo corriente -respondió-. Y es posible que ellos transmitan con onda dirigida.

Scott se dio una palmada en la frente.

-¡Ah, soy un viejo asno! -En su rodar por el mundo había reunido un enorme léxico de insultos-. He aquí por qué Makóvskiy se puso tan terco. ¡Basta! Deje de buscar. Es en vano.

-Ya lo he dejado.

-¿No podría reequipar la instalación de nuestra estación de radio, Pouers? Recibirá por ello mil dólares. Si no puede usted llamaremos a un especialista. Se puede hallar fácilmente un ingeniero sin trabajo. Debo interceptar sus conversaciones cueste lo que cueste.

Scott miró a través de la portilla. No muy lejos humeaban los barcos soviéticos. ¡Qué absurdo! Están tan cerca que se puede hablar con ellos sin necesidad de bocina, pero su radio no se puede interceptar. ¡Están hablando con Moscú y esta rata tiñosa no los puede oír!

-Señor Scott -articuló el piloto desde la puerta abierta-. Toda la cubierta está repleta de tiburones. ¿Qué ordena hacer?

-¡Tírelos por la borda, tírelos! Espere. Pero no ahora. Por la noche. De manera que no lo vean desde los barcos soviéticos. Y mañana empiecen a pescar de nuevo.

«Está completamente loco -pensó para sí el piloto y subió a cubierta-. La carne de los tiburones muertos atraerá a otros y muy pronto reuniremos aquí a todos los tiburones, del Atlántico y del Pacífico.»

¡ALLÓ! OIGAN Y MIREN

Mischka Bórin se sentía abatido por no poder mostrar a sus amigos la pantalla de su televisor, en la habitación del estado mayor no permitían la entrada a los extraños. ¡Sólo pensarlo, ver cómo pescan tiburones! ¿Y la caída de Scott por la borda del barco? ¡Qué bien le dio aquél con la cola!

A Scott ni le pasó por la cabeza de que en los barcos soviéticos había instalados «radioojos» que veían todo lo que sucedía en el *Urania.* La flotilla soviética se había situado formando un triángulo, en el centro del cual se encontraba el *Urania.* Lo observaban desde todos lados. Cada movimiento de Scott y su tripulación se reflejaba en la pantalla.

-¿No podrían mis amigos ver esto? -decía Mischka a su padre.

-Lo verán, espera un poco. Muy pronto vamos a organizar la transmisión. Lo verán todos en sus televisores, y también el público en el cine. En cuanto lleguen los científicos, geólogos y arqueólogos, empezarán las expediciones submarinas del teleojo y entonces organizaremos toda una serie de sesiones públicas.

Los científicos no se hicieron esperar mucho. A los dos días Mischka vio en la

pantalla un gran hidroavión que amaraba cerca del pesquero. En Moscú era cerca del mediodía, y en el océano Atlántico los primeros rayos del sol doraban la superficie del océano y las alas del avión.

Inmediatamente rué bajada una chalupa del pesquero y los científicos fueron transportados a bordo del barco. El primero en subir a cubierta fue el arqueólogo Chúdinov. En nada se parecía al tipo de viejo científico que se representa a los arqueólogos en las novelas. Era aún joven el profesor de historia de la cultura material. De buena presencia, rápido, vivo y alegre, más parecía un deportista profesional. El geólogo Právdin tenía aspecto de persona ya mayor. A duras penas subió la escala del portalón y andaba un poco cojeando: algunos años atrás se había despeñado de lo alto de unas rocas en el Pamir y había quedado cojo. Ya en cubierta, sin embargo, esto no le privaba de moverse continuamente, por lo visto era de carácter nervioso.

Después de los saludos mutuos, los recién llegados fueron invitados al comedor. Y el hidroavión tomó en seguida la ruta de regreso. El barómetro bajaba y tenía prisa para llegar a cubierto en la bahía de Cabo Verde.

Los científicos principiaron por un metódico reconocimiento del fondo del mar con ayuda del ecoscopio. Al mismo tiempo fueron bajados los proyectores y el teleojo. La profundidad marítima descubría sus secretos paso a paso. Examinaron atentamente la cortada cima de la montaña y las ruinas que había en ella, y que posiblemente eran parte de la gran ciudad situada más abajo en la meseta. Este pico cortado se encontraba tan sólo a treinta metros de profundidad.

-El mejor objetivo para la transmisión -dijo Bórin-. Empezaremos con esto.

Bórin en Moscú y Gínsburg en el pesquero en el océano Atlántico mantenían constante contacto por radio durante el ajuste de la transmisión. Mischka avisó por teléfono a sus amigos para que «prepararan la recepción», dándoles al mismo tiempo consejos técnicos.

Muy pronto en las «Noticias», que salían al mismo tiempo en cuenta centros industriales del país, apareció un anuncio sobre el próximo ciclo de emisiones de televisión «desde el fondo del océano Atlántico». Toda la población fue ampliamente informada por radio. Una de estas informaciones fue captada por Pouers. Inmediatamente lo comunicó a Scott.

-Resulta que ellos transmiten por radio y televisión -dijo Scott-. En cuanto a mí no tengo ninguna duda de que lo hacen. Sólo usted es impotente.

Pouers replicó impetuoso y empezó a hablar sobre la técnica de la televisión, de la cual, Scott no entendía muchas palabras.

-Usted debe comprender, mister Scott -dijo Pouers- que yo sólo no puedo lograr resultados superiores a los alcanzados por la técnica moderna.

-¿Quiere decir que la técnica soviética ha adelantado a la americana?

-Nuestra técnica de la televisión se desarrolló, con gran rapidez antes de la crisis -aclaró Pouers-. En abril del año 1927 la compañía de telégrafos y teléfonos Bell ya demostró la posibilidad de ver al interlocutor durante las conversaciones telefónicas. Al año siguiente Berd demostró la transmisión trasatlántica. Los pasajeros del barco *Berngaria,* navegando por el océano pudieron ver los rostros de personas que se bailaban en Londres. El mismo año Berd demostró la televisión en color. La «General Electric Company» demostró la retransmisión de escenas de la ópera por radio y por cables, los oyentes veían a los artistas. La Radiocorporación americana inició una emisión televisada desde su estación de radio en Nueva York, y la compañía Westinghouse en el año 1928 empezó la retransmisión de películas de cine. En el mismo año 1928 se creó la corporación

especial Djenkins con un capital de diez millones de dólares.

-No me interesa en absoluto esta historia del desarrollo de la televisión -atajó Scott.

-La lástima es que precisamente con esto termina la «historia» -respondió Pouers-. La crisis económica frenó el ulterior desarrollo de la televisión en Europa y América. Por otra parte los científicos y técnicos soviéticos continuaron trabajando y... por lo visto, nos han sobrepasado.

-Espere, Pouers. Yo lo que no entiendo es esto: usted ha captado el anuncio sobre la próxima sesión televisada. Seguramente que nuestra estación podrá captarla. ¿Entonces, por qué usted no ha podido captar hasta ahora no sólo la emisión televisada, sino tampoco la emisión por radio desde estos barcos hasta su estado mayor en Moscú y desde el estado mayor hasta aquí?

Pouers volvió a encogerse de hombros.

-¿Significa esto que se han burlado de nosotros -preguntó Scott- y yo no podré ver ni oír nunca lo que ellos transmiten en secreto?

-Por lo visto así es.

-¡No, no puedo resignarme a esto! -gritó Scott-. Llamaré a los mejores especialistas de América, Inglaterra e Italia, pero lo lograré. Oiremos y veremos sus emisiones.

Pero cuando estas empezaron Scott tuvo que aceptar que Pouers tenía razón.

La primera sesión fue una conferencia del ingeniero-inventor Bórin sobre los avances de la radiotécnica soviética. Bórin repitió casi palabra por palabra algunas de las frases de Pouers.

-Como ya saben ustedes -dijo Bórin-, en el primer período de desarrollo de la televisión se utilizaban métodos mecánicos de descomposición de las imágenes con ayuda del llamado disco de Nipkow, de los espejos poliédricos, del «bombo de Weyler», de la hélice espejo, etc. El sistema óptico mecánico tenía en sí un defecto orgánico a causa del cual el televisor se ahogaba por falta de luz. Debido a esto las primeras pantallas eran de medidas microscópicas: nueve por doce centímetros, y como máximo, doce por dieciocho. La televisión por cátodos dio salida a esta situación...

Siguió Bórin exponiendo con lenguaje asequible los principios de construcción del iconoscopio... del cinescopio... Mischka recordó su «cuento». Sí, había en él muchas inexactitudes. El conferenciante que enseñaba a millones de oyentes era su padre, y él, Mischka, no sabía aún mucho de radio... Decidió que en el futuro tenía que subsanar esto mediante un «contacto más estrecho» con uno de los mejores científicos en materia de radio y televisión.

-...La luz reflejada por el objeto a transmitir -siguió Bórin-, cae en el mosaico del iconoscopio con ayuda del objetivo, actúa en su microscópicos fotoelementos y con ayuda de los rayos electrónicos se transforma en vibraciones eléctricas que en la onda ultracorta llegan al receptor.

»Todos los aparejos mecánicos: discos, motores, sistemas ópticos, resultan superfinos. El televisor se satura de una hizo mil veces más fuerte que en los sistemas mecánicos de transmisión del rayo de luz. Las imágenes pueden ser de mucho mayor tamaño.

»Y en cuanto a la recepción, también aquí fueron innecesarios los discos de Nipkow. La parte receptora es el cinescopio, que significa «observador del movimiento». El cinescopio es el mismo tubo catódico con la pantalla en el fondo, que se ilumina y se torna fluorescente bajo la influencia del haz electrónico. Esta imagen se puede observar en el espejo fijado en la pared interior de la cubierta del receptor y se puede proyectar también en una pantalla grande.

»Hace falta señalar también que en los anteriores sistemas la transmisión a grandes distancias -fuera con ondas largas o cortas- tenía que limitarse con una pequeña cantidad de elementos de descomposición de la imagen: de mil doscientos a mil cuatrocientos. La televisión catódica nos da setenta mil y más elementos. Es de justicia constatar que la televisión catódica como invento terminado, ha sido estudiada principalmente en América hasta los más mínimos detalles.

»Pero la crisis económica impidió su desarrollo en el oeste, mientras que nosotros...

-En una palabra, los bolcheviques se aprovecharon -murmuro Scott.

Y como contestando a esto, continuó Bórin:

-En el proceso de asimilación de la técnica extranjera, nosotros la hemos reconstruido fundamentalmente, la hemos perfeccionado y, en algunos casos modificado casi por entero. No nos limitamos a ser unos sencillos copiadores. A la experiencia de la técnica extranjera, nuestros inventores añadieron su perspicacia. Y como resultado, nuestra televisión que en un tiempo era muy atrasada, ahora está a la cabeza de la técnica mundial.

»Tenemos derecho a estar orgullosos también de aquello que no mostramos ahora en la pantalla, pero a buen seguro todos sabemos: la amplia utilización de la televisión. Tenemos televisores no solamente para la transmisión de imágenes a distancia. Ellos dirigen nuestras naves en hogares peligrosos, siendo ellos como centinelas alertas que avisan de la proximidad de rocas submarinas, hielos flotantes, submarinos. Nuestros pilotos van equipados también con teleojos. ¿Y han oído ustedes de la utilización de televisores en la pesca a grandes profundidades? El televisor nos permite ver incluso en la más absoluta oscuridad con ayuda de los invisibles rayos infrarrojos, la penetración de los cuales es dieciséis veces mayor que la de la luz blanca. Esto fue descubierto por Berd, no tengo nada en contra. Pero que viera ahora Berd en qué ha quedado su descubrimiento y lo que nosotros hemos aportado a él. Y sobre todo, cuan ampliamente hemos introducido esto invento en la vida práctica.

»Y no hablemos de la utilización de la televisión en la técnica de la defensa. Su importancia es enorme. Sin embargo hago hincapié en ello, para nosotros esto sirve para la defensa y no para la guerra agresiva. Los televisores son los guardianes que vigilan nuestras fronteras.

»La televisión catódica ha dado al hombre la posibilidad de ver casi todo. Ya ahora pueden ver en la pantalla cómo se construye una presa en Yenisey, cómo trabaja una instalación solar en Turcmenia, motores de gas en los *volcanes* de Kamchatka. Se acerca el momento en que las instalaciones retransmisoras penetrarán hasta los más alejados rincones del globo terrestre, y entonces tendremos realmente a todo el mundo ante nuestros ojos. Ha llegado el comienzo de esta era. Ustedes desde Sarátov, Bobruysk, Viazma, ¡desde los sovjoses en las estepas! ¡Vean! Ante ustedes el lejano océano Atlántico. Van a descender «al fondo del mar» y viajarán bajo el agua sin mojarse los pies. ¡Oigan, miren! Empezamos.

-¡Tú, tú, no quiero ni verlo! -Scott blasfemaba como un carretero vulgar.

Andaba agitado por la pequeña habitación, escupía, encendía un cigarro y en seguida lo tiraba, y al mismo tiempo miraba involuntariamente hacia la pequeña pantalla, del televisor. Una mala pantalla con imagen deslucida... Un trasto viejo... ¿No era ultrajante?

Scott se acercó a la portilla y miró cómo los marineros dirigidos por Gínsburg bajaban al agua cuidadosamente una gran esfera metálica que brillaba con los cristales del objetivo y los proyectores.

Scott no pudo contenerse y echó una mirada a la pantalla de su televisor. Vio un débil centelleo de la imagen. De nuevo se volvió y miró a través de la portilla. La esfera ya estaba hundida en el agua. El cable descendía lentamente...

«La excursión por el fondo del océano» había empezado. Ahora Mischka podía compartir su alegría con sus camaradas y millones de espectadores que como él estaban pendientes de las pantallas de sus televisores. Enormes cines en los que cabían hasta veinte mil espectadores se retransmitía esta sesión televisada. Ellos veían el azul del mar, la blanca espuma de las olas, las oscuras siluetas de los barcos, los tubos amarillos con bordes negros, los mástiles de las estaciones de radio. Muchos reconocían los navíos y se preguntaban:

-¿Y el cuarto de dónde ha salido? ¿Con bandera extranjera? ¿Qué hace allí?

De pronto dio la sensación de que el mar, el cielo y los barcos subían hacia lo alto. El teleojo bajó al agua y la pantalla se cubrió de una niebla verdosa. Se veían, centellear menudos pececillos plateados. Volaban por entre las algas. ¡Un verdadero bosque submarino! Algunas algas se estiran hacia arriba esparciendo sus hojas como los chorros de un surtidor, otras, se extienden como largas cintas por todos lados. Y todo esto va subiendo pausadamente. Los pequeños peces han sido reemplazados por otros más grandes, las algas van tornándose pardas, de un rojo oscuro. El sumergido bosque se hace más espeso. Y de pronto de entre la espesura de las algas se eleva una blanca columna con el capitel roto, muy cerca de ella otra y otras y otras; todo un bosque de columnas. Los restos de un templo o de una plaza rodeada de columnas.

Parecía que las columnas volaban hacia arriba. Apareció un pedestal. Luego toda la columnata empezó a alejarse a un lado... Y los espectadores -«los viajeros submarinos»- vieron una estrecha calle. La vía, que había sido en un tiempo enlosada, se encontraba ahora cubierta por una espesa capa de limo. Pequeños edificios de piedra Sin techo. Posiblemente la catástrofe había sido acompañada de erupciones volcánicas. La caldeada lava había quemado los cabrios del maderamen y se habían derrumbado... El teleojo se metió en un pequeño patio. Se Veía el pórtico, columnas, restos de un surtidor y estatuas...

-De nuevo nos encontramos en la calle entre las pequeñas casas -se oyó la voz del «guía», el arqueólogo Chúdinov-, las calles van a salir a la plaza ante el templo. Éste se ha conservado bien. Tan sólo una profunda grieta ha partido el edificio en un ángulo de arriba abajo. La arquitectura tiene un cierto parecido a la egipcia.

»Esta parte de la ciudad se encuentra en la cortada cima de la montaña. La luz del sol aún llega hasta aquí y ustedes pueden verlo todo sin necesidad de proyectores. Cuando descendamos a mayores profundidades será necesario continuar la excursión con fanales... Ven ustedes una de las ciudades sumergidas. No son pocas las ciudades que como ésta, se encuentran en el fondo de mares y océanos. En el mar Negro, cerca de Jersonés, se halló hace mucho en el fondo del mar una ciudad parecida. Con ayuda del teleojo ha sido estudiada metódicamente. En 1933 el doctor Gártman descubrió con el teleojo una ciudad submarina entre Sicilia y África.

»Ustedes saben que los continentes se elevaron de las profundidades marinas y también algunos descendieron. Este proceso no ha cesado aún en nuestros días. En el océano Pacífico existió en algún tiempo un gran continente llamado por los científicos Pacífica. Ocupó casi toda la cavidad entre Australia y América del Sur. África se extendía lejos hacia el oeste y al este y, posiblemente se unía con las costas orientales de América del Sur. El continente entre África y Australia se llamaba Gondwana. Asia se unía en tiempos inmemoriales con América del Norte.

Y todos estos continentes se hundieron al fondo del océano. Pero lo que interesó sobre todo a los científicos fue la Atlántida...

»El filósofo de la antigüedad, Platón, que vivió cuatrocientos años antes de nuestra era, guardó para nosotros el relato de la desaparición de la Atlántida, que era mayor que "Libia y Asia juntas" -o sea el conjunto de las regiones conocidas en la antigüedad de Asia y África- y se encontraba al este de las columnas de Hércules, el actual Gibraltar.

»Según el testimonio de Platón, la Atlántida desapareció "en un día y una noche". Era una gran isla, todo un continente. Había allí enormes bosques, manadas inmensas de elefantes y otros animales. Como escribió Platón, los habitantes de la Atlántida "dos veces al año recogían las cosechas de la tierra, utilizando durante el invierno las aguas del cielo, y en verano el agua que da la tierra por medio de canales".

»Toda la Atlántida estaba dividida en diez reinos que estaban bajo el poder de un clan. Así vemos que en la Atlántida existía una cultura antiquísima, milenaria y anterior a la aria.

»Decenas, centenares de científicos han hecho acertadas suposiciones sobre dónde había existido la semilegendaria Atlántida. Geólogos, botánicos, lingüistas y zoólogos hicieron aportaciones en el estudio de este interesantísimo problema. Nosotros hemos tenido la suerte de descubrir otra ciudad sumergida y de esta manera mostrar otra antiquísima página de la historia de la humanidad. Nosotros, ahora, nos unimos a los atlantodólogos, y es posible que consigamos alumbrar algunos puntos oscuros de la historia antigua, exactamente igual que iluminamos con el proyector del teleojo las oscuras profundidades del océano...

El orador calló. En este momento el teleojo se deslizaba suavemente por la pendiente de la montaña entre majestuosas estatuas. Iba oscureciendo gradualmente. De pronto se encendieron las luces de los proyectores. Aparecieron algas rojas. Sus largas y anchas cintas estaban inmóviles. El viento del elemento acuoso -el movimiento del agua- casi no llegaba aquí, al igual que la luz natural.

Los espectadores vieron un ancho camino que iba hacia la cúspide de las montañas, hacia la fortaleza o palacio real. A ambos lados del camino habían enormes estatuas de piedra bastamente talladas. Héroes o dioses de largas cabezas miraban amenazadores desde sus amplios pedestales hacia el este. Posiblemente que de allí en algún tiempo había amenazado el peligro a la ciudad hundida y latí estatuas guardianes tenían la misión de asustar al enemigo.

-Haremos todo lo posible para descifrar estas inscripciones -dijo Chúdinov.

En mitad del camino había un barco hundido. Su casco estaba cubierto de crustáceos. El televisor, saltando por encima de la nave siguió flotando por las calles y plazas de la ciudad sumergida. El camino estaba cortado por una enorme hendidura de la cual sobresalían los mástiles de otra nave hundida. A los dos lados de la grieta había estatuas...

El «PT-118» -o sea el barco pesquero *Sergo Ordjoniquidze*- avanzaba, maniobraba a la izquierda, a la derecha, allí hacia donde indicaba Chúdinov, que ahora era el capitán.

La ciudad sumergida se extendía enormemente descendiendo más y más por la suave pendiente.

Por fin el televisor alcanzó los límites de la ciudad, un gran puerto con un malecón de piedra y rompeolas.

-Fíjense -siguió la voz del conferenciante-, ¡en el puerto hay varias naves! ¿No es asombroso? Se fueron a pique al mismo tiempo junto con la ciudad y el puerto. Es posible que estén petrificadas ya que han pasado miles de años bajo el

agua.

Aquí se oyó otra voz:

-¡Camaradas! Mientras admiran este puerto en el fondo del océano, permitan al geólogo hablarles...

«Éste es Právdin» -pensó Mischka.

-El camarada Chúdinov ya les ha contado algo sobre las oscilaciones de la corteza terrestre. El estudio de estas oscilaciones no sólo tiene interés histórico. Las elevaciones y descensos de la corteza terrestre tienen lugar en un término de tiempo mucho más corto de lo que muchos se imaginan. En Murmansk, por ejemplo, yo he tenido ocasión de escuchar las quejas de los marinos sobre la inexactitud de los mapas marítimos: en ellos, dicen, no están indicados algunos bancos submarinos, rocas, y por esta causa embarrancaron varios pesqueros de nuestra flota.

»Yo tuve que salir en defensa de los viejos mapas de pilotaje. Para su tiempo estos mapas eran exactos, pero en menos de cien años las costas de Murmania y el fondo del mar se habían elevado. Y es posible que en un futuro geológico no lejano aparezcan en Murmania nuevas grandes parcelas de tierra firme que ahora se hallan cubiertas por el mar. La amplia zona acuosa lindante con la parte norte de la costa de Murmansk, fue alguna vez tierra firme. Midiendo el fondo del mar se puso de manifiesto la existencia de anchos cauces de ríos que en algún tiempo corrieron por la superficie de la tierra...

»Otro ejemplo. En Nueva Zembla, en las cimas de algunas montañas se encuentran maderos relativamente frescos llevados generalmente a las islas por las corrientes marinas. ¿Cómo pudieron estos troncos llegar a las cumbres de aquellas montañas? Está claro que en un no muy lejano pasado estas montañas apenas sobresalían del agua. Así que en el Norte la geología trabaja a nuestro favor. Por el contrarío en la parte noroeste de Europa tiene lugar un proceso inverso, el descenso del continente. Pocos son los que saben esto, y los científicos europeos se callan este hecho. Mientras tanto a Holanda y parte de Bélgica les amenaza este peligro. Si este proceso continúa con la misma rapidez, es posible que dentro de ciento cincuenta o doscientos años estos países se encuentran irremisiblemente bajo el agua...

Durante la última frase Mischka oyó claramente un ruido extraño. Y al instante oyó a su espalda cuchichear a Chúdinov y a Makóvskiy. Luego Chúdinov dijo en voz alta:

-¡Camaradas! Con esto tendremos que terminar la sesión de hoy. En el océano empieza una tempestad. El barómetro baja rápidamente. Ustedes, claro, no se mojarían por la lluvia en este viaje submarino, pero el caso es que el viento empieza a soplar fuerte y en el pesquero desde el cual se sostiene el teleojo se empieza a notar un fuerte balanceo. El cable puede romperse. Lo subimos a bordo...

El puerto con sus naves hundidas en el fondo del océano empezó a alejarse en el oscuro abismo. Por un instante brilló la superficie del océano con las enfurecidas olas y las naves balanceándose en ellas, resplandeció un relámpago y se apagó la pantalla.

-Camaradas -se ovó la voz de Chúdinov-. Con tiempo comunicaremos sobre la siguiente ex...

Ningún film produjo nunca en los espectadores el efecto de esta «excursión submarina» También mister Scott estuvo todo este tiempo mirando, la pantalla de su televisor. En cuanto se apagó la pantalla Scott se levanto, encendió un cigarro y dijo:

-¡Demonios, cuánto dinero se hubiera podido ganar con esto en América!

Se fue a su camarote, se tomó un whisky y se sentó pensativo.

SENSACIÓN MUNDIAL

La radio empezó a hablar: La estación parisina retransmitía la opinión de un célebre científico francés sobre el descubrimiento de la ciudad sumergida.

-El descubrimiento de la ciudad submarina por la expedición soviética no es en el sentido literal de la palabra un descubrimiento. Es el resultado de un cálculo científico basado en la fidedigna confrontación de unos datos.

El orador siguió con la exposición de ejemplos de cómo los científicos habían anteriormente advertido la existencia de elementos químicos aún no conocidos en la superficie del océano, y de cómo estas previsiones se habían justificado.

-Ésta es la fuerza de los métodos científicos correctos. El geólogo recorre centenares de kilómetros por el desierto. Inesperadamente se para y, basándose en indicios incomprensibles para el profano en la materia, dice: «Aquí debe haber oro, agua, hierro». Se cava y se encuentran. Exactamente así fue descubierta la Atlántida. Los barcos soviéticos navegan desde Murmansk hacia el océano Atlántico, surcan sus inmensos espacios, escogen un punto, sondean y bajan el televisor: aquí debe encontrarse el continente sumergido con los restos de cultura humana. Y encuentran lo que buscaban...

¡Si Scott hubiera podido oír cómo se reían Chúdinov y Právdin, escuchando esta información!

-¡Excelente! -pronunció Chúdinov-. El profesor Misho vierte agua a nuestro molino. Yo fui modesto y no dije que el descubrimiento de la ciudad sumergida era el resultado del cálculo y previsión científica. ¡Bien, más honra para nosotros!

También en Moscú, en el cuartel general se rieron. Barkóvskiy dijo:

-Ahora nuestra expedición está justificada ante la opinión pública mundial. Hemos hecho sensación. Todo el mundo seguirá con atención nuestro trabajo. Excitaremos más el interés informando de tiempo en tiempo sobre nuevos descubrimientos arqueológicos, y de ellos no estaremos faltos. Así el objetivo principal de la expedición quedará a cubierto.

-Sólo de una cosa tengo miedo -añadió Kiríllov-, que este «descubrimiento» no nos traiga al lugar de la expedición a más barcos extranjeros con arqueólogos. Pueden estorbarnos. Ya tenemos bastante con Scott.

-Sus temores son exagerados -respondió Barkóvskiy-. ¿Qué país capitalista va ahora a gastar dinero en una expedición? Además, una expedición así no se organiza tan pronto...

-Sin embargo Scott...

-Scott es otra cosa. Su objetivo aún no lo sabemos. Claro que no busca la ciudad sumergida. Lo más probable es que también vaya detrás de las tablillas de Jurgés. Si tuviéramos la suerte de saber cómo descubrió este secreto...

-¿Por qué no me dejan que lo averigüe? -propuso Azores-. Yo tengo ya alguna práctica en investigación. Denme un hidroavión y volaré a América en busca de las huellas de mister Scott.

-No será un hidroavión, sino el dirigible metálico *TS-seis* -se oyó inesperadamente por el micrófono una voz desconocida hablando en inglés.

-¿Qué transmisión es ésta? -exclamó Azores mirando a Makóvskiy. En el rostro del capitán se reflejó la alarma. ¿Sería posible que Scott hubiera interceptado y oyera su conversación conspirativa?

Pero Gínsburg sonreía enigmáticamente.

-¿Quién es usted? -preguntó Azores por el micrófono.

-Soy una persona que vuela por el cielo -contestó la misma voz.

-¿Eres Karpílovskiy? -gritó Gínsburg al micrófono por detrás del hombro de Azores.

-El mismo -ya en ruso respondió la voz.

-Es nuestro oceanógrafo -aclaró Gínsburg-. Viene hacia acá en el dirigible *Tsiulkovskiy-seis,* para estudias oceanografía. Hace dos horas me comuniqué con él.

-Y nosotros, desde el dirigible hemos tenido ocasión de realizar junto con ustedes la excursión submarina -respondió Karpílovskiy-. ¡Excelente retransmisión!

-Bien, ¿y que dice sobre mi viaje a América? -preguntó Azores.

-Pues creemos que puedes intentarlo -respondió desde Moscú Barkóvskiy-. El dirigible efectúa la ruta trasatlántica. Bajará Karpílovskiy a vuestro barco y tú puedes, ocupar su lugar.

-¡De acuerdo! -Azores se frotó las manos: le gustaban las aventuras.

Los temores de los investigadores soviéticos no tenían fundamento: la estación de radio de Jurgés conservó su secreto. Ni Scott ni nadie en el mundo capitalista sabía nada de las placas de Jurgés.

Scott continuaba pensativo sentado en su camarote. La transmisión televisada del fondo del mar con la ciudad sumergida y la conferencia del arqueólogo no le habían convencido de que la expedición soviética estuviera aquí sólo para la investigación científica.

¿Quién gasta ahora tanto dinero en arqueología? ¡El diablo entienda a esos bolcheviques! ¿Es posible que en realidad no sepan nada de la existencia de los tesoros, hundidos? ¡Y por qué lo habrían de saber!

Scott se puso de buen humor y tomó otra copa de whisky, esta vez ya no por estar afligido sino de alegría. Sus rojos párpados se cerraban. Mecido por el balanceo empezó a dormitar. Un golpe inesperado que hizo estremecer la nave despertó a Scott. «¿Qué sucede?» De la somnolencia y la embriaguez no quedaros rastros. Scott sabía dominarse en presencia de cualquier sorpresa. Se levantó precipitadamente, se fue al lavabo y roció la cabeza con agua fría, luego, agarrándose a las paredes -aumentaba el balanceo-, salió a cubierta.

Una enorme ola saltó por la borda. Una cresta de blanca espuma salpicó a Scott mojándole de pies a cabeza. El capitán del *Urania* y el del pesquero soviético se insultaban mutuamente chillando como locos.

-¿Qué chillas, rata apestada? -gritaba el capitán del pesquero-. Si ha sido vuestro barco el que ha chocado con el nuestro. ¡No veis de dónde viene el viento! Ya os teníais que haber apartado antes.

La riña continuó por algún tiempo, luego amainó: el ruido de las olas y el viento ahogaba las voces. Las cuatro naves estaban preparadas con las máquinas a punto para cualquier eventualidad. El viento desgarraba las espesas bocanadas de humo extendiéndolo por el oleaje, y el humo se mezclaba con el rocío formado por las salpicaduras de la espuma. ¡Dónde estaba el azul del océano! El cielo y la superficie del mar adquirieron un color siniestro azul oscuro hasta el mismo horizonte. No llovía aún, pero los relámpagos desgarraban las nubes y el fragor de los truenos era continuo. Su retumbar, aumentado por las altas olas, semejaba el bramido del enfurecido océano. Las anclas flotantes ya no aguantaban las naves. En una borrasca así era peligroso encontrarse tan cerca una de otra; con las olas y los embates del viento podían chocar y destrozarse. Y los barcos se separaron

apresuradamente en diferentes direcciones.

El balanceo iba en aumento. Los capitanes de los barcos ordenaron poner proa al viento y marcha a toda velocidad.

El viento era caliente. En unas horas secó el vestido de Scott.

-La tormenta se ha desencadenado -comunicó Makóvskiy al estado mayor-. Vamos a toda máquina al encuentro del viento.

-¿Y cómo les va a ustedes? -preguntó Gínsburg a Karpílovskiy.

-Puede verlo -respondió éste.

Y en la pantalla Gínsburg vio una parte del camarote de pasajeros del dirigible. A través de una gran ventana ovalada se veía el cielo sin nubes. El sol iluminaba el rostro del joven oceanógrafo. Sus dorados cabellos parecían arder, sus ojos estaban entornados por la viva luz.

-Si no fuera por la pierna también yo volaría en el dirigible -suspiró Mischka, que también había visto en su pantalla a Karpílovskiy.

-Así vamos nosotros -siguió Karpílovskiy-. Vemos la borrasca debajo nuestro. Si quieres puedo mostrárosla. -Karpílovskiy inclinó el objetivo y, Gínsburg en el océano y Mischka en Moscú vieron las nubes que se arremolinaban debajo del dirigible. Surgían y desaparecían las culebras de los rayos por entre las nubes. De vez en cuando se oía el retumbar del trueno.

-Nosotros también caímos en la borrasca -prosiguió Karpílovskiy-. Pero nos fue más fácil que a vosotros salir de ella. Nos elevamos por encima de las nubes y, ya ven, de nuevo volamos a cielo descubierto. Encontramos una corriente de aire favorable y volamos sin motores totalmente a favor del viento.

-Pues aquí hay un barullo... ¿Oyes? -Karpílovskiy y Mischka oían cómo silbaba el viento, cómo retumbaban los truenos y el sonido apagado de las olas al golpear el casco del barco.

-¡Como si mil diablos estuvieran cocinando!

Se apagó la pantalla, calló el sonido. En la habitación de Mischka se hizo tal silencio que se oía el tic-tac del reloj en el ángulo de la pared. Todos los miembros del estado mayor ya se habían ido.

Mischka se recostó en la almohada y cerró los ojos. Las impresiones de este día le habían fatigado. El viaje submarino, la tormenta en el océano... El vuelo sobre las nubes..., la conversación de personas que se hallan a miles de kilómetros unos de otros... Todo esto parecía una quimera. Y Mischka empezó a soñar.

Cuando sea mayor Mischka tendrá amigos en América del Sur, en Australia, en Spitzberg, en Zelandia y en la Tierra del Fuego. Los escolares estudiarán geografia en la pantalla del televisor. Verán cómo en las montañas del Atlas la gente instala tubos enormes para crear huracanes artificiales, motores de «vientos eternos», cómo penetran los rompehielos por la gran ruta marítima del Norte y cómo los dirigibles y aviones conquistan el helado continente de la Antártida. Ejércitos de trabajadores desbrozan las junglas tropicales para crear en ellas puntos habitables. La unión económica mundial sin trabas ni fronteras. ¡Qué atractivas perspectivas! ¡Qué vida más interesante!

Y Mischka se durmió con estas ilusiones.

LA VISITA DEL MÉDICO

-Bien, ¿cómo nos sentimos? -oyó Mischka una voz conocida.

«Ah, es el médico...»

-¿Vio usted la ciudad submarina? -preguntó Mischka al abrir los ojos.

El médico sonrió.

-Vi tan sólo un pequeño rincón del mundo submarino, querido. No pude ver más: tuve una llamada urgente, había que operar. Otra vez lo veré. Los enfermos de mi sala todos lo vieron. Para ellos fue una gran diversión, al igual que para ti, claro. ¿Pero por qué no respondes a mi pregunta?

-Doctor, yo ya hace tiempo que estoy bien -dijo Mischka-. Y en vano me tiene usted tanto tiempo en cama.

-¡Pero si acostado realizas estupendos viajes submarinos!

-Sí, claro. Pero no es igual. Mi padre me prometió que en cuanto sane me dejará ir al barco en el Atlántico. Dentro de diez días sale un estratoplano. ¡Comprende, un estratoplano! Puede volar mil quinientos kilómetros en una hora, así que podré en un solo día visitar el barco y volver a Moscú. ¿No es maravilloso? ¿No cree usted que dentro de diez días ya podré levantarme?

-Pues veamos -respondió el médico y empezó a quitarle con cuidado el entablillado.

Palpaba, probaba de apretar la pierna.

-¿Duele? Pero di la verdad.

Le dolía, pero Mischka hacía esfuerzos para no quejarse y respondió con seguridad:

-No me duele nada. ¡Podría ahora mismo volver a y jugar a fútbol!

El viejo médico sonrió, movió la cabeza y añadió.

-Eres un paciente al que no se le puede creer. Dentro de tres días miraremos el hueso.

-¿De nuevo a los rayos X? -preguntó molesto Mischka.

-No, esta vez no hace falta -respondió el médico-. Ya no hace falta. A los rayos X le está suplantando otro aparato: el tubo catódico. Es una radiación de alta frecuencia. Estos rayos son absolutamente inofensivos para el organismo humano y al mismo tiempo permiten ver perfectamente lo que ocurre en el organismo.

»Recientemente, en el instituto de medicina experimental, en el laboratorio de climatología hemos realizado el siguiente experimento: Teníamos que aclarar si penetraban o no las ondas cortas luminosas a los órganos interiores de los animales a través de su lana y piel. Penetramos en las glándulas de secreción interna del animal objeto de experimentación, pusimos tubos de salida y por la cantidad de productos segregados por las glándulas. Nos proponíamos saber cómo reaccionaba el organismo a la radiación de diversas ondas de luz. Éste era un método muy imperfecto, ya que la alteración en el trabajo de las glándulas de secreción interna podía ser por otras causas. Y he aquí que un joven colaborador científico, Tolia Tomashkévich propuso lo siguiente: ¿por qué no poner fotoelementos cerca de los órganos abiertos? Luego coser la abertura y exponer el animal a la radiación. Si los rayos pasan a través de la lana, piel, músculos y huesos, y llegan a los fotoelementos, significará que todo va bien. Tan sólo faltará establecer el resultado de la irradiación. Y si colocamos en el organismo del animal un minúsculo televisor, podremos incluso observar el trabajo de los órganos internos.

-¿Y para qué todo esto?

-Con muchos fines. Pero ya merecería la pena aunque sólo fuera para establecer la dosis de irradiación. En nuestros parques zoológicos algunas veces es necesario dar a los animales «dosis complementarias» de luz. ¿Y qué longitud de onda luminosa debe ser? ¿Cómo traspasan, «penetran» en los animales? Sin necesidad de experimentar ya es evidente que exponer a radiación a un perro pelado africano es una cosa, y a un oso peludo, a una tortuga o un cocodrilo, otra

completamente distinta. Los veterinarios de los parques zoológicos tienen muchas dificultades en la dosificación. Algunos han llegado a la conclusión de que los animales no expuestos a radiación se sienten incluso mejor que los que han sido sometidos a ella. Pero al controlarse resultó lo contrario. Y el asunto está en que se hacían mal las radiaciones, y claro, algunas veces hacían más mal que bien. Lo mismo ocurre con las irradiaciones de las personas...

-Pero, ¿esto no es lo mismo que el teleojo? -observó Mischka.

-Sí, por ahora es sólo la utilización del fotoelemento -asintió el doctor-. El fotoelemento es el alma de la televisión. Y la televisión entra ya en nuestra práctica médica. Recientemente me comunicaron por radio que en un rompehielos que navegaba en los mares del ártico, sucedió un accidente con un fogonero, al cual le había caído una barra de hierro que le había aplastado una pierna. En el rompehielos había un cirujano bastante bueno, pero el caso era complicado y él pidió mi consulta de cómo llevar a cabo la operación. Nos ayudó en esto la televisión. Pusieron al herido ante el aparato y yo veía claramente la intervención en la pantalla. Con el cirujano estábamos unidos por medio del radiotelégrafo del barco. Y así fue como yo dirigí la operación desde Moscú.

-Todo esto es muy interesante -dijo Mischka-, pero dígame, ¿cuándo podré levantarme?

-No tengas prisa, te sobrará tiempo para volar en estratoplanos. Tienes mucho tiempo por delante. Cuando yo tenía tus años, el vuelo en aeroplano era una gran novedad. Ahora tú, al igual que yo en mi niñez, sueñas, con el estratoplano, pero tú seguramente serás más agraciado que yo. Es posible que llegues a volar en naves espaciales. Puede que vayas a la Luna o a Marte...

-Sabe -exclamó Mischka olvidándose de sus males-, ¡yo leí un proyecto extraordinario! El cohete sin viajeros ya ha efectuado vuelos, ¿no es así? Pues bien, el instituto de motores reactivos construye un cohete que podrá volar hasta la Luna e incluso sobrevolarla. El cohete será gobernado por radio. Y en él habrá aparato de televisión. Cuando vuele cerca de la Luna podremos ver su superficie completamente cerca. Y la otra mitad de la Luna...

El doctor sonrió bondadoso:

-Así, es posible que incluso yo vaya a otros planetas sin salir de mi gabinete... Bien, ten un poco más de paciencia. Transmite un saludo de mi parte a tus amigos del Atlántico.

La tarde de aquel día Mischka recibió una nueva noticia: El *TS-6* había llegado al lugar de reunión con los expedicionarios, pero no descendía debido a que en las capas inferiores de la atmósfera y en el mar continuaba la borrasca. El dirigible describía círculos por encima de las nubes. Mischka tenía miedo de dormirse y perderse el momento del descenso. Pero a pesar de todo se durmió.

TRANSBORDO EN EL AIRE

Despertó a las seis de la mañana.

Las cortinas de las ventanas estaban cerradas y Mischka pensó: «¿Qué tiempo hará?» De pronto oyó un trueno, ¡La tormenta del océano! Esto significa que el descenso no se ha efectuado aún. Aunque es posible que la borrasca esté ahora sobre Moscú, y allí en el Atlántico ya no la haya. La pantalla estaba apagada. Seguramente que Gínsburg está aún durmiendo dulcemente. Allí es un poco antes de medianoche. El tiempo de espera se hacía interminable. A las once Mischka oyó la alegre voz de Gínsburg.

-¡Buen día, Mischka! ¿Cómo está el tiempo en Moscú?

-Llueve y truena.

-¡Pues aquí es excelente! Ahora va a empezar el descenso. Transmite por teléfono a los componentes del estado mayor que se reúnan lo más pronto posible.

La pantalla se iluminó. Mótia procuraba que Mischka no se aburriera durante la espera.

La cubierta del barco, grandes olas en el océano. Sí, las olas aún no se han apaciguado. ¡Pero, qué sol más luminoso! ¿Dónde están los otros barcos? Durante la borrasca se habrán dispersado en diferentes direcciones.

-Mótia, enséñame el dirigible -pidió Mischka.

De pronto la cubierta de la nave y el mar se hundieron como si Mischka hubiera efectuado un looping en avión, y en el azul del cielo despejado vio el brillante «cigarro» del dirigible. Gínsburg dijo algo que Mischka no comprendió. En la pantalla del televisor sucedió un cambio. Ahora Mischka veía el mar desde gran altura, y el pesquero semejaba un punto en la vasta extensión del océano. Por lo visto Gínsburg había conectado a Mischka con el teleojo del dirigible.

Gínsburg y el radista del dirigible probaron los aparatos. Todo estaba en orden, y pronto todas las estaciones de la URSS notificaron sobre la próxima transmisión: «El descenso del dirigible». Miles de personas quedaron atentas a las pantallas de sus televisores.

En la pantalla se veía la cubierta iluminada por el sol, marineros con sus vestidos blancos, el capitán, los científicos y Azores con vestido de viaje: cazadora gris, pantalones cortos, una pequeña maleta en la mano y en el pecho la máquina fotográfica.

Luego otro cuadro: el pesquero visto desde el dirigible... los cuadros se alternaban. El negro punto humeante en la superficie del océano crecía hasta poder ver perfectamente la cubierta del pesquero, luego desaparecía y en su lugar aparecía el «cigarro» del dirigible. Se veían con todo detalle las góndolas, las hélices. El dirigible descendía rápidamente... El viento había cesado por completo y esto hacía más fácil la maniobra.

-¿Pero cómo es que va a descender hasta el agua? -preguntó Gínsburg.

-No -respondió Barkóvskiy-. Se pondrá encima de la cubierta y soltará la escalerilla.

-¿Y Karpílovskiy tendrá que bajar por ella?

-¿De qué te asombras? -oyó Mischka la voz del geólogo Právdin-. Los científicos soviéticos han dejado de ser ratones de gabinete. ¡Gran cosa, descender desde el aire por la escalerilla! ¡Tendrías que haber visto cómo nosotros, los geólogos, tenemos que trepar a veces a los picos helados!

La sombra del dirigible cubrió todo el barco. Los marineros se pusieron en fila por toda la borda. La chalupa estaba preparada para el caso de que fuera necesaria. Todos los marineros llevaban salvavidas. Había que preverlo todo a fin de que cualquier eventualidad no se convirtiera en accidente.

Un minuto más y la escalerilla está suelta por el aire. Se mueve por encima de la cubierta. Al dirigible se lo lleva un poco el viento y al pesquero la corriente. La escalerilla se movía en el aire sobre cubierta acercándose a la antena. De pronto desapareció la imagen y en seguida apareció de nuevo. Ahora la cubierta se veía desde arriba, desde el *TS-6.*

La escalerilla pasó rozando la antena. El dirigible tuvo que maniobrar en círculo y de nuevo la escalerilla apareció encima de cubierta cerca de la proa. Por la escalerilla descendía Karpílovskiy con agilidad.

En el dirigible pusieron en marcha todos los aparatos para la refrigeración del

gas. Descendió y antes de quería escalerilla tocara cubierta, Karpílovskiy saltó rodeado de los gritos de bienvenida de los que allí estaban. Azores tuvo tiempo de disparar una foto para perpetuar este momento. Después corrió tras la escalerilla. Todas las miradas estaban atentas al recién llegado olvidándose por un instante de Azores. De pronto Makóvskiy gritó:

-¡Espera! ¿Dónde vas, loco?

El borde de la escalerilla se arrastró rápido por la cubierta desde la popa a la proa del barco. Azores corría tras ella intentando alcanzarla.

-¡Espera! ¡El dirigible dará otro círculo! ¡Qué temerario!

Pero Azores ya se había agarrado de la escalerilla y subía por ella. Balanceándose, la escalerilla llegaba al saliente en la proa de la nave. Ahora se golpeará en él Azores. Todos lanzaron un grito, pero Azores, con la agilidad de un gato, siguió subiendo. A pesar de ello no tuvo tiempo de levantar las piernas y sus pies golpearon en la barandilla. Al mismo tiempo la escalerilla salió impulsada con Azores en ella y quedó colgando sobre el mar.

-¡Se caerá! -gritaron al mismo tiempo varias voces-. ¡A qué tanta prisa!

Se vio cómo Azores se dolía de las piernas.

-¡Se ha roto los pies!

-¡Miren, miren, está subiendo a fuerza de brazos!

Le ayudan desde el dirigible. El capitán ordena subir la escalerilla inmediatamente. Junto con ella es izado Azores. Un largo corredor en el *TS-6.* Azores intenta ponerse de pie y en seguida se sienta. Lo sostienen.

-Nada, no es nada -musita mientras intenta avanzar haciendo un esfuerzo-. Capitán, ¿dónde está mi camarote?

Así tuvo lugar el cambio de pasajeros en el aire.

El dirigible se elevó, dio un círculo por encima del pesquero y empezó a alejarse rápidamente.

-¿Cómo te sientes, Azores? -preguntó Makóvskiy.

-¡Estupendamente! Estoy bailando -respondió aquél intentando bromear.

Sin embargo, cuando el médico del dirigible examinó los pies de Azores dijo que el golpe había sido fuerte, aunque por suerte no había fracturas ni dislocaciones.

-Sin embargo tendrá que descansar hasta América -añadió el médico.

UNO CONTRA TRES

El océano se apaciguó y los barcos se fueron reuniendo.

La situación de la ciudad sumergida había sido fijada con exactitud. Pero las naves soviéticas circulaban y examinaban el fondo a considerable distancia de este lugar.

-Sospechosas maniobras -murmuraba para sí Scott. Él estaba atento a las maniobras de los barcos soviéticos y ordenó al capitán del *Urania* procurar siempre estar cerca de ellos. Con afectada amabilidad Scott gritó desde el puente con la bocina-: ¿Es que esperan encontrar en este lugar otra ciudad sumergida?

-Esto por ahora nadie puede decirlo -respondió con cautela el capitán del barco soviético.

Scott seguía observando. Después de la draga fue bajado el televisor. Pasaban las horas y el barco no se movía de aquel sitio.

-¡Echen nuestro aparato de televisión! -ordenó Scott y marchó a su camarote para ver en la pantalla. En ella se veía todo oscuro. Se veían pasar fugazmente algunos peces, a lo lejos algunos mástiles y chimeneas de barcos hundidos. Tres veleros y dos barcos... Los rayos del proyector del televisor soviético escudriñaban

cerca de los barcos.

-¡Así es! -exclamó Scott-. Ahora ya no hay duda posible. Buscan un barco hundido. Buscan al *Leviatán.* ¡Malditos! ¡Pero ya veremos quién llega primero!

Los barcos hundidos en este lugar eran de tamaño medio, y el teleojo soviético empezó a subir.

-Claro -calculó Scott-. Se han dado cuenta de que no es el *Leviatán y* ya nada les interesa. Barcos como el *Leviatán* posiblemente no hay más de dos o tres en el fondo del océano Atlántico... ¿Qué puedo hacer? Sus barcos están mejor equipados técnicamente. Verdad es que el *Urania* es más rápido, pero en este caso concreto no es una gran ventaja. Nuestra búsqueda no sobrepasa de los límites de cuatro a cinco kilómetros cuadrados. En realidad podría esperar tranquilamente el momento en que sus barcos encuentren al *Leviatán.* Luego... empezar a actuar, pero mejor sería hallarlo yo mismo. El que lo encuentre primero tendrá más ventaja.

Scott ordenó circular sin descanso por el lugar donde se suponía había naufragado el *Leviatán.* El teleojo flotaba día y noche por el fondo del océano. El capitán del *Urania* dividió el sector en el mapa en cuadrados de trescientos metros. Los cuadrados ya explorados eran marcados con una cruz.

Pero las naves soviéticas tampoco perdían el tiempo. Abandonando la ciudad sumergida, ellos también buscaban activamente al *Leviatán.*

-Dejemos para las viejas comadres el creer que a los bolcheviques les interesan los continentes y ciudades sumergidas -murmuraba Scott-. Ellos persiguen el mismo objetivo que yo, pero tienen superioridad de fuerzas: tres barcos. O sea, más posibilidades de éxito. ¡Pero ya veremos quién reirá el último!

Empezó una verdadera competición. El *Urania* y los tres barcos soviéticos surcaban el pequeño sector del océano en todas direcciones. Cuatro teleojos recorrían el fondo del océano. El buzo Prótchev pendía durante horas enteras en su góndola submarina con la ilusión de «reírse de todos los teleojos».

«Subir a la superficie un barco así también es un tesoro», pensaba Prótchev.

Recordaba los trabajos de recuperación de naves, y Cómo las mangueras «pipas» hacen bajo el casco de la nave pasos para las «correas» metálicas y las suben a la superficie por medio de pontones. En una ocasión Prótchev por poco no perece debajo la popa de un barco empotrado en la arena. ¡Cuántas veces había visto a la muerte! Y a pesar de todo, ama su profesión y no la cambiaría por otra cualquiera.

-¡Con tal de hallar al *Leviatán*!

Pero al enorme buque parecía que se lo había tragado la tierra.

Scott estaba nervioso. Uno contra tres. No, no eran sólo tres, sino toda una potencia. Hace falta pensar algo para igualar las posibilidades. Se pasaba horas enteras paseando de un lado a otro por el camarote, y al fin tuvo una idea.

-Sí, esto será más seguro -dijo para sí y mandó llamar al buzo japonés. Entre ellos tuvo lugar una larga conversación. El japonés protestaba, no quería. Era muy peligroso: estaba lleno de tiburones...

-Tonterías -objeto Scott-. Los tiburones se fueron después de la tormenta. Hace tiempo que no se ve ni uno. El buzo soviético desciende cada día.

-Pero yo mismo he visto tiburones -perseveraba el japonés.

-¡Usted está acostumbrado a bucear sólo en el baño -gritó irritado Scott-. Cada profesión tiene sus peligros. ¿Acaso los tiburones no atacan a los pescadores de perlas? Tendrá su cuchillo... Además, el vestido de buzo tan duro...

-El tiburón puede cortar las mangueras, desgarrar el vestido...

-En una palabra, ¿usted se niega? -empezó a chillar Scott encolerizado por este

«sabotaje». No estaba acostumbrado a tales protestas de las «personas compradas».

No, el japonés no se negaba. Sencillamente, subía el precio. A más peligro, más dinero. Scott suspiró con alivio. Si solamente era eso... Y empezaron a regatear.

Oh, mister Scott sabía regatear: dos veces el japonés estuvo en la puerta y regresó, tres veces lo hizo volver Scott, y finalmente se entendieron. Scott pagó por adelantado la mitad de la cifra fijada.

-El resto lo recibirá cuando cumpla la tarea.

El japonés contó minuciosamente el dinero sin prestar atención a que tal falta de confianza «ofendía» a Scott, lo dobló con cuidado, se lo puso en el bolsillo y salió.

LA BÚSQUEDA DEL TELEOJO SUMERGIDO

Aquella misma noche sucedió algo inesperado: de pronto se apagó la luz en la pantalla.

Gínsburg, que estaba de guardia cerca del televisor, decidió que se había averiado. ¿Se habrían quemado los contactos? Dio parte al capitán y pidió detener el barco.

Comprobaron los cables hasta la misma borda. Estaban en buen estado. Por lo visto se había averiado algo en él aparato. Sería necesario subirlo. La grúa empezó a trabajar más rápido que de costumbre.

-Mal va la cosa, parece que se ha desprendido el teleojo -dijo Gínsburg con agitación. Como confirmación a estas palabras, salió del agua el final del cable... El teleojo había quedado en el fondo del océano.

-Posiblemente fue un tiburón.

-Tiburón o no, hay que buscar el teleojo -respondió Makóvskiy.

Tuvieron que bajar el segundo televisor.

El viento y la corriente podían alejar al barco del lugar de la avería y Makóvskiy ordenó poner una boya.

Empezaron a buscar el aparato hundido. Gínsburg se fue corriendo a la pantalla. En ella se veían pliegues rocosos, grietas, pequeños picos: el típico paisaje montañoso. ¡Como adrede había caído el teleojo en este lugar tan poco abordable! No será fácil hallarlo, ya que el globo pudo rodar hasta alguna de las profundas hendiduras. Toda la noche Gínsburg «rondó por el fondo». A cada momento exigía frenar la marcha del barco, seguir un poco adelante o girar a la derecha, bajar el cable o subirlo. Era un trabajo agotador para todos. Algunas veces se dibujaba en la pantalla un pico cortado. El teleojo iba derecho hacia él; las partes salientes del objetivo y proyector podían romperse. Y Gínsburg procuraba evitar el choque.

-¡Stop! ¡Marcha atrás! -gritaba.

Todo el pie del pico fue explorado. Gínsburg empezó lentamente el ascenso del aparato. Una de las rocas parecía un pan de azúcar. En ella había salientes afilados en los cuales podía haberse enganchado el teleojo al rodar. Fue necesario examinar cada saliente, cada hendidura. El rayo de luz del proyector subía más y más. Se veían más precisas unas rocas a lo lejos a pesar de que en ellas no caía la luz del proyector. Atareado Gínsburg se había olvidado del tiempo. «¿Por qué se iluminan aquellas rocas?», pensó. Casualmente miró su reloj y se dio cuenta de que estaba cerca la salida del sol. Un rayo oblicuo traspasaba el espesor del agua y a cada minuto que pasaba las rocas se iluminaban más vivamente. Pronto se podría apagar el proyector. Pero se apagó automáticamente al disminuir la

presión del agua.

«Esto quiere decir que está muy cerca de la superficie», pensó Gínsburg.

Aquí, a la altura de la cumbre submarina, el «paisaje» era más variado. Aparecieron peces. La cima estaba cubierta de algas. El pequeño oleaje llegaba a estas profundidades y las algas se balanceaban levemente, como agitadas por el viento matutino. Rojos corales se ramificaban como astas de ciervos. En las laderas se veían estrellas de mar rojas, color naranja y amarillas. Se arrastraban por ellas los cangrejos.

-¡Helo aquí! -gritó Gínsburg.

-¿Qué, lo encontraste? -preguntó el capitán.

-No -respondió Gínsburg, decepcionado.

-¿Y qué chillabas?

-Me pareció verlo. Es una chalupa vuelta al revés. De lejos parece el globo del teleojo. En la chalupa hay algo. ¡Un pulpo! Se ven sus tentáculos. Está cazando cangrejos. Ha cogido un pez. Ya tiene para desayunar. ¡Lástima que no vea esto Mischka! Transmite a Moscú, Makóvskiy.

-¡Un pulpo! ¡Un pulpo! -exclamó Mischka. Hacía rato que se estaba aburriendo sin la televisión.

-¿Por qué se han retrasado hoy con la transmisión? -preguntó a Makóvskiy.

-Estábamos ocupados -respondió Makóvskiy-. Transmite al estado mayor que tenemos una gran avería: se rompió el cable del teleojo. Ahora lo estamos buscando.

-¿Verdad que es interesante? -oyó Mischka la voz de Gínsburg-. Pues me he pasado toda esta noche buscándolo.

-¿No lo encontraste aún?

-No.

-Seguramente estarás cansado y ya no ves nada -interrumpió Makóvskiy a Gínsburg-. Habrá que relevarte.

-¡Por nada del mundo! -respondió Gínsburg.

-Entonces deja a los pulpos y busca el televisor -ordenó con severidad Makóvskiy.

-Los pulpos son también interesantes -intervino Karpílovskiy.

Todos los científicos estaban agrupados cerca del televisor. Makóvskiy abrió los brazos con gesto de impaciencia.

-¡Sólo faltaba esto! No, esto así no puede continuar. O expedición científica, o…

-No se inquiete, Makóvskiy. Nos darán un barco para nosotros, para los científicos -pronunció Chúdinov en tono tranquilizador.

-Esto será lo mejor -respondió el capitán.

-Con ustedes es difícil no ponerse nervioso. Tengo que hallar el teleojo. Y a ustedes les interesan los pulpos. Gínsburg, procura dar un rodeo con el teleojo y mira el nombre de la chalupa.

-¡Dé un poco marcha atrás! ¡Stop! ¡Basta! ¡Ah, diablos! La roca estorba. Se ve mal. Ahora lo leeré… Le-le-vi…

-*¡Leviatán!* -gritó el capitán-. Seguro que es una chalupa del *Leviatán.* Resulta que estamos cerca del objetivo. ¡Buen hallazgo! Sin embargo hay que hallar el teleojo.

-Y aquí algo no muy agradable -continuó Gínsburg-. El esqueleto de una persona con un saquito en el pecho. Más allá hay otro esqueleto.

-¡Y cerca de él un tronco! -gritó Mischka, como si también tomara parte activa en la búsqueda.

-No es un tronco, sino un barril -corrigió Právdin-. Será con galletas.

-¡Vaya con los marinos! -exclamó el capitán con ironía-. ¡Galletas en barriles así! Si dijeran carne salada. Y ésta tampoco se guarda en barriles tan pequeños.

-¿Puede ser que haya oro? -bromeó Chúdinov-. ¡Esto sí que sería un buen hallazgo!

-Sí, ahí lo tienes. ¡Te habrán sembrado especialmente el fondo del mar con barriles de oro!

-¿Es que hay poco oro enterrado en el fondo del mar?

-Mucho, pero prueba de llegar a él.

-Y llegaremos -se mezcló en la conversación Prótchev-. Llegada la hora lo sacaremos.

-¡Lo encontré, lo encontré! -empezó a gritar Gínsburg-. Aquí está el teleojo hundido, ahora sí que lo es. Saquen el teleojo de trabajo, súbanlo, ahora ya no hace falta. Aquí se ve bien. ¡Ven, cayó detrás de la chalupa! Casi no se distingue. Den un poco de marcha adelante -ordenó al capitán-. Bajen los «brazos mecánicos».

-¡Los tentáculos del pulpo envuelven al televisor! -gritó Mischka.

-Sí, lo abraza. El pulpo no quiere devolvernos el teleojo. Sólo faltaba esto. Bien, espera, te sacaremos junto con tu guarida-chalupa si le pones terco -dijo Gínsburg bromeando. Estaba contentísimo de haber conseguido hallar el televisor y había olvidado ya la noche pasada en vela y el cansancio.

Desde arriba descendía lentamente la «araña» metálica. Gínsburg dirigía sus movimientos.

-A la izquierda. Más. ¡Así! Ahora un poco adelante.

La «araña» abrió sus dedos acodados y quedó suspendida encima del globo del teleojo.

-¡Aprieten! -ordenó Gínsburg.

Las patas de la «araña» se contrajeron, resbalaron por la superficie del globo pero no lo agarraron.

-Abran más los dedos. Más. ¡Así! ¡Bajen! ¡Aprieten! ¡Ya está! ¡Cogido! ¡Suban despacio!

El cable se tensó. Una capa de limo, polvo atmosférico y sedimentos de pequeños organismos se elevó del fondo formando remolinos como de humo. La pantalla quedo unos instantes enturbiada por esta nube. Pero la «araña» ya subía su presa hacia la superficie.

-Trasladen rápidamente el objetivo a cubierta -pedía Mischka, temiendo perderse el momento cuando la «presa» apareciera en la superficie del agua y fuera trasladada a cubierta.

La pantalla se iluminó de pronto con la brillante luz solar cuyos rayos se reflejaban en las limpísimas tablas de la cubierta. Se vio el brazo de la grúa cerca de la popa de la nave. Hacia ella iban corriendo Gínsburg, los científicos y algunos marineros.

-¡No se demoren! -chilla ya Mischka.

Se apartaron... Apareció tras la borda la brillante superficie mojada del globo. En ella había algo que se retorcía.

Explosión de risas.

-¡El pulpo! ¡El pulpo! Él no ha soltado su presa.

-¡Apártense! -grita el capitán desde el puente.

Pero los marineros no tienen mucha prisa en apartarse. ¡Es muy interesante ver a esta fiera marina! ¡Y además, qué peligro puede haber! Te puede rodear con sus tentáculos, pero esto no es el fondo del océano; un corte rápido con el cuchillo, y se acabó.

El globo con el pulpo incrustado en su superficie desciende a cubierta. El pulpo mueve amenazador sus tentáculos.

-¡Ah, malvado! -Un marinero golpea con un palo los tentáculos. El pulpo encoge éstos, pero alarga otros. ¿Cuántos tiene? ¡Ocho!

-¡Éste sí que podría servir para recuperar del fondo del mar toda clase de objetos!

-Fíjense -dice otro de los marineros-, Scott está contemplándonos.

-Que mire -responde tranquilo el capitán-. Bajen otra vez el «gatito», hay que subir la chalupa...

-¡Y el barril! -grita emocionado Mischka desde Moscú.

-También lo subiremos -contesta el capitán.

Los marineros jugaban con el pulpo, pero Gínsburg quería rápidamente examinar el teleojo. ¿No estaría averiado?

-Córtenle los tentáculos -dijo Mischka.

El cocinero, que había venido corriendo, sacó un largo cuchillo y empezó a cortar enérgicamente los largos tentáculos.

-Son como reptiles -dijo un marinero y pisó con el pie uno de los tentáculos. Este se retorció y se le enrolló en su pierna.

-¡Fu, satanás! -exclamó desprendiéndose de él. El pulpo estaba expirando.

-Es tiempo de bajar el teleojo -dijo Gínsburg-. ¡Cuanto tiempo perdido en vano!

LA CHALUPA DEL *LEVIATÁN*

-Scott se ha pasado la noche navegando alrededor nuestro -dijo bostezando el marinero que acababa de entregar la guardia-. Ahora se ha acercado y está riendo.

Prótchev examinó atentamente los extremos del cable.

-¿Tú crees que ha sido un tiburón el que lo ha cortado? -preguntó a Gínsburg.

-¿Pues quién si no?

-¿Tú has visto alguna vez los dientes de un tiburón?

-Nunca -confesó Gínsburg.

-En tu lugar yo diría lo mismo. Los dientes del tiburón son como sierras. Unos encima de otros. Cuando se gastan unos crecen los otros. Bonitos. Un trabajo de filigrana. Como si los hubiera tallado un chino. Pero en realidad no se trata de su belleza, sino que los dientes del tiburón habrían dejado huellas. Además que difícilmente un tiburón podría cortar así un cable de acero, por delgado que éste sea. En la capa aislante de los cables habría dejado estrías claramente visibles. Alguna vez te mostraré mi hombro, en él tengo las huellas que dejó un tiburón. Yo en esto no puedo equivocarme.

-¿Qué es lo que piensas?

-Creo -respondió Prótchev- que el tiburón no tiene nada que ver con esto. El cable y los hilos eléctricos fueron cortados por mano humana, con cuchillo o con tijeras de las que cortan las alambradas. Esto es obra del japonés del *Urania;* más exactamente, de Scott.

-Pero el *Urania* no se acercó por la noche a nuestra nave.

-Ahora lo aclararemos. -Prótchev llamó al marinero que había hecho la primera guardia de la noche.

Éste dijo que el *Urania se* había acercado a eso de la medianoche.

-Pero como ellos estaban ocupados en su trabajo, bajaban dragas y sondas, yo no me preocupé -decía el marinero-. Pues de día el *Urania se* acercaba a menudo a nuestros barcos.

-Scott dio la orden de bajar dragas y sondas con la intención de distraer nuestra atención -comentó Prótchev-. Tenemos que estar alerta y no dejar que el *Urania* se acerque a nosotros. Por otra parte... -Prótchev sonrió con malicia-. Puede que les dejemos acercarse... -añadió con una mueca significativa.

Vino corriendo el radista y comunicó que en otro de los barcos también se había roto el cable del teleojo. Lo estaban buscando.

-¡En una noche dos averías! -exclamó Prótchev-. Sí, esto es obra del diestro japonesito -añadió con el convencimiento del profesional que sabe valorar el trabajo de un colega.

-¡Malditos saboteadores! -exclamó con indignación uno de los marineros.

-Bien, ¿intentamos pescar la chalupa y el barril? -propuso Gínsburg.

-Claro -respondió Barkóvskiy-, pero nos pondremos a babor.

-Para que los de Scott no molesten -añadió un joven marinero.

Scott vio la maniobra y en seguida ordenó dar la vuelta alrededor del pesquero. Pero para esto el *Urania* tenía que dar un semicírculo, y antes de que Scott ocupara su nuevo punto de observación, la chalupa recuperada del fondo del océano ya estaba en cubierta.

Estaba recubierta de limo y crustáceos. Un escálamo estaba entero pero todo corroído por la herrumbre. En uno de los bancos había una correa atada, y en ella algunos huesos iliacos.

-Es todo lo que ha quedado de una persona -comentaban los marineros-. Seguramente se ató para que no le arrebataran las olas y así naufragó. Después los peces hicieron lo suyo. Quedan sólo los huesos.

Dos marineros rascaron con cuidado en la popa y lados de la chalupa. Claramente se podía leer la inscripción: *Leviatán.*

-No nos hemos equivocado. Esta chalupa es del *Leviatán.* Como se sabe naufragó tan rápido que todas las chalupas que habían sido lanzadas fueron absorbidas por la ola. Por consiguiente el mismo *Leviatán* debe de estar cerca.

-¿Y por qué naufragó el *Leviatán?* -preguntó Gínsburg.

-Esto aún no ha sido esclarecido -respondió Makóvskiy-. Uno de los misterios indescifrados del océano. Y ahora ¿qué? ¿Vamos a recuperar la bolsita del pecho del esqueleto?

-En ella seguramente habrá tabaco -bromeó un marinero.

No fue tan fácil recuperar la «bolsita».

El teleojo encontró pronto el esqueleto; yacía en un espacio abierto y podía distinguirse perfectamente bien con la luz dispersa del sol.

Los dedos de la «araña» no eran muy adecuados para este trabajo. Se cerraron y abrieron varias veces antes de que agarraran la bolsita... Gínsburg probó de apresar todo el tórax, pero en cuanto los «dedos» de acero apretaron el esqueleto los huesos se esparcieron cayendo al fondo. Finalmente Gínsburg logró enganchar con la uña del dedo de acero la correa. Ordenó subir la «araña», pero cometió un error: tenía que haber observado la operación de subida con el teleojo, él creía que la correa era fuerte. ¡Pero ay! O la correa estaba podrida, o la «araña» se había balanceado al subir y se había caído la correa. Sea como sea la «araña» salió a la superficie sin su presa. Hallar el lugar donde había caído la bolsita era poco menos que imposible. Gínsburg no podía perdonarse este error. Estaba dispuesto a buscar todo el día. Sin embargo varias horas de búsqueda no dieron ningún resultado. Posiblemente había caído en una de las estrechas grietas.

-Tendremos que suspender la búsqueda -manifestó Makóvskiy-. Además, es posible que el hallazgo no valga la pena. Verdaderamente, ¿qué podía haber en aquella bolsita? Lo más verosímil, unas cuantas monedas de oro o dinero. Y si

eran documentos o papeles, de todos modos se habrían echado a perder con el agua. No creo que pudieran tener importancia para nosotros.

-Y el barril... -Quería gritar Mischka, pero Makóvskiy se le adelantó.

-Subiremos el barril -dijo él.

-Mi ojo submarino ya lo halló -pronunció Gínsburg-. Lleven la «araña» más hacia la izquierda.

La «araña» se acercaba con sus patas abiertas a la presa.

SIGUIENDO LAS HUELLAS DEL AVENTURERO

El dirigible *TS-6,* después de desembarcar a Karpílovskiy y coger a Azores, tomó rumbo nordeste. A Azores esto no le iba bien. El corresponsal había planeado su plan de acción. En el *Urania* ondeaba la bandera de la República Argentina. Anteriormente Kar ya había confirmado que el *Urania* era un barco argentino. Scott seguramente había zarpado de la Argentina. Luego debía empezar su búsqueda desde Buenos Aires, tanto más que ya conocía esta ciudad y allí vivía Kar, que también podía serle útil.

Pero el *TS-6* volaba hacia Nueva York, y Azores no podía hacer otra cosa que bajar en esta ciudad y desde allí volar en avión a la Argentina.

En Nueva York, Azores no perdió el tiempo. Ante todo escribió un artículo sobre esta moderna Babilonia.

Luego se fue a la Bolsa. Le parecía que había caído en una casa de locos o un hospital en el que los enfermos de tifus, sin que nadie se ocupe de ellos, corren y gritan armando gran alboroto.

Azores cogió del brazo a uno de los «locos» que parecía menos turbulento y le dirigió la palabra. Era un pequeño especulador de bolsa, un comisionista que por un par de dólares estaba pronto a servirle en cualquier cosa. Azores le prometió una suma mucho mayor si le procuraba información sobre mister Scott.

-¿Mister Scott? -dijo el corredor-. Hay miles. ¿Cuál de ellos necesita usted?

-El que no hace mucho ha fletado el barco *Urania* en Buenos Aires. Tiene unos cuarenta años, de cara amarillenta. Por lo visto está enfermo de fiebres tropicales.

-Entonces tendrá que ir a Buenos Aires -respondió el corredor; pero decidiendo que no podía perderse el cliente, añadió-: Sin embargo, procuraré saber de él todo lo posible. ¿Dónde ha parado usted?

Azores le comunicó la dirección y añadió:

-He aquí cinco dólares para los gastos.

El comisionista hizo una reverencia y sonriendo se perdió entre la multitud.

«Está claro que nada va a conseguir -pensó Azores-. Pero bueno, que lo pruebe.»

Pero de «algo» se enteró. El día en que Azores iba a partir se presentó inesperadamente con cuatro informes de otros tantos Scott que, más o menos se parecían al que buscaba Azores.

El periodista leyó los informes y se fijó en uno. En él se decía muy poco: «Varios años atrás existía en Nueva York una pequeña oficina de propaganda regentada por un tal Scott y Williams. Esta «compañía» era de poco valor, o sea, que no tenía un capital básico, y sin embargo se las habían ingeniado para realizar pequeños negocios. Después de una especulación afortunada Scott y Williams desaparecieron. Es posible que marcharan a Palestina, pero no se sabe su paradero actual».

Azores dio las gracias al comisionista, le pagó por los informes y los guardó. «Pueden ser útiles».

Por la tarde volaba en avión.

La primera visita fue para Kar.

¡Cómo había adelgazado y qué pálido estaba! Pero en su rostro había la misma sonrisa, la sonrisa de aflicción del hombre que quiere mostrar que sus negocios -¡claro está, negocios de centavos!- no son tan malos. ¿Acaso sin esta sonrisa le vendería el tendero a crédito, o el dueño de la casa esperaría en el pago del alquiler?

-¡Qué alegría volverle a ver, camarada Azores! -exclamó Kar frotándose sus secas manos-. ¿Van bien los negocios? ¿Cuáles son las últimas novedades?

Azores le contó todo.

-Lo último que vi, fue cómo Gínsburg perdía una bolsita de cuero que colgaba del pecho de un esqueleto, y cómo nuestra «araña» descendía para rescatar no sé qué barril... ¿Pero qué le pasa, querido Kar? Está tan pálido...

-¡Un esqueleto, una bolsita! -exclamó Kar con voz apagada por la emoción-. ¿Y dice que lo encontraron cerca de una chalupa del *Leviatán?*

-Sí, una chalupa que ya la subieron a bordo del pesquero.

-¡Pero si éste era el esqueleto de Jurgés! -Por las flacas y pálidas mejillas de Kar corrían las lágrimas.

Azores se emocionó. Incluso para un periodista no sucede a menudo ver llorar a hombres adultos.

-¿Puede ser que se equivoque? Los esqueletos son todos parecidos. Yo, lo confieso, no distinguiría siquiera el de un hombre al de una mujer.

-¡No, no, era él, era mi pobre Jurgés! Así que ya ve lo que quedó de él. ¡Qué injusticia del Destino! ¡Tan inteligente! ¡Y qué persona! El mundo perdió un gran hombre. Su esqueleto al lado de la chalupa. Y la bolsita... ¿Sabe lo que había en ella? Aquí, en esta habitación Jurgés me la enseñó...

»Si el barco se hunde, esta bolsita me la ataré al cuello -dijo él entonces-. Es posible que logre salvarme en una chalupa». Sí, en la bolsita había su invento, papeles con esquemas y fórmulas... Pero los papeles, claro, ya se han echado a perder en el agua. Gínsburg en vano se afligió tanto, yo le hubiera tranquilizado. Pero él mismo tuvo la culpa -continuó Kar con un suave reproche-. ¿Por qué no se acordó de mí?

-Camarada Kar, es posible que Gínsburg no tenga mucha culpa. Estando yo allí varias veces intentó comunicarse con usted pero no obtuvo contestación. Y decidimos que estaba enfermo o que había algo que le privaba comunicarse con nosotros.

-Esto es verdad -se animó Kar-. Mis asuntos van malísimamente; de un día a otro me van a despedir: Los dueños han decidido que aunque me pagan poco, es un lujo cuando todo el salario se va en una sola persona. Y han dividido mi salario entre dos empleados. ¡Sí, sí! Han puesto a otro que en algo se ha congraciado. Ahora trabajamos Con él en días alternos. De todas maneras él, al igual que yo, no hace nada; no hay trabajo. Todo está parado. Y el otro empleado es además un vago. Duerme en este sillón. Y esto me va bien. Es tan perezoso que nada le interesa. Sin embargo tuve que trasladar la estación de radio a mi habitación. Y esto es arriesgado. Pero nada se puede hacer. Y los días que trabajo, mejor dicho, no trabajo, ya no puedo comunicarme con ustedes. Pero les comunicaré los días. Y podremos continuar... si...

-¿Si qué?

-Si no me despiden por completo y no me muero en una esquina.

Azores tamborileaba con los dedos en la mesa.

-Cantarada Kar, ¿y por qué no se va a la URSS? Usted será necesario allí.

¡Usted era colaborador de Jurgés!

Los rojos párpados de rojas pestañas se estremecieron. En los ojos de Kar brilló una alegre llama; brilló y se volvió a apagar.

-Esto no es posible -dijo con voz apagada-. No tengo medios para un viaje tan largo.

-Hallaremos los recursos necesarios -dijo Azores con seguridad-. Decidido. Vendrá conmigo. ¿No hay nada que le retenga aquí? Bueno, yo me refería a familia, o, posiblemente, la amada...

-¡Oh, no! Estoy solo. Y decidido a marcharme aunque sea hoy mismo.

-Hoy es temprano -pronunció Azores sonriendo-. Aún me puede ayudar aquí. ¿Usted ha oído algo sobre Scott, verdad?

-¡Claro! Y no puedo comprender qué es lo que quiere y cómo ha podido saber del secreto de Jurgés, si es que lo sabe. Esto me es muy desagradable. Pone una sombra en mí... Pueden pensar que yo he vendido el secreto...

Azores estrechó la mano de Kar.

-Excelente. Y para que no le estorbe el trabajo en esta madriguera de ratones, hoy mismo deja este trabajo...

-¿Dejar el trabajo? -exclamó Kar asustado.

-¿Acaso no ha decidido irse conmigo? -preguntó Azores con extrañeza.

Kar se pasó la mano por la frente.

-Sí, sí, claro... ¡Pero todo esto es tan inesperado! Sí, claro, hoy mismo le comunicaré mi decisión de dejar el trabajo. ¡Pero es que aquí esto es tan extraordinario!

-...y empezaremos los dos las pesquisas. Después, con nuestra información volaremos al océano Atlántico, al lugar del siniestro, donde está ahora la expedición. Estoy seguro de que no lo lamentará.

HISTORIA DE MISTER SCOTT

La «araña» agarró la presa y la arrastró hacia arriba. Esta vez Gínsburg pidió que la subieran lentamente. Decidió dejar el teleojo en el fondo. Si el barril se desprende caerá verticalmente, al mismo lugar. Y Gínsburg observaba atentamente la pantalla. En ella sólo se veían pasar peces que se perseguían unos a otros y alguna medusa. Por fin oyó con alivio.

-¡Ya está! El barril está en cubierta.

Mischka estaba inquieto. Él fue el primero que reparó en el barril. ¿Qué habrá en él? Se sentó en la cama y pidió a Gínsburg que no se pusiera nadie ante el objetivo del aparato.

-¡A-a-aj! -de pronto se oyó una voz desde el mar. Todos giraron la cabeza.

Mientras subían el barril el *Urania* tuvo tiempo de dar la vuelta al pesquero; no en vano era una nave rápida. Scott había visto el barril y... ¡Qué se hizo de toda su sangre fría y aplomo! Empezó a chillar, le cayeron los prismáticos al agua y resbaló dando con sus huesos en la cubierta.

Gínsburg y el capitán se quedaron mirándose. Scott había descubierto su secreto. ¡Eso era lo que buscaba, el barril! En este barril no habrá, claro, carne salada...

Un marinero levantó el barril y lo dejó en el suelo en seguida.

-¡Oh, pesado botín apresó nuestra «araña»! -bromeó-. ¡Denme rápido un hacha!

Unos instantes después habían saltado los aros y el barril estaba abierto. Estaba lleno de lingotes de oro.

-¿Qué, qué hay en el barril? -gritó tan fuerte Mischka que su padre acudió

desde el comedor.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó.

-¡Oro, oro, oro! -resonó la voz de Gínsburg-. ¡Es suficiente para cubrir los gastos de la expedición!

Y Bórin padre vio a Gínsburg que sostenía elevado en el aire un lingote de brillante oro.

-¡Dejen que lo admire mister Scott! -exclamaron los marineros riéndose a carcajadas.

Y mister Scott ya había vuelto en sí. Por la borda aparecieron primero sus manos con los dedos crispados, luego su rostro contraído por la ira.

-¡Bandidos! ¡Piratas! ¡Malditos seáis! -rugió con voz ronca y de nuevo desapareció tras la borda.

La risa de los marineros fue la contestación a este grito histérico del hombre que había perdido el dominio de sí mismo.

Lo levantaron y se lo llevaron al camarote. Expulsó a todos y se bebió toda una botella de ron. «El ron calma los nervios, al igual que el whisky los ataques de malaria», se decía Scott.

-El barril... Mi barril... El oro... Por segunda vez me lo quitan. ¡Maldito Williams, malditos bolcheviques! -Y se desmayó Scott.

Se le aparecieron estériles desiertos, mulas, sacos de provisiones, un sol abrasador, los guías indios, cuchillos, hogueras, praderas, montañas... Y Williams, el grueso Williams... En la parada, él con su corpulencia aplastó a Scott, y éste se ahoga con la masa de carne que tiene encima. Williams cierra con su mole la entrada a la gruta y Scott se ahoga. Williams coge los sacos con oro y escapa con las mulas, y Scott corre tras él por la desierta llanura candente como un horno mientras grita: «¡Espera, espera, cobarde traidor!»

Se oían estos gritos por todo el barco. Los marineros movían la cabeza y comentaban:

-Está completamente chiflado.

-Se le ha subido el oro a la cabeza -comentó un viejo marinero-. Quema más que el alcohol.

Unas horas después Scott se levantó, se mojó la cabeza con agua fría, miró por la portilla desde donde se veía el pesquero y musitó entre dientes:

-Sin embargo, no todo está perdido aún, ¡ya mediremos nuestras fuerzas, que el diablo me lleve!

En los barcos de la expedición y en Moscú, en el estado mayor, todos estaban contentos.

-¡Se encontró oro! Aunque esto ha sido un regalo casual del océano -dijo Barkóvskiy-. Cien veces de más valor es lo que significa que el secreto de Jurgés es por lo visto ignorado por Scott y nadie sabe nada en el extranjero. El descubrimiento de Jurgés tiene más valor que el oro.

-También servirá el oro -dijo Mischka. Él, desde su casa en Moscú había encontrado el barril en el fondo del océano Atlántico.

-Bien, seguramente que ahora mister Scott levará anclas y se irá. Ya no nos molestará más -dijo Barkóvskiy.

Pero se equivocaba. Scott continuaba buscando.

-¿Será posible que en el fondo haya más barriles de oro? -se extrañaban en el pesquero-. Alguien llevaba un gran tesoro en el *Leviatán.* Si este oro perteneciera a algún país, está claro que no lo buscaría Scott.

-Por lo visto Scott no se marchará hasta que nos vayamos nosotros -comentó

Makóvskiy-. Si él dudaba de que estuviéramos aquí por la ciudad sumergida, ahora aún lo cree menos. Si hubiéramos recogido todo lo que interesa a Scott, estén seguros que perdería todo interés hacia nuestra expedición y no pararía un día más aquí. Tengan presente que el fletar esta nave no le costará muy barato.

MENSAJE DE AZORES

Hacía varios días que no se sabía nada de Azores y Barkóvskiy se alegró mucho cuando al fin oyó su voz:

-*¡Alló!* Les saluda Azores. Conmigo está el camarada Kar. Hemos recorrido Bolivia, Perú, Ecuador. ¡Un sinfín de aventuras! Ya les contaré cuando regresemos. Hemos encontrado sus huellas y averiguamos algo sobre mister Scott. Como era de esperar, es un aventurero. En Nueva York se unió a otro como él... No, mucho peor, un tal Williams.

»Scott descubrió en el Ecuador una rica mina de oro. Pero no tenía recursos para su explotación e invitó a formar compañía a este Williams que tenía algún dinero. Para aumentar esta suma «los amigos» abrieron en Nueva York una falsa compañía de las que pueden llevar a un enriquecimiento rápido o a la cárcel. Reunieron un buen montón de dinero y desaparecieron. Fueron a explotar la mina. Evidentemente tuvieron suerte. Según los informes de un indio que trabajó allí, reunieron casi cinco barriles de oro. Williams engañó a su compañero: aprovechando que a Scott le gusta beber, Williams añadió al whisky un soporífero y huyó con todos los mulos y los barriles de oro. Williams embarcó rápido en el *Leviatán,* que precisamente iba hacia Inglaterra. El barco se hundió y con él Williams y todo el oro producto de su pillaje. Así que en *Leviatán* iban Williams y Blasco Jurgés. He aquí por qué Scott fue al lugar de la catástrofe... Él se considera «heredero legítimo» del tesoro hundido y por esto decidió organizar su búsqueda.

-Gracias por la información -dijo Barkóvskiy desde Moscú-. Puede que te asombre, pero nosotros ya sabíamos por qué estaba aquí Scott. -Y Barkóvskiy relató a Azores el hallazgo y el ataque de nervios de Scott-. Luego no era un *solo* barril. Que busque. Podemos desearle suerte Nosotros no necesitamos de su oro, pero que no nos moleste. Regresa pronto y trae a Kar. Salúdale de parte nuestra, tengo deseos de conocer personalmente al ayudante de Jurgés.

EL DESAFORTUNADO MILLONARIO

Mister Scott vivía días difíciles. Cuando organizó la expedición para buscar el tesoro hundido, calculaba así:

«El *Leviatán* no es una aguja. No será difícil hallarlo en el fondo del océano. El lugar es conocido con exactitud. Me procuraré buenos buzos japoneses, les pagaré bien y sin. grandes dificultades recuperarán los barriles del barco sumergido. Los mayores gastos serán para el fletaje del barco. Si lo fleto para un mes, calculando el viaje de ida y vuelta, será suficiente. Tengo suficiente dinero para esto. Por suerte escondí de mi compañero algunos lingotes que hallé yo mismo. El riesgo no es muy grande: el dinero invertido lo recuperaré con creces.»

Y Scott, como más de una vez había sucedido en su vida, puso en una carta todo lo que tenía confiando en el éxito.

Cuando Scott anunció su deseo de fletar un barco le inundaron de proposiciones. Los agentes de compañías de navegación y los comisionistas se reunieron formando enjambre alrededor del hotel donde se alojaba. Como

«comerciante» que era, organizó una subasta pública. Y fletó el *Urania* para un mes «casi de balde». Esto sin embargo le costó cuatro quintas partes del capital de que disponía.

Lo demás ya fue más difícil. Cuando Scott habló con el agente de una compañía japonesa de trabajos de recuperación submarina, éste le aclaró que su compañía efectuaba estos trabajos normalmente a poca profundidad. Trabajos a profundidades mayores de los cien metros la compañía no los aceptaba. Y el *Leviatán* se había hundido a mayor profundidad, centenares de metros, posiblemente mil.

«Eleva el precio», pensó Scott mientras escuchaba las explicaciones del agente, pero se equivocaba. Los japoneses se negaron a aceptar el trabajo. Y el barco estaba ya fletado. Parte del dinero había sido abonado por adelantado. Y no podía retroceder.

Scott consultó con toda clase de especialistas relacionados con el mar y sus profundidades, les pidió consejo. De todos recibió la misma triste respuesta.

Los buzos americanos descienden con equipos rígidos, «acorazados», hasta doscientos cincuenta o trescientos metros, y esto es casi de manera absoluta el límite para trabajos de buzo.

Un científico propuso a Scott utilizar un aparato para la televisión submarina.

-Usted con seguridad podrá con su ayuda encontrar en el fondo la nave hundida -le dijo.

El aparato para la televisión submarina se tenía aún que encargar.

Las compañías americanas de trabajos submarinos sobran muy caro. ¿Qué hacer? ¿Invitar a otros socios? ¿Formar compañía? No le sería difícil informar que en el *Leviatán* hay cinco barriles de oro. Pero entonces tendrá que dar la mitad al otro. Scott era un poco avaro para conformarse con esto. Además, puede que no le fuera tan fácil encontrar al socio capitalista. Estarán conformes en recibir un beneficio menor pero seguro, o cuando menos exigirán pruebas de la existencia de los barriles, así como de las posibilidades técnicas de su segura recuperación.

Mientras Scott discurría el tiempo pasaba, el *Urania* estaba en el puerto y cada día producía gastos inútiles. Por fin Scott decidió utilizar dos buzos japoneses, adquirir el aparato de televisión submarina, «comprar» a un ingeniero de radio sin trabajo, un técnico especialista en radio y televisión y zarpar hacia el lugar del hundimiento del *Leviatán,* pensando por el camino en cómo recuperar el oro del fondo del océano.

Tuvo suerte en poder contratar a los buzos japoneses por cuenta propia, sin intervención de la compañía. La instalación de televisión y el especialista en radio Pouers, le costaron más caro de lo que él calculaba. Estos gastos imprevistos se comieron casi el resto de su capital. Lo que sobró lo gastó en combustible, provisiones, agua y el salario de la tripulación.

Cuando el Urania encendió sus calderas y dejó el puerto, Scott podía decir de sí lo mismo que el filósofo de la antigüedad: «Todo lo que tengo lo llevo encima». Él se jugaba todo en una carta, y en caso de fracaso llegaría a puerto completamente arruinado.

Estaba ya acostumbrado a los reveses de la fortuna, pero la perspectiva de una nueva ruina le deprimía, y decidió recuperar el tesoro perdido a cualquier precio. Si consiguiera hallar en el fondo del océano al *Leviatán,* esto sería ya media victoria. Entonces, en último caso, será ya más fácil encontrar un socio con capital.

El encuentro de la flotilla soviética en el océano Atlántico en el lugar de la catástrofe del *Leviatán,* fue un golpe inesperado para Scott. No dudaba de que los

bolcheviques de algún modo habían olido el oro y habían venido a por él. Ellos disponían de tres barcos, excelentes instalaciones de televisión y, sobre todo, casi inagotables recursos materiales y técnicos. Es que un honrado capitalista (y Scott era ahora un capitalista sin capital), es que incluso un capitalista millonario podía concurrir con toda una potencia. ¡Una potencia que no ahorraba recursos con tal de lograr su objetivo! Quedaba sólo confiar en la suerte. Pero ésta no llegaba. Fue entonces cuando Scott decidió efectuar la primera visita al pesquero soviético para sondear el terreno y, si era posible, pactar.

Esta visita no tuvo éxito. Después hubo un momento en que Scott casi creyó que verdaderamente el objetivo de los bolcheviques era científico. Pero muy pronto se vio que no era así. Y para Scott todo estuvo «claro como la luz del día», cuando en la superficie del océano apareció la «araña». Scott no disponía de tales «manos mecánicas». En el aire, cuando se hallaba por encima de la cubierta del pesquero vio el barril. Claro, era un barril con oro.

En este instante Scott se sintió robado, arruinado, acabado. Sintió que por segunda vez no tendría la suerte de encontrar una mina de oro; le faltaban fuerzas físicas. Su salud estaba seriamente quebrantada por su vagar por climas tropicales. Se hacía sentir el abuso del alcohol, al que había recurrido en un principio como un recurso contra las fiebres.

En una palabra, había fallado su suerte. Y por primen vez en su vida cayó en el histerismo; durante algún tiempo perdió los sentidos; en una palabra, se portó como un vulgar neurasténico.

Verdad es que pronto se recuperó, pero su situación era casi desesperada. Decidió «jugárselo todo» y empezó el juego sucio. Pero pocas probabilidades tenía de aguantar en esta posición de no tener la suerte de ser el primero en hallar al *Leviatán.*

Había otro hecho que había trastornado mucho a Scott: la «araña» había rescatado el barril directamente del fondo del mar. Sin embargo en este lugar - Scott ya lo había examinado- no se encontraba el *Leviatán.* ¿Cómo comprender esto? Por lo visto Williams no había dado su pesado equipaje en depósito y guardaba los barriles en su camarote. ¿Qué sucedió en el barco durante la catástrofe? ¿Posiblemente el barril había sido robado por los marineros que habían olfateado el oro? Podía ser que Williams hubiera podido cargar todos los barriles en una chalupa y ésta se había hundido a gran distancia del *Leviatán...* Era lo más probable. ¡Que el diablo me lleve! Una cosa perdida, no es nadie, «res nulius», como dirían los juristas romanos. Formalmente, jurídicamente Scott no puede requerir ningún derecho sobre el oro y exigir su devolución de los bolcheviques. Además no tiene en qué basar este derecho. En el mejor de los casos podrían reconocer su derecho a la mitad, ya que por deshonesto que fuera el proceder de Williams, la mitad pertenecía a él a sus descendientes.

Total: había que descartar un barril. Pero en el fondo hay aún cuatro. Hay que continuar el juego. Si tiene la suerte de encontrar tan sólo uno, todos los gastos de la expedición serán cubiertos y le quedará aún algo con que luchar de nuevo por «el mejor sitio en el peor de los mundos».

Pero hace falta actuar con decisión. El mes se esta acabando, y si en estos últimos días no consigue rescatar ni un sólo barril, el juego estará perdido definitivamente.

Sí, ahora es necesario actuar con decisión. En último caso habrá que llegar a algún acuerdo con los rivales.

LA SEGUNDA VISITA DE SCOTT

Scott no salió a cubierta durante el día y toda la noche. Por la mañana se levantó, se afeitó cuidadosamente, se vistió su mejor traje y ordenó que preparasen una chalupa. Renunciando a su amor propio, Scott decidió efectuar una segunda visita al pesquero.

Esta vez no se mostró tan arrogante. Únicamente «conservaba su dignidad». No, no iba a suplicar. Él deseaba hablar «de igual a igual». «Una conferencia internacional en aguas del océano», se dijo a sí mismo para elevar su moral.

Le recibieron, al igual que la primera vez, con respeto, con fría corrección. Pero él no esperaba otra cosa.

-¡Mister! -dijo Scott sentándose en el sillón que le ofrecieron y tendiendo al capitán Makóvskiy un cigarro que éste no aceptó-. Mister, la vez anterior hablamos de que teníamos que establecer algún *modus* para no estorbarnos mutuamente.

Makóvskiy movió la cabeza y respondió como un experimentado diplomático:

-Mister Scott, en todo caso usted no puede quejarse de nosotros por el incumplimiento de estas condiciones.

-Yo no me quejo -dijo Scott-. Yo querría hablar con usted con franqueza. Nuestras diferencias políticas espero que no nos privarán de relacionarnos como conviene a dos verdaderos caballeros. -Esto fue dicho con cierta ironía.

-Le escucho.

Scott soltó una bocanada de humo y se quedó observándolo mientras disponía sus ideas.

-Yo no soy rico. Quiero decir no muy rico -rectificó y de nuevo hizo una pausa. Posiblemente no había empezado bien-. La última vez -continuó- yo no le descubrí, lo mismo que usted a mí, sobre el objetivo que aquí me trajo. Hoy he decidido ser con usted completamente franco. -Makóvskiy asintió con la cabeza-. En este lugar donde nos encontramos ahora, como usted sabe naufragó un barco, el *Leviatán.* En él un pariente mío traía desde América del Sur nuestro oro, o sea de él y mío. Por así decir, nuestros bienes familiares...

-¿Se puede saber el nombre de su pariente tan trágicamente desaparecido en el océano?

Scott no esperaba esta pregunta.

-Eduard Scott -dijo él y al instante se arrepintió de su precipitación. Por el rostro del capitán pasó como una vaga sonrisa, pero la notó la viva mirada del viejo aventurero. «¡Fallé, diablos!» -pensó éste.

-Entre los viajeros del *Leviatán,* que yo sepa no había ningún mister Scott.

«Todo lo saben», pensó de nuevo Scott y continuó:

-Es verdad. Pero usted sabe que en América -subrayó- no exigen los documentos a los pasajeros ni a los huéspedes. Nosotros podemos decir cualquier nombre. Y a mister Scott por algunas razones le era más cómodo llamarse... si mal no recuerdo, Williams.

El capitán asintió con la cabeza como aceptando esta explicación.

-Pues bien: Scott (o Williams, esto no tiene importancia) traía este oro, al cual tenía yo tanto derecho como él. Williams murió. Yo he quedado dueño del oro. Y yo llegué aquí para, a ser posible recuperar mi herencia del fondo del océano. Desgraciadamente e inesperadamente para mí me encontré aquí con unos nuevos «herederos»...-Y Scott miró significativamente a Makóvskiy.

-¿Por qué piensa usted así de nosotros? -preguntó casi divertido el capitán.

-Mister Makóvskiy -pronunció Scott con irritación mal disimulada-. Yo desearía que usted fuera tan franco como yo lo he sido. No se figurará usted que soy tan

inocente: que vaya a creer en sus... excursiones arqueológicas por el fondo del Atlántico... Esto, claro, ha sido un interesante y propicio conjunto de circunstancias favorables a ustedes. El hallazgo de la ciudad sumergida cerca de donde naufragó el *Leviatán...* ¡Pero no era la ciudad el objetivo de su expedición!

-¿Por qué no era la ciudad?

-¡Deje de jugar conmigo! -gritó Scott perdiendo el dominio de sí mismo-. ¿Acaso no vi con mis propios ojos como rescataban del fondo del mar el barril, el primer barril con...

-¿Con...?

-Con oro.

-¿Y por qué el primero?

-Sí, el primero. Los que hay lo deben saber no peor que yo.

-Mister Scott. Fue una afortunada casualidad, el que cerca de la ciudad sumergida halláramos un barril de oro. Este oro, le aseguro que fue hallado casualmente por nuestra «araña». Pero de este hecho casual no debe hacer conclusiones equivocadas sobre el objetivo de nuestra expedición.

-¿Y cuánto pesa el barril hallado? Créame que no tengo intención de disputar sobre el derecho que tienen. ¿Diez kilos?

-No lo hemos pesado -respondió Makóvskiy-. Pero de todos modos no llego a comprender el objeto de su visita.

-Pues es muy claro. Si usted, mister Makóvskiy continúa negando que su objetivo es el oro, mejor para mí. Esto sólo simplifica la situación. Ustedes hallaron el barril, quédense con él...

-Si hallamos los demás también nos quedaremos con ellos, pero a pesar de todo no es el oro lo que nos interesa.

-¡Bien, bien! Que sea así. El dueño de los barriles será aquel que los halle y los suba el primero a la superficie. Pero quiero pedirle algo. La región de nuestras exploraciones es muy limitada. Además quisiera que prestaran atención en que sus naves están lejos de limitarse a explorar la zona de la ciudad sumergida. ¡Sí, sí, sí! Admito que esta ciudad puede tener suburbios, ustedes buscan las ciudades vecinas, de acuerdo. Pero no es éste el caso. A mí me interesa precisamente el lugar donde ha sido hallado el primer barril. Y esto es precisamente debajo del pesquero en el cual nos encontramos. Tenemos los mismos derechos en la superficie abierta del océano. Pero ustedes tienen tres barcos y yo sólo uno. No vamos a armar una guerra por esto... Y yo pido: denme la posibilidad de sondear en este lugar. Bueno, cuando menos ordenadamente, por turno. Pues por cuidadosas que sean las exploraciones, hallar un barril en el fondo del océano es más difícil que encontrar una seta en el bosque. Y allí donde a ustedes no les ha sido propicia, a lo mejor lo es para mí.

Makóvskiy se quedó pensativo y respondió:

-No tengo nada en contra. Al fin y al cabo, así se ha venido haciendo hasta ahora.

-No exactamente. Los últimos días nosotros procurábamos no acercarnos unos a otros. Y sin embargo es mucho mejor trabajar juntos. Claro, esto en caso de que lo permita la mar.

-Como capitán yo no tengo nada en contra de esto, pero como subordinado debo ponerme de acuerdo con mis jefes superiores.

-¿Puedo esperar que pronto me dará la contestación?

-No más tarde de hoy -respondió Makóvskiy.

Scott saludó ceremoniosamente y se marchó.

Makóvskiy convocó inmediatamente reunión del estado mayor, relató la

conversación que había tenido con Scott y sus proposiciones.

Barkóvskiy estaba en contra.

-Después de que Scott cortó el cable de nuestro aparato de televisión no se puede creer en él. Es posible que su empeño en acercarse sea motivado a que piensa continuar sus sabotajes.

Casi todos estuvieron de acuerdo con él.

Prótchev pidió la palabra. Él insistió en que dejaran a Scott poner a su *Urania* tan cerca como quisiera de nuestros barcos.

-Pero puede volver a hacer de las suyas -objetó Barkóvskiy.

-Y nosotros lo atraparemos -y Prótchev expuso su plan-. En cuanto el *Urania* se acerque al pesquero yo mismo bajaré con la escafandra y haré guardia bajo el agua. A los saboteadores hay que cogerlos con las manos en la masa, y yo tengo la esperanza de que lo lograré.

-¡Bucea, Prótchev! -se oyó desde Moscú la voz de bajo de Kiríllov.

El mismo día comunicaron a Scott de que su proposición era aceptada. «Las naves de las dos partes se acercarán en caso de necesidad y tanto como esto lo permitan las condiciones de seguridad».

DUELO SUBMARINO

Había calma en el océano. El sol se elevaba en medio de la niebla matinal, bañaba todo el día con sus abrasadores rayos la lisa superficie azul del océano, al barco y a los hombres en cubierta, y desaparecía en la oscuridad del crepúsculo. Se encendían grandes estrellas. Las noches eran sofocantes y oscuras; llegaba la luna nueva. El mar fulguraba.

Una de estas noches el *Urania* empezó a acercarse al pesquero.

-¡Ha llegado el momento de bucear! -exclamó Prótchev. Su indumentaria de buzo estaba preparada y revisada. Salió a cubierta y empezó a vestirse sin prisas. Tenía ya puestos las pesadas botas y el vestido de goma. Faltaba la escafandra.

-¿No has olvidado el cuchillo? -preguntó Makóvskiy.

-¡No! -respondió brevemente Prótchev-. Todo en orden. Pónganme la escafandra.

Dos marineros cogieron la pesada escafandra y la ajustaron al buzo. Prótchev sintió el peso habitual y despacio se acercó a la borda. Las suelas de plomo estorbaban al andar. Prótchev parecía encontrarse en otro planeta donde existiera el doble de fuerza de gravedad. Pero ésta disminuirá en cuanto penetre en el agua. Comprobaron el cable atado detrás del vestido, el aparato de transmisión de aire, el teléfono; todo estaba en orden.

-¿Llega bien el aire? -preguntó el marinero que estaba en la bomba.

-Excelente -respondió Prótchev.

El rostro de Prótchev a través del cristal parecía tranquilo como siempre. Todos se sentían inquietos.

-Bajen -ordenó Makóvskiy.

Prótchev traspasó la borda. El cable se tensó. El buzo colgó en el aire y poco a poco fue penetrando en el agua.

Todo esto se efectuó en silencio y por la borda opuesta al *Urania.* Desde la que habían soltado el teleojo.

-Parece que en el *Urania* no han notado nada -dijo Makóvskiy en voz baja.

Despacio e imperceptiblemente llevaron a Prótchev alrededor de la proa y a través del casco del barco.

En el *Urania* todos parecían ocupados en su trabajo habitual. Bajaban la

sonda a pesar de que esto no hacía falta, también la pequeña esfera del televisor. Era una noche como todas las otras; el trabajo de siempre...

La saeta en el reloj de Gínsburg señalaba la media noche. En Moscú eran las cuatro de la madrugada, pero Mischka no dormía. Mótia le había prevenido de que la noche sería interesante y Mischka había pedido a su padre que le dejara hacer la guardia de noche.

-Ya estoy completamente bien y el médico me permite pasear por la habitación. Dentro de unos días ya podré salir. No dormiré esta noche; mañana me desquitaré.

La noche pasaba lenta, la pantalla no se iluminaba. Gínsburg le había prevenido de que la transmisión empezaría en cuanto Prótchev estuviera en el agua. El descenso no podría televisarse por no poder iluminar, ya que podrían ver la luz desde el *Urania.*

La espera se hacía larga. A Mischka se le cerraban los ojos.

-¡No te duermas! ¡No debes dormir! -se decía a sí mismo Mischka-. Estás de guardia... -Pero los ojos no escuchaban y se le entornaban. Incluso se adormiló un poco, aunque por breve tiempo.

-¿Duermes? -oyó la voz de Gínsburg y dio un salto en la cama.

-No -respondió Mischka en voz baja, como si temiera que los oyeran.

Esta noche predisponía a lo misterioso. Mischka miró el reloj. Había dormido sólo unos cinco minutos.

-Prótchev está bajo el agua. Ahora nuestro teleojo mostrará lo que allí sucede.

Mischka se pasó la mano por los ojos y se puso a mirar atentamente. La pantalla aún estaba oscura.

-¿Por qué no se ve nada? -preguntó.

-Prótchev no enciende el fanal. Está esperando a oscuras.

-¿O sea que no veremos nada?

-Esperemos que alguien lo encienda -respondió Gínsburg.

En este instante Mischka vio que en el ángulo derecho superior de la pantalla aparecía una tenue luz... O sólo se lo pareció... Surgió y se apagó... No, había brillado de nuevo; esta vez el rayo de luz había traspasado la pantalla en diagonal. Y se apagó de nuevo. Mischka oía los latidos de su corazón. Esto significaba que había alguien más debajo del agua, no sólo Prótchev... Ahora empezará lo más interesante...

Y empezó efectivamente. Un luminoso rayo de luz recorrió la pantalla de abajo arriba y Mischka pudo ver la figura del buzo. Llevaba en el pecho un fanal, aunque de menor potencia que el de Prótchev. En la mano derecha llevaba unas grandes tijeras y se dirigía, moviendo la mano izquierda, hacia el cable del aparato de televisión.

«Claro, esto es el cable de nuestro teleojo. Quiere cortarlo» -pensó Mischka.

El buzo al verse sorprendido por la luz, tiró de la cuerda de señales.

«Esto significa que no tiene teléfono».

Prótchev, por lo visto ya había avisado por teléfono, pues rápidamente lo subieron y en un santiamén se encontró al mismo nivel que su adversario. Seguramente Gínsburg, siguiendo las imágenes de la pantalla regulaba la situación del teleojo submarino y lo colocó de manera que ahora Mischka veía bien a los contrincantes preparados para la pelea. Prótchev arrancó las tijeras de la mano del japonés y las envainó en la bolsa de su cinturón. Mientras Prótchev escondía las tijeras, como un trofeo, el otro buzo sacó un gran cuchillo y lo alzó contra aquél.

-¡Ah, bandido, me quieres matar! -oyó Mischka la voz de Prótchev.

El buzo japonés no tuvo tiempo de asestar la cuchillada a Prótchev, pues inesperadamente fue subido. Pero juzgando como su mano pasó a través de la masa de agua, se vio que este hombre estaba acostumbrado a moverse y calcular sus movimientos en el agua.

Mischka se puso a reír cuando Prótchev asió al japonés por una pierna y éste empezó a patalear cómicamente con la otra intentando desasirse de él. Pero el vestido de buzo atenuaba los golpes y Prótchev tenía fuertemente cogido al japonés mientras iban subiendo lentamente los dos juntos. Mischka notó al mismo tiempo que Prótchev había cesado de «sacar aire» y no aparecían por encima de su escafandra las burbujas de aire. ¿Por qué hacía esto Prótchev? ¿Acaso apasionado en la lucha había dejado de presionar con la cabeza la válvula del aire? La camisola de Prótchev se había hinchado. ¡Bien pensando! Había formado en su interior una capa de aire que le salvaguardaba de los golpes del japonés. La suela de plomo de la bota de éste no podía ahora dañarle. Cada golpe del pie del japonés botaba contra la hinchada manga de Prótchev como una pelota.

Por lo visto el japonés quería subir más rápido, huir de este inesperado ataque en el fondo del océano. Pero a pesar de que no estaba a gran profundidad, Mischka sabía que el rápido ascenso era peligroso. Por otra parte, posiblemente los de arriba no esperaban que la situación del japonés era tan crítica.

-¡No, espera amigo, quiero conocerte más de cerca! -continuó Prótchev. ¿Y de dónde sacaba las palabras este hombre siempre silencioso? ¿Posiblemente en el fondo se hacía más comunicativo? Gínsburg no se metía en este monólogo. De todas formas veía perfectamente lo que sucedía.

Prótchev empezó a «soltar» el aire sobrante y «enflaqueció» rápidamente. Había subido al mismo nivel que el japonés y las suelas de plomo de éste ya no le amenazaban.

-Te he quitado las tijeras como recuerdo de este encuentro. Ahora quiero el cuchillo -continuó Prótchev. El japonés maniobraba desesperadamente con el cuchillo. Cada golpe podía ser mortal para Prótchev: tan sólo rasgar sus vestidos y hubiera penetrado el agua. Pero Prótchev avanzaba con valentía poniendo su escafandra bajo los golpes del japonés. ¡Por lo menos que el cuchillo del japonés no llegue a la manguera de aire! Prótchev escogió el momento oportuno y retiró a un lado la manguera y el cable.

Mischka estaba entusiasmado con esta lucha. Procuraba no perderse ni un sólo movimiento.

-¡Papá, ven rápido aquí! -gritó tan fuerte que Nikolay Petróvich se despertó al instante y corrió al gabinete.

-¡Mira!

Mischka que estaba atento a la mano de Prótchev cuando aquél retiraba a un lado la manguera, vio de pronto una luz confusa tras la mano de Prótchev. Por lo visto la luz del fanal se había reflejado en algo brillante. ¿Pero qué podía ser esto? La mancha de luz oscura a la espalda de Prótchev se esfumó. Tan sólo tuvo tiempo Mischka de mirar a los que estaban peleando, cuando esta mancha oscura se iluminó de nuevo convirtiéndose en la cabeza de un tiburón.

-¡Un tiburón! ¡Un tiburón detrás de Prótchev! -gritó Mischka sin considerar en aquel momento si Prótchev podría o no oírle. Y se quedó completamente asombrado al ver que Prótchev se volvía. Ahora el tiburón se encontraba a sólo un metro de él. Ya se había vuelto de espalda como siempre y abrió la ancha boca armada de afilados dientes.

En un instante Prótchev hundió el cuchillo en la garganta del monstruo. Toda

la pantalla se nubló de rojo ¡era sangre! ¿De quién?

-¡Prótchev! -gritó Mischka.

-¿Qué chillas? -oyó Mischka la voz tranquila del buzo-. Le he rajado bien. Lástima sólo que el japonés se escapó. Bueno. Otra vez no se atreverá. ¡Eh, Gínsburg, súbeme deprisa! No sea que con esta nube de sangre vengan otros. Olfatean la sangre de lejos.

-¡No puede ser deprisa! -dijo Makóvskiy.

-¿Por qué no se puede? -se oyó la voz de Prótchev-. ¡Resistiré! Os oigo y vosotros me oís a mí. Si me siento mal avisaré.

A través de la rojiza nube Mischka vio como una oscura mancha borrosa que tenía la forma imprecisa de un buzo empezó a subir. Silencio. Se oye como respira Prótchev con dificultad dentro de su escafandra.

-¡Qué hombre más fuerte! -dijo alguien.

-Y tú eres un jabato, Mischka -se oyó de pronto la voz de Prótchev-. Me salvaste.

Mischka Bórin se sintió lisonjeado por este elogio. Ahora se podía sentir verdaderamente partícipe de esta peligrosa expedición. Es verdad que a él no le amenazaba ningún peligro, pero sin embargo a no ser por él el tiburón hubiera despedazado al bravo Prótchev. Una pequeña hazaña, pero todos saben de ella y todos le felicitan. Incluso Kar, que con Azores han llegado ya.

Un nuevo cuadro: Suben a Prótchev a cubierta. Ahora ya lo iluminan con los proyectores. Que lo vea mister Scott. ¿Cómo llegó su japonés?

El *Urania* ya se ha separado del Sergo. Prótchev está tambaleante en cubierta. La lucha submarina y el rápido ascenso han fatigado hasta a este hombre de hierro.

Makóvskiy lo sostiene por el codo. Prótchev retira la mano del capitán y señala hacia la escafandra. Los marineros la quitan rápidamente de su cabeza. El rostro de Prótchev es azulado, pero ya sonríe. Luego le quitan el pesado camisón, se agacha y saca de la bolsa las grandes tijeras arrebatadas al japonés, y elevándolas por encima de la borda corta con ellas el aire. Las tijeras brillan con la viva iluminación.

Desde el *Urania* mira mister Scott y se pone furioso. ¿Qué dirá ahora? Los marineros del pesquero ríen.

-Bueno hermanos, ahora a dormir -dice Prótchev-. Hemos trabajado. ¡Buenas noches, Mischka! -y agita la mano. No se olvidó de él.

El padre ilumina a Mischka y ahora se le ve en la pantalla del pesquero.

-Contéstale -dice el padre.

Mischka se inclina y mueve la mano. Prótchev también mueve la cabeza, agita la mano y sonríe.

-No te puedo abrazar. Tengo miedo de romper la pantalla.

Se oyen las risas de los científicos, del capitán, de Gínsburg, Kar, Azores y marineros...

Gínsburg se acerca al aparato. Se apaga la pantalla.

A LA LUZ DE LAS ESTRELLAS

Al amanecer, el *Urania* estaba lejos del pesquero.

-¡Se va con el rabo entre piernas! -bromean los marineros.

La ultima carta de Scott ha sido jugada. No consiguió «cegar» a sus contrincantes. En realidad era de antemano un intento vano. Para Scott la pérdida de su teleojo era equivalente a la pérdida de casi todo. Para la expedición

soviética esto sólo representaba un pequeño contratiempo en el trabajo: los rápidos aviones hubieran traído un nuevo aparato. Sí, el juego estaba perdido para Scott. Casi sin ninguna esperanza en el éxito del *Urania* proseguía la búsqueda lejos del área. ¿Qué otra cosa podía hacer Scott?

Y Mischka tenía una gran alegría. El médico le había visitado por última vez y había dicho:

-Dentro de dos o tres días puedes marchar de viaje.

Mischka empezó a prepararse para el «salto al océano Atlántico».

Precisamente dentro de varios días un nuevo hidroavión, el «ala» de Tsiulkovskiy, debía volar al lugar de anclaje de la flotilla soviética, Mischka ya se representaba su llegada al pesquero.

En el *Sergo* era para él todo conocido hasta los más mínimos detalles. Pero ahora a las impresiones visuales se añadirían otras. Podría tocarlo todo, respirar a pleno pulmón el aroma del océano. Su ilusión iba a ser pronto realidad. Podría estrechar la mano de sus nuevos amigos.

Aún dos o tres días de penosa espera... Serían aún, más penosos de no existir el «ojo mágico». Mischka no pierde el contacto con la expedición.

Él también ahora se siente como si estuviera sentado en un sillón de mimbre en la cubierta del pesquero junto a Prótchev y conversa amigablemente con el viejo buzo. Prótchev fuma su corta pipa de marino lanzando grandes bocanadas de humo. El pesquero se balancea levemente.

En el cielo se encienden las primeras estrellas y una ligera brisa riza las aguas tranquilas.

-La cruz del sur -dice Prótchev señalando con su grueso dedo la constelación desconocida por Mischka. Y de nuevo silencio. Llegan sonidos de música y canto desde la popa del barco. El alegre cocinero toca el acordeón y los marineros le acompañan tarareando.

-Prótchev, cuénteme algo de usted, de su trabajo -pide Mischka.

-¿Qué te voy a contar? Me sumergí, buceé... -dice aquél sin sacarse la pipa de la boca.

-¿Será posible que no me cuentes nada más?

La mirada de Prótchev se concentra. También a él le predispone a recordar este plácido anochecer.

-El barril de oro que encontramos por casualidad... y -Prótchev da una profunda chupada y se saca la pipa de la boca-. ¿Sabías que nuestra organización empezó con la búsqueda de oro?

-No. Cuéntame, Prótchev.

Ahora se nota que Prótchev de verdad va a hablar. Mischka se sienta cómodamente en el sillón cerca de la pantalla.

-¿Oíste de la campaña de Crimea, cuando la flota aliada de ingleses y franceses sitiaron Sebastopol? Han pasado muchos años. Desde Estambul salió entonces hacia Balaklava el navío de guerra *Príncipe Negro.* Traía oro para todo el ejército aliado y fue atrapado por una horrible tempestad. Más de una docena de barcos naufragaron en aquella tormenta. No muy lejos de la bahía de Balaklava sufrió una avería el *Príncipe Negro.*

»Barriles de oro, un inmenso tesoro fue a parar al fondo del mar. Millones en oro. Decenas de millones... Durante setenta y cinco años se les encendían los ojos a la gente al hablar de este oro. ¿Pero cómo llegar a él? Sólo cuando la técnica de buceo se perfeccionó, cuando los buzos empezaron a bajar a profundidades antes inaccesibles empezó la búsqueda del *Príncipe negro.*

»Balaklava, como una mina de oro, atraía a todos. ¡Quién no buscó! ¡Cuántos

intentaron hallar al *Príncipe negro* con sus barriles de oro! Se arrastraron por el fondo los franceses, corrieron de un lado a otro los buzos italianos, bajaron incluso los japoneses.

»¿Y por qué no probar fortuna nosotros? El oro eran divisas, y con divisas podíamos comprar muchas cosas en el extranjero para el país soviético.

»Esto fue -continuó el viejo buzo-, en el año 1923. Cogimos un viejo chanclo, una gabarra deshecha y unos anticuados vestidos de buzo: he aquí todo el equipo. Y empezamos a trabajar. Registramos el fondo...

-¿Y no encontraron nada?

-Dos monedas antiguas de cobre de a cinco kopeks y algunas de medio kopek. Luego se puso en claro que el *Príncipe negro* había dejado el oro en Estambul.

»Bueno, en cuanto a las monedas de cinco y medio kopek ha sido una broma. Encontramos entonces algo más que los kopeks. Nos encontramos a nosotros mismos, nos convencimos de que con un verdadero equipo podíamos ser buzos no peores que los suecos o los japoneses, que entonces se consideraban los mejores especialistas del mundo en este oficio.

»Con este *Príncipe negro,* con su oro inexistente empezó nuestra organización. Diez años después ya teníamos pontones de diez toneladas, decenas de pontones blandos de setenta a ochenta toneladas; aprendimos a trabajar a grandes profundidades, empezamos a rescatar naves de dos a tres mil toneladas y luego, de catorce y quince mil toneladas de desplazamiento. Nos encargamos también de recuperar pesados rompehielos del fondo del mar.

»Hemos bajado en los mares Báltico, Barentz, Blanco y Caspio. En el Lejano Oriente, en el Mar del Japón y el de Ojotsk. Recuperamos el enorme transporte *Ammuo* en el Báltico, el *Kanin* y el *Yamal* en el Blanco, el *Yurpo,* el *Silach* y el *Frederich* en el Negro, el *Shturman* y el *Nedpol* en el Azov, el rompehielos *Caspio* en el mar Caspio, el *Moscú* en el Lejano Oriente, el *Patagonia,* el *Vest-Gam* y el *Iván Susánin* también rompehielos... Imposible de rescatarlos todos.

»Hemos recuperado muchos, pero más se han quedado en el fondo. Nosotros esto lo tenemos bien organizado. Estudiamos la relación de los barcos perdidos, el lugar de su hundimiento se señala en el mapa con un círculo. Que se ha recuperado un barco, se tacha el círculo... Cuando terminemos con los mares interiores y las regiones fronterizas, empezaremos con los océanos. ¿Has visto el mapa económico del mar, las rutas comerciales marítimas? La ruta más vieja y ancha es la que atraviesa el océano Atlántico desde Europa a América del Norte. En esta ruta hay centenares de veleros y barcos de vapor en el fondo del mar. Luego le siguen las rutas occidentales de Europa a través del mar Mediterráneo, el canal de Suez, el mar Rojo hacia Ceilán y Sumatra por el mar del Sur de China. Hay muchas rutas en los mares, llegaremos hasta ellas. Hemos empezado ya... Ahora con nuestras carreteras submarinas registraremos todos los mares.

Prótchev buscó una cerilla para encender su pipa apagada. Mischka aprovechó la pausa.

-¿Y usted buscó el oro del *Príncipe negro?*

-Yo -Prótchev dio un chasquido con la lengua-, en aquellos tiempos era un chaval, buceaba para buscar cangrejos.

-¿Es mejor trabajar en la actualidad?

-Mucho mejor -respondió Prótchev-. El teleojo, el teléfono. Ya ves, tú desde Moscú viste el tiburón detrás de mí y me avisaste. ¡Antes pasábamos por situaciones muy difíciles! Recuerdo que buscábamos con la draga un barco hundido. Entonces no había aún teleojo. Y de pronto sentimos un tirón. La draga se había enganchado en algo. ¡Stop la máquina! La señal para los buzos ordena:

«Prepararse el buzo. ¡El buzo en la escala! ¡Cerrar la portilla! Al manómetro, a la manguera». ¡A la orden! En unos minutos descendí al fondo. La profundidad en este lugar era espantosa. Encontré la draga. Miro. ¿Qué milagro es éste? Vacía. Pero algo la retiene. Busco la causa. Me agacho y veo que la draga se ha enganchado a un grueso cable viejo. Empiezo a desenredarla sin darme cuenta de que estaba envolviendo con este cable mi cuerda de señales y la manguera. ¡En el mar, en la semioscuridad y con el pesado traje, prueba de desenredar todo esto rápidamente! Y desde arriba ya dan la señal: «Es tiempo de subir».

»Espera -respondo-, me he enredado. Y allí no me entendieron y empezaron a subirme junto con el pesado cable enredado en la manguera. Van subiendo, como sabes, despacio. ¡En qué no llegué a pensar yo! ¿Resistirán las mangueras? Si se rompen, se acabó. Recuerden a Prótchev... Me subieron de esta manera unos metros. Se hizo un poco más claro. Veo que se puede desenredar si de nuevo me bajan al fondo. Doy la señal para que me bajen, pero tiran hacia arriba. El teléfono no funciona. Tiro dos veces de la cuerda de señales: "desciende más". Por lo visto adivinaron que estaba en apuros y empezaron a bajarme.

»Y de nuevo en la profundidad. Entonces nadie se atrevía a bajar a aquella profundidad. Más de quince minutos era imposible de resistir. Y yo antes ya me había pasado media hora. Y además la subida. Cuando llegué al fondo sentía golpes en los oídos y veía unos círculos rojos ante mis ojos. Y aquí desenreda los malditos nudos...

Prótchev se calló y empezó a echar humo por la pipa.

-¿Y bien?

-¡Qué bien ni qué ocho...! Ya ves, estoy aquí fumando, contigo conversando. Ya no hay nada más que contar, amiguito. A doscientas horas de trabajo al año, a tres horas cada descenso, cuenta. Casi dos años bajo el agua. Pero espero que me queda aun para dos años más de vida submarina. Ahora es mucho mejor.

-¿Está muy oscuro bajo el agua?

-Esto depende de la profundidad, de la composición del agua y también de la época del año. En verano llega la luz hasta unos cincuenta metros, en invierno más, hasta setenta u ochenta. Más allá nuestros ojos ya no ven.

-¿Y los de quién ven?

-Bueno, los de los cangrejos. Pregúntale a Karpílovskiy. Hace poco nos mostró cangrejos pescados a diferentes profundidades. Los que viven a más de cien metros de profundidad no tienen absolutamente ojos. Desaparecieron por innecesarios. Solamente les quedan los pedúnculos de los ojos. Otros que viven a mayores profundidades no les quedan ni los pedúnculos. ¿Para qué quieren los ojos a la profundidad de dos mil metros? Es posible que allí aún se vea la luz del sol, pero también puede ser que sólo se vean los peces luminosos.

Todo esto Mischka ya lo sabe. Y quiere dirigir la conversación de Prótchev hacia las aventuras submarinas. Pero inesperadamente cortaron su conversación.

SOBRE LOS RESTOS DEL *LEVIATÁN*

El vigía que estaba encargado de vigilar constantemente al *Urania* comunicó que aquél, después de virar a noventa grados navegaba a toda máquina «como si huyera de algún peligro».

A todos interesó esto. Hubiera podido pensarse que Scott huía avergonzado del campo de batalla. Mischka avisó en seguida al estado mayor.

Unos minutos después se elevó por encima de la superficie del océano una

enorme columna de agua, llamas y humo, al tiempo que se oyó una terrible explosión.

«¿Qué será esto?», se preguntaban los componentes de la expedición sin poder comprender. Los capitanes de los tres barcos soviéticos dieron inmediatamente la orden de poner proa hacia el lugar de la explosión y marchar adelante a toda maquina. Esto fue realizado a tiempo. Una enorme oleada, un gigantesco círculo que se extendía hacia todos lados, surgió del lugar de la explosión y avanzó hacia los barcos. El *Urania* también había parado. Giró la proa y esperaba el encuentro de la oleada.

-¿Será posible que pensara cogernos de improviso y quisiera hundirnos? -dijo Makóvskiy.

La oleada se acercaba...

-¡Agarrarse!

...Y cayó sobre los barcos. Las proas se levantaron. La columna de agua se deshizo con horrible estruendo; las olas barrieron las cubiertas. La oleada siguió más allá. Vino la segunda, la tercera, la cuarta; las restantes eran ya menores. Finalmente los barcos se balancearon en leve arfada.

-¡Miren al *Urania*! -gritó alguien.

El *Urania* se acercaba rápidamente al lugar de la explosión saltando por encima las olas.

Cuando la oleada amainó, desde el *Urania* empezaron a lanzar gatos y dragas.

En el lugar de la explosión flotaban maderos, restos de muebles, salvavidas. En uno de ellos se podía leer claramente *Leviatán.*

-¡Ah, mira lo que es! -exclamó Makóvskiy-. Ahora se comprende todo. Scott tuvo suerte: halló al *Leviatán.* Por lo visto decidió que parte de los barriles podía haber quedado en el barco. Subirlo era imposible, pero podía hacerlo estallar y luego buscar entre los escombros. Débil esperanza: ¿Acaso la explosión no podía también destrozar los barriles? Pero Scott no podía hacer otra cosa.

-Con tal de que estén enteras las placas de Jurgés -comentó Barkóvskiy. Aunque era de noche, en el *Urania* y en los barcos soviéticos se trabajaba con ardor. Desde el *Sergo* bajaron el teleojo y empezaron a examinar el fondo. El teleojo de Scott había sido bajado con anterioridad. Sus gatos subían a la superficie algunas piezas recobradas. Los dos barcos trabajaban casi uno al lado del otro, pero Scott nada podía decir. Él mismo había solicitado realizar los trabajos en estas condiciones.

Por orden de Barkóvskiy fue iluminado el *Urania* desde el pesquero con grandes proyectores. Por el otro lado y se acercó al *Urania* el *Persky* con potente iluminación. Ni un solo movimiento del *Urania* pasaba desapercibido.

A Scott le enfurecía esta «familiaridad», pero tuvo que aguantarse. «No sea que se tiren al abordaje caso de que recupere algún barril». Pensaba con intranquilidad.

El teleojo del pesquero se deslizaba por el fondo. En la pantalla se veía el enorme casco del *Leviatán* destrozado por la explosión. Parecía un monstruo herido. Decenas. de personas estaban atentas a las pantallas, otras tantas a lo que sucedía en la superficie.

Uno de los gatos de Scott había enganchado un objeto parecido a una almohada. Cada pieza era izada a cubierta; y mostrada a Scott. Él las examinaba detenidamente y algunas las ponía en un montón, otras, las más, ordenaba tirarlas por la borda. Las dragas y gatos trabajaban bien.

En el pesquero no esperaban que Scott las tuviera en tanta cantidad. Restos de muebles, pequeñas maletas de viaje, restos de salvavidas, toda clase de basura se

amontonaba en la cubierta del *Urania.*

Las maletas, baúles, bolsas y cajas Scott las ponía aparte con cuidado.

-Esto se parece mucho a pillaje.

-El heredero de todos los pasajeros ahogados recoge su herencia.

-¡Trapería submarina! -bromeaban los marineros del pesquero.

Uno de los gatos se elevó de la superficie del agua. Esta vez pendía de sus garras de acero un pequeño objeto. Era una cadenita con una placa metálica de medidas parecidas a una hoja de papel de escribir. Uno de los bordes de la placa estaba torcido o roto por la explosión.

En el pesquero se oyeron algunas exclamaciones apagadas. Fue el momento más dramático, de más tensión en todo el tiempo que duró la expedición.

Kar fue el primero en reconocer «los escritos» de Jurgés y no pudo contener un pequeño grito:

-¡Son ellas! ¡Es la placa...! Los apuntes... Las tablillas...

-¡Tss! -Azores le tapó la boca. Todos callaron y miraban con angustia lo que sería del tesoro por el cual ellos luchaban con tanto ardor. ¿Adivinará Scott lo que es y se quedará con él?

Scott hacía ver que él no notaba en absoluto la viva luz y las miradas a él dirigidas. Trabajaba conservando su aparente tranquilidad, como si se encontrara solo en medio del océano.

Dieron la placa con la cadenita a Scott. La miró con la debida atención, se encogió de hombros y levantó el brazo preparándose para tirar por la borda este objeto innecesario. Kar de nuevo lanzó un grito. En este momento apareció por la borda otro gato con un gran paquete enganchado. Este paquete llamó la atención de Scott. Dejó caer despacio su brazo levantado y luego arrojó desdeñosamente la placa con la cadena a la que iba enganchada sobre la cubierta.

-¿Será un juego esto o no? -pensaban todos en el pesquero.

El tesoro estaba tan cerca y no podían cogerlo. No, Scott por lo visto no sabía lo que había tenido en sus manos.

¿Cómo recuperar las tablillas? ¿Ofrecer por ellas el barril de oro? No es posible. Esto significaría subir el precio a una placa que bajo el punto de vista de Scott no valía nada, y él entonces ya no la daría. Es preciso idear algo. Pero es necesario hacerlo en seguida y resueltamente... Scott puede tirar la placa por la borda y entonces la perdemos definitivamente.

Por lo visto Scott estaba cansado. Era más de la medianoche y él ordenó cesar el trabajo. Se levantó del sillón de mimbre en que estaba sentado, bostezó mirando hacia el pesquero expresando con esto su desprecio, y se fue a su camarote a dormir. En cubierta sólo quedaron varios marineros a los que se les había ordenado poner en orden los objetos rescatados esparcidos por la cubierta.

«Por lo menos que no tiren la placa los marineros» pensaban todos en el pesquero.

Aquella noche nadie durmió pensando en cómo recuperar la placa.

Al día siguiente, de madrugada, Azores fue a ver al capitán.

-¡Camarada Makóvskiy, ordena acercar nuestro barco al *Urania* -dijo él al capitán. Éste se quedó mirándole extrañado. Azores hizo un gesto con el brazo indicando que se le había ocurrido una idea.

El capitán dio la orden. El pesquero empezó a acercarse al *Urania.* Cuando los barcos casi se tocaron, Azores se acercó a la borda y empezó a hablar en español con los marineros del *Urania.* No se equivocó; en el *Urania* había muchos españoles de la América Latina. Al oír el idioma patrio empezaron a acercarse a él para conversar. Azores les invitó a fumar y comenzaron a bromear. Luego como si

tal cosa, al ver en cubierta la placa con la cadenita dijo:

-En la tienda de vuestro trapero veo una cosa que podría servirme.

-¿Cuál?

-Sí, mira, esta cadenita. Precisamente es lo que necesito para mi perrito. A ver, acérquemela.

El marinero se puso a reír, llegó hasta el montón de trastos, cogió la cadenita y probó de arrancarla de la placa a la cual estaba soldada.

-No te preocupes, dámela así, yo la desoldaré con cuidado.

El marinero ya había alargado el brazo hacia Azores, cuando de pronto apareció en su espalda Scott. Sus ojos brillaban de rabia.

-¿Quién se atreve a disponer de mis propiedades sin mi consentimiento? -pronunció él con severidad.

Y arrancando de la mano del marinero la placa con la cadenita la tiró por la borda.

En el mismo instante alguien saltó al agua desde el pesquero. Era Prótchev.

Scott se dio cuenta en seguida de que había cometido una nueva equivocación. Esta cadenita con la placa debía tener un gran valor si una persona saltaba al agua aquí, con el peligro de ir a parar a las fauces de algún tiburón. ¿Será posible que sea precisamente esto lo que buscaba la flotilla soviética?

Pasó un minuto de tensa espera y Prótchev continuaba bajo el agua. El choque de las bordas de los dos barcos obligó a la tripulación del pesquero a quitar la vista de la superficie del agua. ¿Qué ha sucedido? El capitán Makóvskiy comprendió inmediatamente lo serio de la situación. El capitán del *Urania,* por lo visto había asimilado bien la táctica de su amo con referencia a los barcos soviéticos: dañar en cuanto se pudiera, y había ordenado la maniobra para que el *Urania* apretara con su borda la del pesquero. Prótchev podía ser aplastado.

-¡Timón a la izquierda! ¡A toda marcha! -gritó Makóvskiy. Esta rápida maniobra salvó la vida a Prótchev. Entre los dos barcos se originó una rendija, pero el *Urania* intentaba, sin embargo, continuar acercándose a la borda del pesquero. En este momento salió a la superficie la cabeza de Prótchev. Estaba sofocado. En su rostro se veía desesperación. Sus manos estaban vacías. Lo subieron a cubierta. El buzo maldecía a Scott. Claro. Prótchev, hubiera tenido tiempo de alcanzar la placa a no ser por esta infame maniobra. Por poco se salvó de ser aplastado. Tuvo que bucear más hondo y esperar hasta que los barcos se separaran un poco. Arriesgando ser aplastado, subió a la superficie para no ahogarse.

-No es nada, hallaremos la placa -le consolaba Gínsburg aunque todos estaban tan desanimados o más que el mismo Prótchev.

Inmediatamente bajaron al agua todos los proyectores que había y dos teleojos. Uno de ellos proyectaba la imagen en la pantalla del camarote del capitán; el segundo, en la pantalla de cubierta.

-Si por lo menos no nos moviéramos de este sitio -comentaba Gínsburg con nerviosismo.

Scott trató por todos los medios de que no fuera así. El Urania al separarse enganchó al girar con la proa la popa del pesquero y lo arrastró hacia un lado. En un arrebato Azores corrió hacia la popa y cogiendo el revólver gritó:

-¡Den marcha atrás o disparo!

Repitió esto dos veces, en inglés y en español, apuntando a Scott y al capitán. Y había tanta decisión en su voz que el capitán del *Urania* se sometió a estas órdenes.

-Espero que ésta sea la última vileza que se atreve a hacernos Scott -dijo

Azores bajando la mano con el revólver, pero sin marcharse de allí.

-¡Quiere guerra, pues la tendrá! ¡No hay por qué gastar más ceremonias con Scott! -gritó Barkóvskiy.

-Ya hemos sido demasiado pacientes -respondió Makóvskiy y cursó órdenes a la pequeña flotilla. El *Sergo* lanzó áncoras, y el *Persey* y el *Marti* empezaron a circular a toda velocidad alrededor del *Sergo,* no dejando acercar al *Urania.* A pesar de esto el capitán del *Urania* intentó el acercamiento, pero el *Marti* a toda velocidad enganchó con la proa la armadura del *Urania* y la arrugó.

-¡Ustedes responderán de esto! -gritaba Scott-. Esto es contrario a todas las leyes marítimas. Ustedes actúan como piratas.

-Primeramente usted responderá de todas sus fechorías, luego estaremos conformes en responder de nuestros actos -respondió tranquilo Makóvskiy-. Se ha levantado acta de todos sus actos ilegales, están incluidos en el Diario de a bordo. Tenemos testigos extranjeros…

-¡Sí, yo seré el primero en confirmarlo bajo juramento ante el juzgado! -gritó inesperadamente Kar en inglés-. Yo soy ciudadano Argentino.

-¡Y yo español! -añadió Azores.

Scott quedó pensativo. Él comprendía perfectamente que podía ser juzgado por sus actos. Además, de todos los desperfectos en el *Urania* tendría que pagar a la compañía naviera que no querrá investigar quién es el culpable de los mismos.

Y Scott decidió retroceder aunque sin abandonar el campo de batalla.

Empezó de nuevo la búsqueda del tesoro hundido.

El *Leviatán* estaba a una profundidad a la cual se podía intentar llegar con el equipo de buzo rígido. Y Prótchev insistió para que le dejaran bajar.

Y recorrió el fondo con su equipo que parecía un barril. Junto con él escudriñaban entre los escombros del barco los rayos de los proyectores y los teleojos de los barcos soviéticos.

El trabajo era duro y las esperanzas de éxito muy pocas. Sin embargo a nadie le pasó por la cabeza desistir.

Mischka miraba la pantalla sin perder detalle. Él ya tenía en su haber dos servicios: fue el primero que vio el barril de oro, y avisó a Prótchev del peligro salvándole la vida. Ahora quería ser el primero en hallar la placa.

Pero este honor tuvo que repartirlo con Gínsburg, pues ambos gritaron al mismo tiempo.

-¡Aquí está!

La placa estaba en el fondo, cerca de unas planchas de hierro de la armadura del cuerpo del *Leviatán* destrozadas por la explosión. En seguida se transmitió a Prótchev, en el fondo sobre el hallazgo. Él enganchó la cadenita con su pinza de hierro, que era en lo que terminaban ahora sus brazos, y ordenó que le subieran.

El ascenso duró mucho tiempo. Mischka vio como Prótchev descansaba durante las paradas, llevando en su «mano» la preciada carga.

Cuando el buzo apareció en la superficie del agua con la placa en la mano y fue subido a cubierta, se oyó tal «hurra» que todos los marineros del *Urania* corrieron a cubierta.

Scott miraba estupefacto esta manifestación de triunfo. ¿Qué gente tan extravagante? Cuando encontraron un barril de oro no manifestaron ninguna alegría. Y ahora han enganchado un pedazo de hierro cualquiera y gritan que se les oye por todo el Atlántico.

Las placas fueron llevada al camarote del capitán, donde un mecánico empezó a desoldar el borde doblado.

-Y sin embargo, falta un trozo de las placas -dijo Barkóvskiy con pena desde

Moscú.

Desoldaron los bordes y las placas se soltaron. Kar las cogió con impaciencia y empezó a examinarlas. Estaba pálido, sus labios temblaban. Parecía que estaba a punto de llorar. Luego dijo con tristeza:

-Las fórmulas más importantes han sufrido desperfectos. Y... yo no sé si podré reconstruirlas...

-Si usted no lo logra, lo hará Bórin, o Tóffel, o decenas y centenares de científicos nuestros -dijo Barkóvskiy-. Fotografíen inmediatamente las placas y entreguen, una copia a cada barco. Hay que conservar a toda costa lo que tenemos.

-Bien, ¿ha terminado nuestra expedición, camarada jefe? -preguntó el capitán.

-Sí -respondió Barkóvskiy-, prepárense para regresar a Moscú.

-No se inquiete, camarada Kar -se dirigió Barkóvskiy a éste-. Nuestra expedición no ha sido un fracaso. Los gastos han sido cubiertos con el oro hallado en el barril y los científicos han realizado un descubrimiento de enorme interés. Ellos reanudarán su trabajo el año siguiente. Referente a los desperfectos en las placas, ya dijo el académico Tóffel que nuestra principal riqueza será el nuevo principio que estudió Jurgés para la desintegración del núcleo. Las fórmulas nos ayudarán. Trabajaremos. Necesitaremos cinco años, posiblemente diez, pero lo lograremos. Todo depende de la forma en que se trabaje.

Empezaron a humear las chimeneas de los barcos soviéticos.

También la del *Urania.* El plazo del contrato del flete había vencido y Scott no disponía de más recursos para continuar la búsqueda. Posiblemente podrá hallar socios, y volverá para encontrar el oro o... perderlo todo.

Los tres barcos bajo bandera soviética zarparon hacia el noroeste, el *Urania* hacia el sudeste.

Scott regresaba con los bolsillos vacíos y desesperado.

De nuevo el océano estaba vacío. En aquel lugar donde aún hacía poco hervían las pasiones humanas, se deslizaban indiferentes largas olas verdes. Los peces voladores saltaban sobre la superficie del agua y el viento jugaba con las olas.

Y bajo la verde capa acuosa dormía un mundo singular, el mundo de la ciudad sumergida. Pero también él había despertado a la nueva vida.

El teleojo había descubierto sólo las primeras páginas de este interesante libro. Pero cuántas hay aún no leídas, que esperan a su impaciente y curioso lector!

-Así que tú, Mischka, no tuviste oportunidad de ir a la expedición -dijo Nikolay Petróvich-. No te apenes. ¡Tendrás tiempo en tu siglo de tomar parte en muchas expediciones!

Mischka alargó a su padre un grueso cuaderno.

-He aquí el Diario de viaje de la expedición de tres barcos soviéticos al Atlántico -dijo-. Ni un componente de la expedición hubiera podido escribirlo con más exactitud. Aquí hay material para toda una novela. Se podría titular *El Ojo Mágico.*

FIN